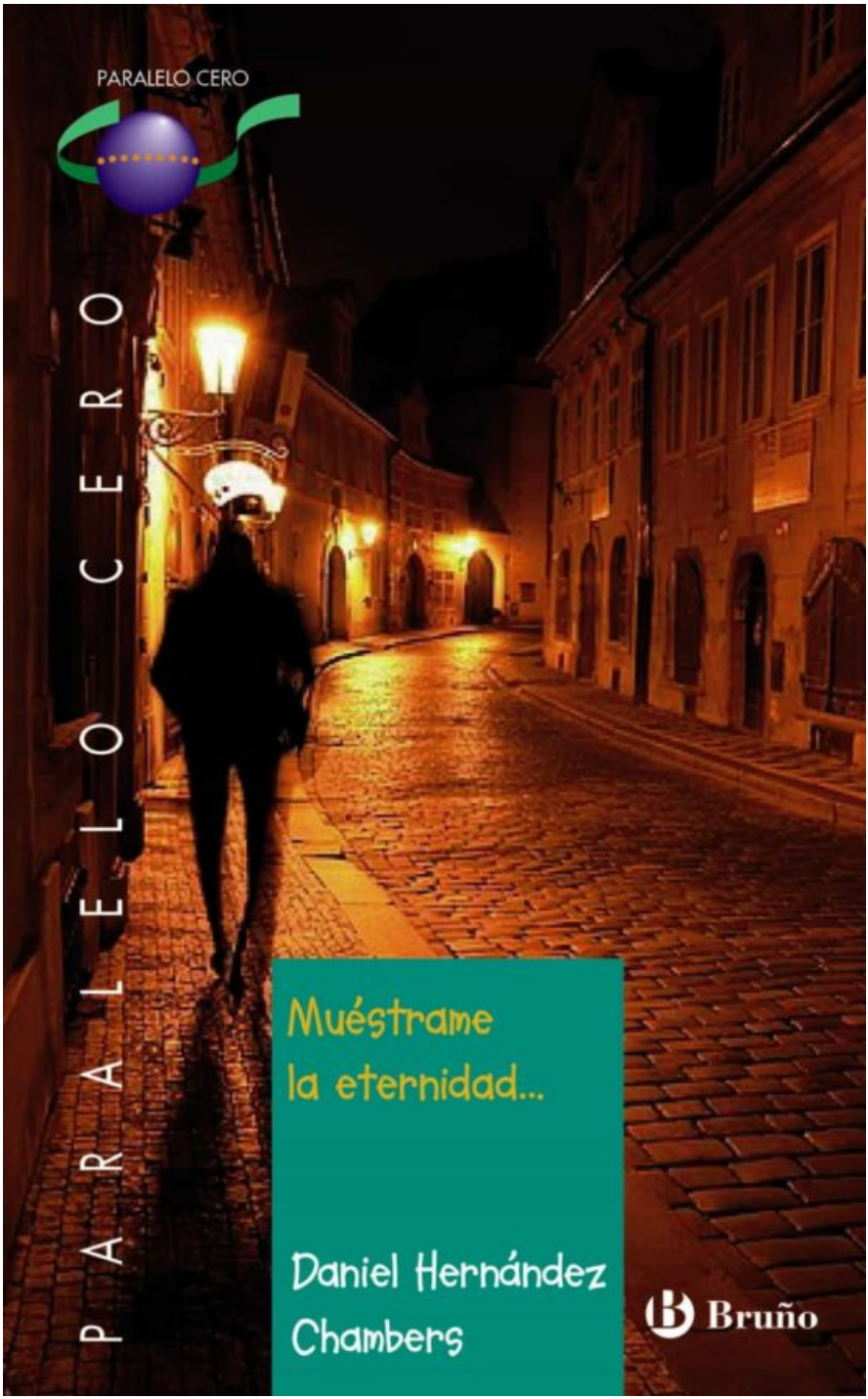
PARALELO CERO
PARALELO CERO
Muéstrame
la eternidad...
Daniel Hernández
Chambers
Bruño

Daniel Hernández Chambers

Muéstrame la eternidad...

Bruño

Índice

Primera parte:
Año I d. M.

Segunda parte:
Persiguiendo sombras

Epílogo

Créditos

Casi podía oír cómo las tinieblas se deslizaban junto a él por el puente de Carlos IV. A aquella hora tardía no había nadie: parecía que la ciudad entera se hubiese ido a dormir, arrullada por el murmullo del río Vltava. Marcel Boniek recorrió con paso apresurado los poco más de quinientos metros del puente y atravesó la estructura gótica de la torre que franqueaba el paso a la Ciudad Vieja. Sabía que se le hacía tarde.

Siguió avanzando hacia la plaza y algo antes de llegar a ella, cuando ya divisaba los puntiagudos chapiteles de la Iglesia de Tyn, giró en una esquina y se internó por una callejuela hasta un portalón de madera noble ante el que un hombre montaba guardia. Intercambiaron la contraseña convenida y el vigilante le permitió la entrada.

Lo primero que había al otro lado era una escalera de piedra que descendía hacia las profundidades de la tierra; luego un intrincado laberinto de corredores en penumbras lo llevó a desembocar en la amplia sala abovedada donde se había reunido ya un nutrido grupo de personas. Como a él, los había citado allí el doctor Potocki. El recién llegado se mantuvo apartado mientras paseaba la mirada por el resto de la gente; reconoció a algún cirujano y también a un par de teólogos, a varios profesores de la facultad de medicina donde él había estudiado y a otros que, por su juventud, debían de ser estudiantes de esa misma facultad. Algunos hablaban en voz baja, dejando entrever sus suspicacias ante lo que iban a presenciar, pero la mayoría guardaba un silencio sepulcral, acorde con el lugar en el que se encontraban.

El doctor Ondrej Potocki no se hizo esperar demasiado. En un lateral se abrió una puerta de doble hoja y por ella salió primero el galeno, seguido por dos hombres que iban empujando una mesa sobre la que había un bulto cubierto por una sábana, un cuerpo humano. Boniek pensó que seguramente ninguno de los espectadores tenía la menor idea de lo que se guardaba más allá de aquella puerta. Él sí; él había estado en aquel lugar en repetidas ocasiones y por eso sabía que, junto a esqueletos que colgaban de ganchos de hierro firmemente sujetos al techo, había –repartidos por las estanterías que cubrían casi por entero las paredes– multitud de frascos de diversos tamaños llenos de cráneos, corazones, hígados, fetos de nonatos, ojos, todo ello sumergido en una solución de formol… Una galería del horror o un museo de despojos humanos: la sala de estudio privada del doctor Potocki.

Ondrej Potocki rebasaba ligeramente la cuarentena, aunque su cabello blanquecino lo hacía parecer bastante más viejo. Más que de cirujano, tenía

el cuerpo robusto de un campesino. Sus ojos, juveniles y claros, contemplaron durante unos segundos al público que había acudido a su llamada. Sus gestos no lo mostraban, pero en su interior la esperanza se debatía violentamente con el nerviosismo: necesitaba convencer al auditorio, necesitaba apoyo para que su búsqueda no fuera tan solitaria como había sido hasta entonces y, sobre todo, necesitaba un soporte económico. Cuando se disponía a hablar notó que los nervios iban a traicionarlo, quebrando su voz, y aguardó unos segundos más, los suficientes para controlarse.

–En 1880, hace tan solo diez años, el doctor Dassy de Lignières intentó demostrar la capacidad de resurrección de la sangre inyectando la de un perro en la cabeza de un hombre ejecutado –Potocki realizó una pausa, durante la cual varios de los asistentes intercambiaron miradas de estupefacción. Algunos habían oído hablar del esperpéntico experimento del médico francés, pero la mayoría lo había creído una leyenda–. Durante un breve instante, a pesar de estar la cabeza separada del resto del cuerpo, recobró el color, sus labios se hincharon y, según los testigos, se movieron ligeramente, el rostro pareció contraerse… y luego volvió a su aspecto anterior. El doctor Dassy de Lignières y yo compartimos una ambición –de nuevo hizo una pausa teatral–: Hallar el lugar donde reside nuestra alma. Él cree que el alma humana navega en nuestra sangre como un velero en el océano, pero se equivoca. Ojalá fuera así de sencillo. El alma está en nuestro interior, sí, aunque ¿dónde exactamente? ¿Alguna idea, caballeros?

Se produjo un murmullo, pero nadie osó hacer ninguna sugerencia.

Desde donde estaba, Marcel Boniek espió las reacciones del auditorio. Unos rostros mostraban interés; otros, incredulidad, y había incluso quien parecía divertirse con el discurso de Potocki. Él sabía que el afamado cirujano corría un riesgo notable al expresarse de forma tan abierta.

Potocki continuó:

–Nadie ha sido capaz hasta la fecha de hoy de encontrar el alma. Ni tan siquiera de verla.

–Tal vez porque es invisible –se oyó una voz anónima entre el gentío.

–Quiero pensar –corrigió el anfitrión– que es porque no se ha buscado en el sitio correcto.

A un gesto de Potocki, uno de sus ayudantes retiró la sábana y dejó expuesto el cadáver desnudo de un hombre de mediana edad. Pese a que casi todos los presentes tenían relación con la medicina y en la mayoría de los casos la practicaban, la brusca puesta en escena provocó algunas muestras de desagrado a media voz.

–He aquí un cuerpo humano, el de un joven fallecido recientemente, y en algún punto de su interior está, señores, el alma, el soplo con el que Dios nos dio la vida –cogió un escalpelo y apoyó la punta sobre el pecho del muerto–. Algunos dicen que se halla aquí, en el corazón… –deslizó la mano ligeramente y prosiguió–: Otros, que es aquí, cerca del esternón; otros, que

es en la cabeza, quizá en el centro de la frente, en un punto equidistante de los ojos, o tal vez en la parte de atrás –añadió, posando el escalpelo sobre la zona de la coronilla, y luego miró de nuevo al público–. Créanme, no está en ninguno de esos sitios. Lo he comprobado; la he buscado en todos ellos y no he hallado el menor rastro.

En ese momento se escuchó un amago de risa y Marcel Boniek buscó su origen entre la gente. Quedaba patente que muchos de los congregados no daban crédito al discurso de Potocki. Días atrás él mismo se había atrevido a sugerirle que no hiciera pública su búsqueda, que tal vez sus colegas no estuviesen preparados para apoyarlo, que quizá no se comprendiese su objetivo. En realidad su temor era que los propios compañeros de profesión de Potocki lo tomaran a mofa, y daba la impresión de que eso era justo lo que iba a suceder. Descubrió más de una sonrisa sarcástica dibujada en los rostros del auditorio.

Ajeno a ello, Ondrej Potocki continuó:

–Mi opinión es que el alma se esconde en otro lugar. Recuerden a Prometeo, señores. En el mito, Prometeo otorga a los hombres el fuego, la energía para que vivan por sí mismos, diferenciándose del resto de los seres vivos. Si interpretamos el mito en otras palabras, lo que Prometeo entregó al ser humano fue la esencia divina para que dejara de moverse mecánicamente, tal y como había hecho hasta entonces. ¡Prometeo nos dotó de alma! –exclamó, y a un gesto suyo, sus dos ayudantes incorporaron el cadáver, colocándolo en posición de sentado–. Y el alma es lo que nos permite ser nosotros mismos, lo que nos permite decidir nuestras propias acciones, nuestros propios movimientos –ahora Potocki colocó la punta del escalpelo en la espalda del joven muerto y repitió, subrayándola, la última palabra que había pronunciado–: «Movimiento». La espina dorsal, caballeros, es ahí donde reside nuestra capacidad de movimiento. O, dicho de otra manera, el alma. No tengo la menor duda al respecto. Es ahí, en esa columna de hueso que nos mantiene en pie, sin la cual no podríamos movernos, donde debemos buscarla.

–¿Y cómo va a reconocerla? –preguntó alguien de repente.

Un silencio momentáneo invadió la sala. El que había formulado la pregunta era el doctor Svoboda, una eminencia cuya arrogancia y desdén para con sus colegas eran legendarios. Muy pocos se atrevían a contradecirlo. Boniek percibió los nervios de Potocki.

–Si nadie ha visto jamás un alma, ¿cómo va usted a reconocerla, doctor Potocki? –insistió Svoboda.

–Estoy convencido de que una vez la tenga ante mis ojos no albergaré la más mínima duda, doctor Svoboda.

–¿Puede usted ver un soplo de aire, estimado colega? Le felicito, ¡vaya una agudeza visual! –el grupo que rodeaba a Svoboda secundó la gracia con sonoras risotadas que retumbaron en la bóveda de la sala–. Si el alma es

esencia divina, será por tanto inasible e invisible, como el propio Dios. No podrá encontrarla, Potocki. Su empeño es absurdo.

No se oyó ninguna voz en defensa de Potocki; en realidad, todos, en mayor o menor medida, coincidían con la opinión de Svoboda.

El anfitrión necesitó varios segundos para reponerse.

–El alma es lo que nos une a Dios –dijo, en un intento de recuperar el protagonismo que le había sido arrebatado–, y cuando fallecemos, Dios la rescata para llevarnos a su lado.

–Si no se le adelanta el Diablo –lanzó uno de los acólitos de Svoboda, y este, alzando la voz como si se dispusiera a dictar sentencia, añadió:

–¿Cuál es su intención, Potocki? ¿Acaso impedir que el alma regrese junto a Dios?

–No, no… –tartamudeó el otro–. Si encontramos el alma, tendremos la prueba definitiva de la existencia de Dios.

–Y si no la encuentra, como indudablemente sucederá, ¿qué hará entonces? ¿Negará a Dios, doctor Potocki?

–No… Si me permiten continuar con mi exposición…

–Continúe sin mí –repuso Svoboda con desdén, dirigiéndose con paso firme hacia la salida–. Ya ha perdido usted demasiado de mi tiempo.

Ondrej Potocki contempló desolado cómo a Svoboda lo seguía un buen número de los presentes, como corderos guiados por un perro pastor, y de los pocos que parecieron optar por quedarse hubo varios que cambiaron de opinión al observar que Potocki no reaccionaba. Sin apenas mover los labios, farfullaba:

–Quédense, por favor, quédense.

Pero su voz era casi inaudible.

Marcel Boniek esperó hasta el final, cuando ya todos los demás asistentes se habían marchado y Potocki, con un gesto cargado de desánimo, había ordenado a sus ayudantes que retirasen el cuerpo del joven muerto.

Primera parte:
Año I d. M.

Capítulo primero

Esa mañana, la del miércoles uno de febrero del año I d. M., Jonás comprobó en persona cómo un simple detalle puede provocar el caos.

–¡Pelea, pelea! –exclamó alguien, y la voz de alerta congregó a un creciente número de curiosos que, en lugar de intentar detener a los dos contrincantes y apaciguar los ánimos, se dedicaron a jalearlos y vitorear sus golpes.

Mientras rodaba por el suelo agarrado a su oponente, Jonás se dio cuenta de pronto de que ni siquiera tenía claro cómo había empezado la trifulca. Ambos se habían cruzado en el patio a la hora del recreo, él había pateado una lata de refresco vacía con tan mala fortuna que le había ido a dar al otro chico, uno de un curso superior, y este, en respuesta, lo había insultado. Lo siguiente que recordaba era que había tenido que esquivar un puñetazo. Con el segundo no pudo hacer lo mismo.

Dos minutos y varios golpes después, el bedel del instituto y un par de profesores llegaron a la carrera y los separaron. Jonás sintió la mano del bedel cerrándose como una tenaza en su cogote, y al calmarse notó que de su nariz manaba un fino hilo de sangre. No era la primera vez que se veía envuelto en una pelea absurda como aquella; quizá, se dijo, había algo en él, en su actitud, que contribuía a que se produjeran conflictos, y él tampoco hacía nada por evitarlos. A veces tenía la sensación de que atraía los problemas como un imán. Aunque no siempre había sido así; antes, tan solo un año atrás, cuando su madre aún vivía, él había sido un chico corriente y normal, como cualquier otro.

–¡Venga, vosotros dos! –rugió uno de los profesores–. Al despacho de la directora.

***

Antes de entrar en la tienda, Sebastián echó un rápido vistazo al escaparate. Luego pasó y se dirigió veloz hacia el mostrador.

–Buenos días, señorita.

La aludida respondió con una sonrisa y le devolvió el saludo.

–¿Puedo ayudarlo?

–Quiero llevarme ese de ahí, el del escaparate, en la esquina –respondió Sebastián, señalando con el dedo.

La dependienta siguió su brazo extendido.

–¿El telescopio? –replicó sorprendida, como si hubiera pensado que aquel

objeto no podía interesar a nadie.

–Sí, ¿puede envolverlo para regalo?

En ese momento el teléfono móvil de Sebastián comenzó a sonar, así que, con un gesto de disculpa hacia la dependienta, contestó.

–Hola, ¿hablo con el señor Corcovado? –preguntó una voz femenina.

–Sí, Sebastián Corcovado.

–Buenos días, soy Isabel Ferrer, directora del Instituto Jaime II.

Sebastián sintió que sus nervios se ponían alerta; que lo llamase a media mañana la directora del centro donde estudiaba su hijo no podía significar nada bueno.

–¿Ha pasado algo?

***

Durante la primera parte del trayecto en coche hasta su casa, ninguno de los dos dijo palabra; Sebastián iba concentrado en el tráfico y Jonás miraba por la ventanilla de su lado sin que nada de lo que sus ojos veían calase hasta su cerebro. Por un momento, antes de subirse al coche, había visto su propio reflejo en el cristal de la ventanilla: el pómulo izquierdo estaba hinchado, como si bajo la piel tuviera una pelota de golf, había un corte en el labio inferior y la nariz… De la nariz mejor no hablar, porque parecía cualquier cosa menos una nariz. Le habían hecho una cura y al menos ya no sangraba, pero le dolía tanto que rezaba para que no le entrasen ganas de estornudar.

–Expulsado una semana –dijo al fin su padre. Parecía que hablaba para sí mismo, y Jonás lo aprovechó para no contestar.

Se detuvieron en un semáforo en rojo y Sebastián miró a su hijo.

–¿Qué pasa contigo, Jonás? Te han expulsado y da la impresión de que te importa un rábano.

–Yo no tengo la culpa; ese imbécil se me tiró encima y se lio a darme mamporros.

–Tú le diste con una lata, ¿no?

–Sin querer. Fue un accidente.

–Un accidente –repitió Sebastián, para a continuación añadir–: Los accidentes son otra cosa.

En la mente de ambos apareció una imagen mil veces recreada, la de un coche derrapando a causa del asfalto mojado por una lluvia torrencial. Eso era un accidente, algo en lo que intervienen componentes con los que uno no puede contar de antemano.

En el siguiente semáforo, Sebastián volvió a mirar a su hijo y, a pesar de su enfado, sintió lástima por las magulladuras de su rostro.

–Te ha dado bien.

–Es mayor que yo –repuso Jonás, herido en su orgullo.

Cuando llegaron a casa, un chalet alquilado rodeado por un campo de

golf en el que nunca parecía jugar nadie, Sebastián apagó el motor y resopló. Quería decir algo, pero no sabía exactamente qué. Ambos permanecieron sentados, como si esperasen que los acontecimientos se desarrollasen por sí mismos.

–Comprendo por lo que estás pasando, Jonás, pero…

–¿Qué vas a comprender tú? Tú no has perdido a tu madre.

–¡Eh, ya está bien! –Sebastián estuvo a punto de perder la calma–. Da la casualidad de que tu madre era mi mujer, así que no eres tú el único que la ha perdido. Superar el hecho de que ya no esté no es fácil para ti, lo sé, pero da la impresión de que tú no sabes que también es difícil para mí. Bien o mal, yo he intentado ayudarte, pero tú no pones nada de tu parte.

Jonás guardó silencio. Lo sabía, por supuesto que lo sabía; su padre estaba cruzando el mismo infierno que él, pero ¿cómo podía él ayudarlo? ¿Cómo iba a ayudar a alguien cuando él mismo necesitaba esa ayuda?

La discusión terminó ahí, pues ninguno de los dos tenía ánimos de continuar con el tema. Jonás salió primero, se dirigió a su cuarto y lanzó la mochila con los libros al interior del armario. Sebastián permaneció en el coche un rato, aferrando el volante con tanta fuerza que al poco las manos comenzaron a dolerle. En cuanto su hijo desapareció dentro de la casa, cerró los ojos y se mordió los labios con desesperación. En el último año toda su vida había dado un giro de ciento ochenta grados: de hallarse trabajando en lo que siempre había querido, casado felizmente y con un hijo estupendo que casi nunca había dado problemas, había pasado a ser viudo, con un hijo que había desarrollado un carácter rebelde que le hacía casi irreconocible y un trabajo de administrativo que lo invitaba a mirar una y otra vez el reloj para comprobar cuánto faltaba para que terminase su jornada.

***

El día le había resultado tan largo y odioso que había llegado a pensar que no iba a suceder, pero al fin comenzó a caer la tarde. Jonás estaba tumbado en su cama; se había pasado las horas así, con las manos cruzadas en la nuca y la mirada fija en el techo, como si de un momento a otro fuese a ser capaz de atravesarlo si se concentraba lo suficiente. Se consideraba maltratado por la vida; estaba asqueado, llevaba todo un año con esa sensación de rabia e impotencia. Tenía algo de hambre, pero casi prefería quedarse dormido… Aunque seguramente al dormirse volvería a verse a sí mismo esperando en el soportal del polideportivo, guareciéndose de la lluvia, cuando ya todos sus amigos se habían marchado y su madre seguía sin aparecer. Luego vería llegar el coche de su padre, y lo vería bajarse, sin abrigo ni paraguas, empapado por completo, y mirarlo con aquella cara mientras se acercaba y él preguntaba con su sorna habitual: «¿Mamá se ha olvidado de mí?». Pero su padre no contestaba, lo abrazaba y lo estrechaba contra sí.

Su madre nunca había aparecido en sus sueños durante aquel último año. De día no paraba de recordarla y de imaginar, sobre todo, como si de una escena de película se tratase, el coche derrapando y saliéndose de la carretera, pero de noche parecía que algo le impidiese soñar con ella.

Oyó los pasos de su padre en el pasillo y los golpes de cortesía en la puerta de su habitación.

–¿Se puede?

–Sí.

–He hecho una tortilla de patatas y un poco de ensalada, ¿quieres?

Fue oír mencionar la comida y sentir en el estómago un agujero sin fondo, así que hubiese sido absurdo negarse. Jonás se puso en pie y ambos, padre e hijo, fueron hasta el salón comedor y ocuparon su sitio en la mesa, donde ya estaba todo dispuesto para dos comensales.

La televisión estaba encendida y el presentador pasaba revista a las noticias del día; por lo demás, cenaron en silencio. Ambos eran conscientes de la desolación y la amargura que los afligía, pero resultaba muy difícil ponerlo en palabras, sobreponerse a la tristeza propia para consolar al otro.

Sebastián terminó primero y desapareció en la cocina para regresar al momento con un paquete.

–Te he traído un regalo.

Con estupefacción, Jonás miró alternativamente a su padre y el paquete que sostenía. Luego cayó en la cuenta: era uno de febrero, su cumpleaños. Últimamente no sabía en qué día de la semana vivía, como para acordarse del día del mes…

–Mi primer cumpleaños d. M. –murmuró.

–¿D. M.? Ah, ya. –d. M. significaba «después de mamá», comprendió Sebastián–. Ya sé que no tienes ningunas ganas de celebrar tu cumpleaños…

–Ni siquiera me acordaba.

–Pero que no lo celebres no tiene que ver con que no recibas ningún regalo.

–¿Qué es? –preguntó Jonás, cogiendo el paquete rectangular de casi un metro de largo que le tendía su padre.

–Hombre, por la forma está claro que es un CD de los Rolling, ¿no?

El chico arrancó con cuidado el envoltorio y abrió la caja para descubrir el telescopio.

–¡Uauuh! Gracias, papá.

–Hay anunciada una lluvia de estrellas para esta noche. Luego podríamos subir a la azotea y estrenarlo.

–Ha debido de costarte caro.

–Bueno, como voy a ahorrarme tu paga del próximo mes por haber sido expulsado…

En ese momento el teléfono móvil de Sebastián se puso a sonar y vibrar, interrumpiendo su frase. Lo cogió justo antes de que la vibración lo hiciera

caer de la repisa del recibidor. Reconoció de inmediato el número que aparecía en la pequeña pantalla: su antigua oficina.

–Hola.

Al otro lado, Sandra, la que había sido su secretaria hasta hacía algo menos de un año y ahora lo seguía siendo de su exsocio, le devolvió el saludo.

–Hola, Sebastián. Perdona que te llame a esta hora.

–¿Qué haces todavía en el despacho, te va a pagar Rafael las horas extras?

–Rafael ha desaparecido.

Capítulo segundo

–¿DESAPARECIDO? ¿Qué quieres decir con eso?

–Se marchó en uno de sus viajes, hace quince días, y el jueves me llamó, alterado, y me dijo que se pondría en contacto todos los días… La última vez que hablé con él fue el sábado por la tarde; parecía más calmado, pero desde entonces no ha vuelto a llamar.

–Solo estamos a martes.

–Son tres días si contamos hoy, Sebastián. Rafael me dijo que llamaría todos los días.

–Ya sabes cómo es.

–No, esta vez hay algo más, se lo noté en la voz. Estoy preocupada, Sebastián.

–Seguro que te llama esta noche, o por la mañana. Tranquilízate.

–Él mismo insistió en que se pondría en contacto, y eso no es algo que suela hacer.

–Bien, ¿y qué es lo que se supone que yo puedo hacer? –replicó, y en cuanto terminó de formularla, se dio cuenta de que no era la pregunta correcta.

–No estoy segura. Ya sé que tú tienes tus propios problemas, Sebastián.

–¿Has probado con el hotel? –repuso Sebastián, sabiendo de antemano la respuesta.

–Claro, pero no han sido capaces de aclararme nada. Dicen que no ha pagado la cuenta, que sigue registrado en la habitación, pero que no lo han visto desde el sábado.

–¿Qué es lo que tenía entre manos?

–Tampoco me había contado mucho sobre eso. Sabes que no le gusta compartir información hasta tenerlo todo atado… Solamente sé que está en la República Checa, investigando algo referente a un doctor del siglo XIX. Me pidió que le reservara un hotel en Praga, y una vez allí me llamó para que le reservara otro, en otra ciudad, Úvaly.

–De acuerdo, veamos, vamos a hacer lo siguiente: envíame toda la información que tengas a mi correo electrónico. Le echaré un vistazo.

–¿Y si no llama esta noche?

–Lo hará, seguro. Pero si no lo hiciera te prometo que iré a buscarlo. Ahora envíame sus archivos, y hablamos por la mañana. O mejor, llámame en cuanto él se ponga en contacto, sea la hora que sea.

–Gracias, Sebastián.

–Descuida.

Jonás había escuchado la conversación, y en cuanto su padre colgó preguntó qué ocurría.

–Seguro que no es nada. Sandra, que se alarma enseguida.

–Has dicho «desaparecido», ¿le ha pasado algo a Rafael?

–No, Rafa es un maestro en el arte del escapismo y en el de conseguir que todos estén pendientes de él. No es la primera vez que se olvida de avisar a Sandra de sus movimientos, sabiendo de sobra que ella se pone nerviosa a la menor oportunidad.

Sebastián quería mantener la calma y convencerse de que de un momento a otro Sandra volvería a llamar con la noticia de que Rafael acababa de dar señales de vida, pero, por si acaso, se apresuró a conectar su ordenador y abrir la cuenta de correo electrónico. Pocos minutos después ya tenía en la bandeja de entrada un mensaje de su antigua secretaria con varios documentos adjuntos. «La buena de Sandra –pensó–, siempre tan eficiente». Por mucho que Rafael y él mismo hubieran sido los creadores de la empresa y los que habían realizado el trabajo de campo, nada habría funcionado de no ser por Sandra.

***

Mientras su padre estaba absorto en la pantalla de su ordenador, Jonás se entretuvo montando el telescopio y lo subió a la azotea. Desde luego, Sebastián había acertado de pleno con el regalo: ya desde pequeño lo habían fascinado las estrellas y todo lo referente al cosmos. Aún recordaba aquellos libros de *Lucky Starr* escritos por Isaac Asimov que devoraba con pasión antes de dormirse… Incluso en su casa (todavía la consideraba «su casa», aunque su padre había decidido ponerla a la venta tras la muerte de su madre y mudarse a aquel chalet alquilado para no sentir su presencia en todas las habitaciones) se había pasado tres tardes enteras colocando en el techo de su habitación adhesivos que imitaban las constelaciones y que se iluminaban al apagar la luz.

A medianoche Sebastián se reunió con él.

–¿Alguna noticia, papá?

–No –su padre negó con la cabeza al tiempo que miraba hacia el cielo–. Hemos tenido suerte, apenas hay nubes.

Esperaron algo más de veinte minutos y entonces dio comienzo la lluvia, un hermoso enjambre de estrellas fugaces que a través del telescopio parecían disponerse a caer sobre la ciudad. El espectáculo duró unos tres o cuatro minutos, después de los cuales no quedó ni rastro de lo que acababa de suceder.

–Ahora se supone que debes pedir un deseo.

Jonás cerró los ojos y pidió en silencio un imposible: que su madre continuase viva, que todo fuese como había sido hasta hacía unos meses.

Sebastián, además de ese, pidió también otro: que su exsocio estuviese sano y salvo. Sin embargo, no podía evitar sentirse intranquilo, pues conocía perfectamente a Rafael y, a pesar de lo que le había dicho a ella, sabía que su falta de contacto con Sandra no podía ser voluntaria.

Intentó pensar en otra cosa.

–¿Sabes lo que dijo Oscar Wilde? –le preguntó a su hijo.

–¿Sobre los telescopios?

–No exactamente, pero alguna relación tiene. Dijo que todas las personas se encuentran en el mismo lugar, en la misma canaleta de desagüe, usando su vocabulario, pero que algunas se diferencian de las demás porque están mirando las estrellas.

Jonás apartó el ojo de la mirilla del telescopio y observó a su padre, esperando una explicación. Como no la recibió, inquirió:

–¿Y qué quería decir con eso?

Sebastián alzó la cabeza hacia el cielo y sonrió de forma enigmática.

–No es difícil de entender… Solo tienes que reflexionar.

–Otro de tus acertijos.

–Piensa, Jonás, piensa. Volvamos adentro; es casi la una, hora de acostarse.

–Mañana no tengo que madrugar –replicó Jonás medio en broma.

–Eso te crees tú; mañana en pie a la hora de siempre; estás expulsado, no de vacaciones. Te quiero ver los próximos siete días estudiando como nunca.

Sin rechistar, porque sabía que no merecía la pena y que no tenía opción de ganar, Jonás recogió el telescopio y ambos regresaron al interior de la casa.

Sebastián se preparó un café y volvió a sentarse ante su ordenador.

–¿No vas a acostarte?

–Ahora, cuando termine de leer todo esto que me ha enviado Sandra.

Capítulo tercero

AUNQUE intentó remolonear todo lo posible, su padre lo obligó a levantarse a las ocho menos cuarto.

–Tienes el desayuno preparado –lo informó Sebastián–. Yo me voy a trabajar; cuando vuelva quiero ver lo que has hecho.

–¿Lo que he hecho?

–Resúmenes, esquemas, ya sabes.

–Pero, papá, ¿de verdad pretendes que me pase la mañana entera…?

–Como si mañana tuvieras los exámenes finales.

Jonás se aseó con los ojos aún semicerrados y oyó a su padre despidiéndose y diciendo que lo llamaría más tarde, sobre el mediodía.

En la cocina lo esperaban un vaso de zumo de naranja, unas rebanadas de pan de molde y el paquete de cereales junto a un bol vacío. Lo colocó todo sobre una bandeja y se la llevó al salón, donde encendió el televisor y dio buena cuenta del desayuno mientras en las noticias matinales repasaban los resultados de la jornada de la Copa del Rey de la noche anterior. Después fue a su cuarto y se vistió, y a regañadientes rescató del interior del armario la mochila con los libros. No tenía ningunas ganas de ponerse a estudiar, pero tampoco le apetecía discutir con su padre a su vuelta del trabajo.

Cogió el libro de Historia y unos cuantos folios en blanco y volvió a la mesa del salón, apagó la tele, puso un CD de Van Morrison a medio volumen (por extraño que pareciera, necesitaba música para concentrarse) y resopló con hastío. Comenzó a sonar *Bright Side of the Road.*

Le costó un minuto decidirse a abrir el libro por el tema que sus compañeros verían ese día en clase, la Revolución de Octubre.

–A ver qué tenéis para mí, bolcheviques –dijo en voz alta, intentando animarse.

Sus buenas intenciones duraron treinta minutos, hasta que al alzar la cabeza su mirada fue a caer sobre la pantalla negra del ordenador. Ahí había algo que ahora le interesaba más que lo que pudiera haber sucedido en la Rusia de principios del siglo XX. Lo encendió y entró en la cuenta de correo de su padre, cuya clave conocía: era su número de DNI y la inicial de su primer apellido. El último mensaje recibido era el de Sandra.

Fue abriendo uno tras otro los documentos adjuntos y leyendo su contenido. Los dos primeros eran de dos reservas de hotel, una en Praga y la otra en un lugar llamado Úvaly. El tercero tenía como título el nombre de «Bio-Potocki», y al abrirlo Jonás encontró una pequeña lista con algunos

datos de una biografía:

Ondrej Potocki

•Nacido el 13 de marzo de 1849 en Úvaly. Padre médico.
•Doctorado en Medicina en la Universidad de Praga.
•Cirujano en el Hospital Universitario de Praga.
•Expulsado del hospital en 1894 (nota: en los archivos de la fecha no se explican los motivos de esta expulsión).
•*Fallecido* en marzo de 1900. *Enterrado* en Úvaly.

Le llamó la atención que en el último punto las palabras «fallecido» y «enterrado» estuvieran en cursiva.

–¿Quién será este? –se preguntó.

Hizo doble clic en el siguiente documento adjunto y cuando comenzó a leer lo que había en él se quedó boquiabierto.

***

Sebastián no había dormido esa noche. Había impreso todo lo que Sandra le había enviado y había intentado encontrar en ello una razón para la desaparición de su exsocio, pero no parecía haber puntos de unión en aquellos documentos. La información de que disponía era inconexa e incompleta. Sin duda había algo más que Rafael sabía, algo que hacía de puente entre las distintas piezas del puzle que Sebastián tenía.

Conforme avanzaban las agujas del reloj, su intranquilidad se había acentuado, y a primera hora de la mañana, cuando la luz del sol solo rayaba el horizonte, telefoneó a Sandra.

–No ha llamado –le dijo ella con voz de no haber sido tampoco capaz de descansar.

–Escucha, ¿no hay nada más que se te olvidara enviarme anoche? No encuentro sentido a lo que he recibido.

–Lo sé, yo también lo he leído –confesó con un ligero tono de disculpa, pues no solía leer los archivos de Rafael (ni de Sebastián, en su momento) hasta que la investigación hubiese concluido–. Pero es todo lo que hay en la carpeta con el nombre de Potocki.

–Tal vez lo haya guardado en otra.

–No, no hay nada más en el ordenador, te lo aseguro. Sabes cómo es Rafael, toca los ordenadores lo justo y necesario.

–Ya –Sebastián recordó a su exsocio con su portafolios bajo el brazo, con su expresión de eterno estudiante, de ratón de biblioteca, siempre tomando apuntes a mano, a bolígrafo, y tecleando torpemente las veces que no tenía más remedio que utilizar un ordenador–. ¿El artículo era cosa suya o un

encargo?

–Iniciativa propia, por lo que yo sé. Aunque en los últimos días, antes de marcharse, recibió varias llamadas.

–¿De quién, lo sabes?

–Una tal Katerina. No sé más.

Después de eso, desayunó y despertó a su hijo. Se fue a trabajar dispuesto a solicitar unos días libres de inmediato, aunque temía que la reacción de su superior no fuera muy agradable. Echaba terriblemente de menos la libertad de ser su propio jefe, pero al fallecer su esposa no se había sentido capaz de continuar y había huido de la posibilidad de convertirse en un lastre para su socio, además de que había querido pasar todo el tiempo posible junto a Jonás para intentar ayudarlo a sobrellevar la pérdida. Durante los primeros meses se había mantenido con sus ahorros, pero más tarde se había visto obligado a buscar aquel odioso empleo de administrativo; aunque Rafael le había sugerido restaurar su vieja sociedad bilateral, Sebastián no había querido aceptar, consciente de lo que suponía regresar. Pensando que era lo mejor, había puesto su casa en venta y se había mudado a otra ciudad, así que volver no entraba en sus planes. Sabía que habría demasiados recuerdos esperándolo.

Ahora, por tanto, tenía un jefe, unos horarios establecidos y una sucesión sin fin de jornadas monótonas, todo lo contrario que antes. Y, desde luego, no disponía de la libertad de cogerse unos días libres sin previo aviso y, menos aún, de la noche a la mañana.

Su jefe puso mala cara.

–Es un contratiempo, estamos en cuadro.

Sebastián contuvo las ganas de decirle lo que realmente pensaba, que si estaban en cuadro era precisamente porque la dirección se había negado a contratar el personal suficiente.

–Necesito esos días, es importante.

El jefe se rascó un párpado con el dedo índice de la mano derecha y tamborileó con la izquierda en el borde de su mesa, como si necesitase realizar ambos gestos a la vez para tomar una decisión.

–Sebastián, me temo que ahora mismo no va a ser posible. Las vacaciones, como sabes, hay que pedirlas con la suficiente antel… –se interrumpió al ver que Sebastián ya no estaba delante de él.

Se había dado la vuelta y había abandonado la oficina. El jefe permaneció unos instantes perplejo, sin saber cómo reaccionar ante aquello, y cuando se decidió a levantarse y asomarse a la puerta vio a Sebastián ya en la calle, alejándose y tecleando en su teléfono móvil. El resto de empleados, que habían debido de oír la conversación, contemplaban la escena entre divertidos y alucinados.

Fuera, Sebastián marcó el número de Sandra, que contestó casi de inmediato.

–No hay noticias –se apresuró a decir la mujer.

–Voy a ir a buscarlo, así que necesito que me hagas una reserva de avión…

–Ahora mismo. Hay un vuelo a las ocho, mañana por la mañana.

–Sandra *la eficiente* –comentó Sebastián, intentando mostrarse algo alegre, pese a ser consciente de que acababa de perder su empleo–. Hazme una reserva para esta noche en cualquier hotel, ¿vale? Y… también necesito otra cosa.

–Jonás.

–Sí, ¿puedes encargarte de él?

–Claro. Pero ¿qué pasa con las clases, puede perder varios días sin problema?

–Los iba a perder de todos modos, lo han expulsado –la sorpresa de Sandra quedó patente a través de su silencio–. Ya te lo explicaré, o que lo haga él. Así tendréis de qué hablar. Llegaremos a tu casa a media tarde.

–Bien, prepararé una cena especial.

–Gracias, Sandra. Te veo luego.

***

Le había dicho que llamaría a mediodía y cuando aún no eran las diez entró en la casa. Ambos, padre e hijo, se miraron unos segundos sin hablar: Jonás seguía frente al ordenador y sabía que su padre le exigiría una explicación, pero Sebastián también parecía tener dificultades para aclarar su inesperada presencia.

–Papá, ¿qué haces aquí?

–Pues… ¿Y tú, qué haces mirando mi correo personal? Se suponía que tenías que estar estudiando.

–Ehhh…

–Déjalo, hay prisa.

–¿Prisa?

–Mete en una bolsa ropa suficiente para varios días, y coge también tus libros.

Jonás no se movió.

–¿Qué pasa? ¿Adónde vamos?

–Tú a casa de Sandra, yo a buscar a Rafael.

–Eh, quieto ahí, papá. ¿Qué hago yo en casa de Sandra?

–Tienes catorce años, no vas a quedarte solo aquí.

–¡¿Por qué?!

Sebastián lo miró con vehemencia.

–Porque te dejaré solo en casa cuando demuestres que tu cabeza no está hueca y que no me tropezaré con ninguna sorpresa cuando regrese.

–¡Venga ya! Ni que te fueras a ir un mes entero; puedo estar solo unos días, sin problema.

–Ya, claro, sin problema, palabra de *boy scout,* ¿no? Te recuerdo que ayer mismo estabas por el suelo peleando con otro chico, y eso no habla muy bien de tu madurez. Anda, coge la ropa, nos vamos cuanto antes.

Jonás intentó replicar, pero Sebastián lo ignoró y fue a su habitación para preparar su propio equipaje.

Capítulo cuarto

CUANDO se montó en el coche, Jonás seguía sin estar conforme con el plan, pero era consciente de que no lograría hacer cambiar a su padre de opinión. No le quedaba otra que aguantarse. Tal vez si no lo hubieran expulsado…

De todos modos, mostró su disgusto con un sonoro suspiro de hastío que Sebastián ignoró por completo.

Quedó claro enseguida que su padre tenía prisa, por cómo pisaba el acelerador y refunfuñaba cada vez que un semáforo cambiaba a rojo cuando se aproximaban.

–Te van a multar, papá. Si no nos la pegamos antes –al oírlo, los ojos de Sebastián se dirigieron un instante al velocímetro y levantó un poco el pie–. Estás preocupado por Rafael, ¿verdad?

Su padre asintió, tamborileando con los dedos en el volante.

–Son demasiados días sin contactar.

–¿Sabes? –dijo Jonás un par de minutos después–. Nunca he tenido claro a qué os dedicabais Rafael y tú.

–Teníamos una agencia de… investigación. La montamos al poco de terminar en la universidad.

–¿Una agencia? Eso suena a detectives.

–No, recuerda que estudié periodismo. Y él también, hicimos la carrera juntos. Pero en lugar de dedicarnos a contar las noticias del día a día, nos centramos en la investigación de temas…, digamos, especiales.

–¿Como cuáles?

Sebastián dudó unos segundos antes de responder:

–En realidad, cualquier asunto que cautivara nuestro interés.

Su intención era dejarlo ahí, pero Jonás no pensaba permitírselo.

–¡Vaya, lo sueltas con cuentagotas! Venga, papá, ¿qué investigabais, el Water Gate y cosas así? ¿La Cosa Nostra?

–No, qué va.

–¿Entonces?

–Lo cierto es que era un trabajo muy entretenido. En ocasiones eran nuestros contactos, las revistas para las que solíamos trabajar, las que nos sugerían el tema, y otras veces nosotros mismos lo buscábamos y lo vendíamos a posteriori.

–Ya, pero ¿qué temas eran?

–A ver cómo te lo explico sin que pienses que soy un lunático… –observó

de reojo que las cejas de su hijo se arqueaban en un gesto de sorpresa y optó por sonreír–. ¿Has oído hablar de la anomalía del monte Ararat, del Salón de Ámbar, de la famosa Atlántida?

–De la Atlántida sí, claro. ¿La buscasteis?

–No exactamente, en ese caso solo tratamos de averiguar qué hay de verdad en la leyenda.

–¿La encontrasteis?

–¿Qué, la Atlántida? ¿Tú crees que si la hubiéramos encontrado estaría yo conduciendo un coche de segunda mano como este?

–¿Y eso otro de, cómo lo has llamado, anomalía de…?

–La anomalía del monte Ararat. Verás, esa investigación me gustó especialmente. El Ararat está en Turquía, es la montaña más alta del país, y se dice que en tiempos del diluvio universal, cuando las aguas comenzaron a retirarse, el Arca de Noé quedó encallada en la ladera del Ararat. No pongas esa cara, la historia es interesante. Marco Polo…

–¿Marco Polo? ¿Qué tiene que ver Marco Polo con el Arca de Noé?

Ya estaban en la autovía, y el tráfico les permitía ir más rápido hacia Barcelona.

–Nada, solo que Marco Polo, al narrar sus viajes, anotó que al pasar cerca del monte Ararat vio en lo alto algo que parecía una embarcación incrustada en la montaña. Mucho más tarde, en 1949, un avión estadounidense que sobrevolaba la zona realizó unas fotografías en las que se aseguraba que se veía una supuesta construcción rocosa que por su forma bien podría ser un barco, o sus restos. Durante algún tiempo incluso la CIA pareció interesarse, y después se hizo el silencio.

–¿Por?

–Puede que porque no hubiera nada en realidad, o quizá porque, como siempre que la CIA está por en medio, se encargaron de ocultarlo. Rafael y yo fuimos a Turquía y escribimos un reportaje que funcionó muy bien.

–¿Y cuál era la conclusión?

–¿Si el Arca estaba allí o no? –Sebastián realizó una mueca que Jonás no supo interpretar–. Lo importante es que la historia es muy atractiva, ¿no te parece? A veces no merece la pena saber toda la verdad, es mucho más interesante que se mantenga el misterio –su hijo lo miró sin estar seguro de comprenderlo–. Era un buen trabajo, muy divertido.

–Lo dejaste por… lo de mamá, ¿no?

Sebastián asintió. Después del accidente no se había sentido con fuerzas de seguir. Por un lado, el trabajo habría podido convertirse en un refugio para no pensar en Alicia, pero había optado en cambio por centrarse en Jonás, en ayudarlo a recuperarse del golpe, aunque no supiera muy bien cómo hacerlo.

Tras varios minutos de silencio, los necesarios para que la sombra de Alicia se disolviese, Jonás preguntó:

–¿Y qué reportaje estaba escribiendo Rafael en Praga?

–No lo tengo claro todavía. Pero tú antes les echabas un vistazo a los archivos que me envió Sandra, ¿no? ¿Qué piensas?

Jonás se encogió de hombros.

–Ni idea. Me dio la impresión de que no tenían nada que ver unos con otros, sobre todo esa carpeta en la que había noticias sobre crímenes…

–Sí, eso es lo más extraño de todo. Ni a Rafael ni a mí nos atrajeron nunca los asuntos escabrosos. Hay algo que no encaja.

Capítulo quinto

El apartamento de Sandra estaba en el tercer piso, dos por debajo del que ocupaba la oficina de la Agencia de Investigación y Periodismo Puyol-Corcovado (Rafael no había querido realizar cambios en el nombre de la empresa, convencido de que Sebastián regresaría tarde o temprano).

Sandra había tenido suerte, porque al poco de comenzar a trabajar para ellos, el anciano inquilino del tercero izquierda había puesto a la venta el apartamento para mudarse a una residencia. El viejo no tenía descendientes, así que únicamente quería obtener lo suficiente para costearse la residencia durante los años que le quedasen por vivir, y llegaron con rapidez a un acuerdo. La casa no era gran cosa y le hacía falta más de un arreglo, amén de una capa de pintura, pero viviendo allí Sandra no tendría más que salir por la puerta y subir dos pisos en el ascensor para llegar a su lugar de trabajo, lo cual era ideal para ella, pues Barcelona, como cualquier otra ciudad, no está pensada para quien tiene que ir de un sitio a otro en silla de ruedas.

Sebastián y ella se fundieron en un abrazo, emocionados ambos por el reencuentro tras varios meses sin verse y, especialmente, por la razón que los reunía de nuevo. Luego Sandra se inclinó hacia delante para recibir los dos besos de Jonás y dibujó una sonrisa que de inmediato se transformó en una expresión de alarma:

–¿Y ese ojo?

–Una bonita historia –repuso Sebastián–. Ya te la contará más tarde, cuando estéis solos.

–Bueno. Venís con hambre, ¿verdad? He preparado la cena. Dejad las cosas por ahí; ya os instalareis después, que se enfría.

Al entrar, a Jonás le llamó la atención la escasez de muebles y los espacios diáfanos que permitían que Sandra se moviera sin la menor complicación por todas partes. Había eliminado varias paredes de la casa y ensanchado las puertas en las demás, convirtiendo algunas de ellas en arcos abiertos que unían una estancia con otra; así, la cocina, el comedor y uno de los antiguos dormitorios habían pasado a formar parte del amplio salón, quedando aparte exclusivamente el cuarto de aseo y su habitación.

–Lo siento, Jonás, pero tendrás que dormir aquí, en el salón. El sofá es cómodo, eso sí; lo sé porque más de una noche me quedo roque viendo la tele.

Jonás todavía no se había hecho a la idea de pasar allí una semana, así

que se limitó a contestar por medio de una sonrisa y decir que no le importaba.

–Como si tuviera que dormir en el suelo –terció su padre–. Además, pensándolo, es una opción. Tu castigo por haber sido expulsado, ¿qué te parece? Duermes en el suelo toda esta semana.

–De paso me pones cristales rotos debajo, si quieres.

–No me des ideas, no me des ideas.

–Cuando trabajabas con él, Sandra, ¿ya tenía mi padre esas tendencias sádicas?

–No tanto; conmigo no pasó nunca de clavarme agujas bajo las uñas si cometía algún error ortográfico al pasar sus trabajos a limpio.

–Mentira: reconozco que alguna vez lo pensé, aunque no llegué a hacerlo.

Continuaron bromeando mientras daban buena cuenta de la cena para no tener que pensar en Rafael y las posibles explicaciones a su ausencia, pero a medida que iban terminando, su ánimo se ensombrecía. Consciente de ello, Jonás se ofreció a recoger los platos y colocarlos en el lavavajillas, y mientras lo hacía escuchó a su padre preguntar:

–¿Estás segura de que no hay nada más aparte de lo que me enviaste ayer?

–Completamente. Lo he registrado todo, he puesto la oficina patas arriba. Se lo llevó todo con él, como hace siempre, para tomar notas sobre la marcha.

Sebastián asintió. El método de su exsocio era el de los viejos reporteros de la primera mitad del siglo XX, cuando todo se apuntaba en pequeñas libretas que cabían en un bolsillo de la camisa o la chaqueta. Más de una vez él se había escandalizado al ver sus anotaciones desordenadas y le había parecido poco menos que un milagro que fuera capaz de extraer de ellas el material necesario para un artículo.

–Lo poco que sé –prosiguió Sandra– es lo que él me contó por teléfono durante los primeros días de su estancia allí. Sé que se reunió con un tal Nedved, catedrático de la universidad, para hablar del doctor Potocki, pero Rafael tampoco me contó mucho acerca de sus conclusiones tras el encuentro. Lo he llamado esta mañana, después de hablar contigo, y explicándole los motivos he logrado que acceda a recibirte mañana por la tarde.

–Muy bien. Me pregunto qué puede tener que ver ese interés por el doctor Potocki con su desaparición –dijo Sebastián en voz alta, sabiendo que no iba a recibir respuesta.

–¿Y qué tiene que ver con… –Sandra dirigió una mirada veloz hacia Jonás– lo otro?

–Descuida, aquí el amigo ya ha tenido tiempo de curiosear los archivos. Si te refieres a la información sobre los crímenes, no tengo la más remota idea. Espero que el propio Rafael nos lo explique.

En el último de los documentos que Sandra le había enviado a Sebastián la noche anterior, Rafael había almacenado extractos de noticias de diferentes periódicos sobre crímenes sin resolver. Lo más extraño era que esos crímenes habían ocurrido en diferentes países y en fechas muy distintas, separadas varios años entre sí.

–¿Habéis pensado que tal vez haya tenido un accidente y esté ingresado en un hospital checo? –sugirió Jonás, regresando a la mesa.

–Lo he comprobado –contestó Sandra–. He llamado a todos y me he puesto en contacto con la embajada española en Praga y con la policía del país. Nadie sabe nada.

Para evitar que la conversación adquiriera un tono demasiado pesimista, Sebastián se puso en pie y la dio por zanjada:

–Es hora de que me vaya al hotel. Tengo que estar temprano en el aeropuerto y quiero dormir un poco y estar fresco por la mañana.

Se agachó para volver a abrazar a Sandra y le removió el pelo a su hijo en un gesto cariñoso.

–Pórtate bien estos días, ¿eh?

–Sí, papá.

–Y estudia, ya te lo dije ayer; estudia como si fueras a tener los exámenes finales.

–Sí, papá.

–No quiero recibir ni una queja por parte de Sandra, ¿entendido?

–Sí, papá.

–Si vuelves a decir «Sí, papá» te corto la cabeza.

–Vale, papá.

–Tu billete de avión está en la repisa de la entrada, no te lo dejes –le informó Sandra.

En cuanto se quedaron los dos a solas casi se pudo palpar la intranquilidad que ambos sentían. Aunque Jonás conocía a Sandra desde hacía varios años, nunca había existido entre ellos una gran confianza, simplemente porque no había habido razón para ello: ella era la empleada de su padre y sus contactos se habían limitado a saludos e intercambios de sonrisas cordiales, poco más. Por su parte, Sandra estaba habituada a vivir sola y nunca se le habían dado demasiado bien las relaciones personales.

–Ponte cómodo, esta va a ser tu casa durante los próximos días –dijo–. Si quieres, enciende la tele y busca algo que te guste.

En ese momento Jonás tuvo una idea repentina, y tal y como solía ocurrir en los últimos tiempos, fue pensarla y ponerla en funcionamiento.

–¿Tienes acceso a internet?

–Claro. Ahí tienes el ordenador –indicó una de las esquinas del amplio salón, acondicionada con una mesita sobre la que reposaba un ordenador de sobremesa y un buen número de DVD–, es todo tuyo.

Capítulo sexto

A pesar de lo temprano de la hora, Sebastián sabía que el aeropuerto de El Prat estaría abarrotado de gente: viajeros que se marchaban, junto a acompañantes que los despedían, y viajeros que acababan de llegar y familiares y amigos que los recibían, además de la enorme cantidad de trabajadores que iban de un lado a otro, atareados o aparentando estarlo. Esperaba todo eso, e incluso esperaba que su vuelo hacia Praga tuviera algo de retraso (su mala suerte en relación con los vuelos retrasados era tanta que a veces le daba por pensar que el tal Murphy había hecho su famosa ley pensando exclusivamente en él, Sebastián Corcovado), pero sin duda lo que no esperaba era localizar la figura de su hijo delante de él en la cola de facturación, con su mochila entre las piernas.

Jonás se estaba volviendo hacia atrás en aquel preciso momento, buscándolo, y al verlo llegar sonrió con malicia. Su cara demostraba su falta de sueño.

–¿Qué demonios…? –profirió Sebastián, entre preocupado, enfadado y derrotado–. ¿Qué estás haciendo aquí?

–Me voy contigo.

–Jonás, esto no es un viaje de placer. Ya sabes a lo que voy, no puedo cargar contigo.

–No te preocupes, no seré una carga. Lo prometo. Precisamente por eso no he querido quedarme con Sandra, para no ser una carga para ella. He pensado que puedo servirte de apoyo.

–Jonás…

–Papá, en serio, no seré un problema. Quiero ir contigo y echarte una mano, aprovechando que tengo unos días libres.

–¡Días libres, dice! –Sebastián lo miró, debatiendo interiormente si valía la pena sacarlo por las orejas de la terminal del aeropuerto y meterlo a la fuerza en un taxi, sabiendo que eso no le impediría coger el siguiente vuelo, o claudicar y llevarlo con él para así al menos poder tenerlo controlado–. Dejemos las cosas claras: te vienes, pero en todo momento me obedeces sin rechistar. A la mínima que me hagas enfadar, te empaqueto de vuelta como correo urgente, ¿entendido? –Jonás asintió, con cara de niño bueno–. Esto no es un juego.

–Lo sé, papá. Por eso quiero acompañarte. Para que no vayas solo.

La cola fue moviéndose y divisaron al fin el mostrador de facturación.

–¿Cuándo compraste tu billete?

–Anoche mismo; esperé a que Sandra se fuera a dormir.

–¿Y con qué dinero? ¿Tienes dinero suficiente en tu cuenta para pagar un billete de avión?

–No, claro que no, papá. En mi cuenta quedan cincuenta y siete euros con veinte céntimos. Pero me sé de memoria los números de tu tarjeta de crédito.

–¡Expulsado del colegio, desobediente y vago, y ahora encima ladrón! ¡Ten hijos para esto!

Sebastián puso tono de estar muy disgustado, pero en secreto experimentaba cierto alivio por tener compañía.

–Deberías estar orgulloso, soy un hombre de recursos.

–Al menos le habrás dejado una nota a Sandra…

–Sí, le he puesto que me sentía obligado a cuidar de ti, y que gracias por todo.

–En cuanto hayamos facturado la llamaré –comentó, y nada más pronunciar esas palabras, tuvo un presentimiento y sacó del bolsillo interior de su chaqueta su teléfono móvil, que había puesto en silencio antes de abandonar el hotel. En la pequeña pantalla digital brillaban dos llamadas perdidas del número de Sandra–. De hecho, ella ya ha descubierto tu fuga y ha intentado avisarme.

***

Jonás se había pasado la noche estudiando mapas *online* de la República Checa y su capital, Praga, y había buscado información sobre el tal doctor Ondrej Potocki, pero no había nada sobre él en la red. Una vez que Sandra se hubo retirado a su dormitorio, registró el correo electrónico de su padre y dio con el mensaje que confirmaba el billete de avión adquirido a su nombre aquella misma mañana. Luego el muchacho entró en una página web que vendía pasajes a cualquier destino del mundo y con los datos que ya conocía del vuelo de Sebastián, compró un billete.

Para no correr riesgos se acostó en el sofá medio vestido, a falta solo de las zapatillas y la camisa, para que no se le arrugase, y dispuso la alarma de su reloj de pulsera a las cinco en punto, rezando para que Sandra no la oyera desde su cuarto. Durmió apenas dos horas, y al despertarse escribió a toda prisa la nota explicando su marcha y salió a hurtadillas, corriendo escaleras abajo hasta la calle, donde lo esperaba una penumbra siniestra en la que flotaba el extraño murmullo de la ciudad, que se desperezaba. En una plaza cercana encontró una parada de taxis, y de ahí al aeropuerto todavía habría tenido tiempo de dar una cabezada si el nerviosismo se lo hubiera permitido.

***

Alrededor de dos horas más tarde, a través de la ventanilla del avión, Jonás pudo ver cómo los mapas que había estudiado a conciencia antes de emprender viaje cobraban volumen y profundidad. Las manchas verdes eran bosques, las de tonalidades marrones eran montañas de escasa altura. La República Checa ya no era un área irregular delimitada en la hoja de papel mediante una línea de puntos, sino un lugar real.

Capítulo séptimo

UNA vez en el aeropuerto de Praga Ruzyne, necesitaron unos cuarenta minutos para llegar en autobús hasta el centro de la ciudad, donde los recibió una suave brisa que transportaba diminutas gotas de lluvia de un lado a otro, y allí se dirigieron en tranvía hasta el hotel Rott, situado en Male Namesti, donde Sandra había reservado una habitación para Sebastián y, antes, para Rafael. Se trataba de un edificio de cuatro plantas enclavado en pleno casco antiguo, muy cerca de Staromestske Namesti, el lugar más afamado entre los millones de turistas que visitaban la capital checa.

En la recepción, Sebastián dijo en inglés que a última hora le había acompañado su hijo y que necesitarían una cama supletoria, a lo que el empleado del hotel contestó que no habría ningún problema y le tendió la tarjeta que servía de llave de la habitación.

–Una cosa más –apuntó Sebastián, mientras a su lado Jonás hacía esfuerzos por entender la conversación. El inglés era la asignatura en la que mejores resultados obtenía, pero pocas veces había tenido la oportunidad de poner en práctica sus conocimientos–. Se hospeda aquí un amigo mío, el señor Puyol.

–Ah, sí. Todavía no ha regresado.

–¿Desde cuándo?

–Desde el sábado. Vino la policía preguntando por él, y también una señorita de España nos llamó varias veces.

–Ya, yo vengo de parte de esa señorita. En realidad, el señor Puyol y yo somos socios. Necesitaría ver su habitación.

–Señor, me temo que eso no es posible. Hay una denuncia interpuesta por la desaparición de su socio, así que nos han informado que no podemos tocar la habitación.

–Comprenda que estoy preocupado por mi compañero.

–Lo entiendo, señor… Corcovado. Pero como ya ha intervenido la policía, necesitará usted una autorización para entrar en la habitación.

–De acuerdo, ¿puede decirme con quién he de hablar en el departamento de policía?

–Por supuesto –el recepcionista buscó en un cajón tras el mostrador y sacó una tarjeta de visita–. Nos la dejó el comisario Dvorak, hable usted con él.

–Eso haré. Gracias.

De camino a su habitación, en el último piso, Jonás dejó escapar un

bufido.

–Educado pero terco, el checo –musitó.

–Es normal, no puede abrir una habitación a cualquiera que se lo pida. Contaba con ello.

–Pero la policía puede tardar en darte la autorización, todo lo que tiene que ver con burocracia…

–Por eso no vamos a esperar.

En ese momento las puertas dobles del ascensor se abrieron y Sebastián pudo esquivar la mirada interrogante de su hijo al avanzar por el pasillo.

–¿No vamos a esperar? ¿Qué quieres decir con eso?

Sebastián no respondió hasta que llegó a su habitación, dejó su equipaje sobre la cama y Jonás hubo cerrado la puerta.

–Tu primera misión como acompañante inesperado será vigilar mientras yo me cuelo a inspeccionar qué ha dejado Rafa para poder seguirle la pista. Sandra me dijo que su habitación era la 315.

–¿Y cómo piensas entrar?

–Las habitaciones de hotel no suelen ser demasiado complicadas de abrir. Ven.

Regresaron al pasillo, bajaron una planta y buscaron luego la puerta con el número 315 grabado en ella.

–Aquí. Bien, vuelve a la esquina y disimula.

–¿Haciendo qué?

–Nada en especial, solo quiero que me avises si es necesario que salga de aquí pitando. No tardaré.

Resignado, Jonás obedeció, preguntándose cómo pensaba su padre ingeniárselas para entrar, pero cuando llegó a la esquina y miró hacia atrás, el pasillo estaba desierto. Sebastián ya había salvado la puerta.

***

El interior estaba limpio y la cama perfectamente hecha. Lo único que diferenciaba aquella habitación de una desocupada era la ropa de Rafael colocada en el armario. Una chaqueta y dos camisas colgadas de sendas perchas y unos pantalones y un jersey de lana doblados en uno de los estantes. Eso era todo lo que había; por lo demás, ni papeles ni pistas de ninguna clase sobre su paradero.

Registró los cajones por si acaso, sabiendo de antemano que no hallaría nada en ellos. Si había esperado encontrar algún mensaje de su exsocio o incluso su cuaderno de notas, se dio de bruces con la cruda realidad y el vacío absoluto.

Por un momento la sensación de ausencia que emanaba de la estancia lo embargó, obligándolo a sentarse en el borde de la cama. Tenía la certeza de que había algo oscuro tras la desaparición de su amigo; sin duda había una razón poderosa por la que Rafael no había restablecido el contacto desde el

sábado anterior.

Llenó de aire los pulmones y lo dejó escapar despacio entre los labios para recobrar la calma antes de salir. Delante de Jonás tendría que aparentar una firmeza y una seguridad que comenzaban a flaquear.

***

–¿Algo interesante? –preguntó Jonás cuando se reunió con él en el pasillo.

–Nada de nada.

–Entonces ¿cuál es el siguiente paso?

–Esta tarde nos daremos un paseo por la universidad y por comisaría, a ver qué sacamos. Mañana partiremos hacia Úvaly, puede que tengamos más suerte allí. Pero antes de todo eso, vamos a comer.

–Apoyo la moción. Me muero de hambre.

Capítulo octavo

DESDE el hotel, Sebastián consiguió contactar con el doctor Nedved, el mismo con el que Rafael se había reunido días atrás, y confirmó su cita para las cinco de la tarde.

La Facultad de Medicina de la Universidad Carolina de Praga era uno de sus edificios más vetustos, y aunque no era sencillo guiarse por su interior, más parecido a un laberinto que a otra cosa, finalmente encontraron el despacho que buscaban.

El doctor Nedved era un hombre delgado y alto, de unos sesenta años, que los recibió con educación aunque dejando traslucir sus deseos de marcharse a casa lo antes posible.

–Curioso –dijo, en un inglés tosco pero comprensible, nada más ofrecerles asiento frente a su mesa. Sebastián lo miró sin entender, mientras que Jonás no pudo evitar que sus ojos recorrieran uno a uno los múltiples títulos que colgaban enmarcados de la pared que el catedrático tenía a su espalda–. Hasta la visita de su amigo hace dos semanas no imaginaba que el nombre de Ondrej Potocki fuera conocido más allá de nuestras fronteras. En realidad, ni siquiera en nuestro país se lo conoce. Solo los que compartimos su profesión hemos oído hablar de él.

–Si le soy sincero, yo no había escuchado ese nombre hasta anteayer. Mi amigo, Rafael Puyol, al parecer quería escribir algún tipo de reportaje sobre él, pero ignoro la razón. Mi desconocimiento sobre el doctor Potocki es casi total y no sé qué interés podía tener Rafael en él. Yo solo estoy aquí porque él ha desaparecido, como, si no me equivoco, le comunicó ayer mi secretaria, y tengo la esperanza de que, quizá, si sigo sus pasos en la investigación que estaba realizando, pueda encontrarle.

El catedrático arqueó sus gruesas cejas pobladas de canas y pareció meditar durante unos instantes, para luego decir:

–No sé en qué puedo serle de utilidad, señor Corcovado.

–¿Mencionó algo Rafael durante su visita que le sonase a usted extraño?

–No. Afirmó que era un periodista español y lo creí; la verdad es que ni miré la acreditación que me mostró, no me pareció importante. Me dijo que buscaba información sobre Ondrej Potocki y le conté lo que sé. Después se marchó. Nuestra charla no debió de durar más de quince minutos.

–Entonces, si no le importa, repítame lo que le dijo a él. Simplemente háble me de Potocki. No le robaré mucho tiempo, solo quiero hacerme una idea sobre el personaje en cuestión.

Nedved estiró las piernas bajo la mesa y entrecruzó los dedos de ambas manos sobre su vientre, fijando la mirada en un punto impreciso por detrás de Sebastián y Jonás.

–Potocki fue un iluso, un visionario, un nigromante, un demente y, desde luego, un científico adelantado a su tiempo. Todo eso y más…, o tal vez, según algunos, ninguna de todas esas cosas. Mi opinión personal es que, de no ser por esa obsesión suya, habría podido pasar a la Historia como un genio.

–Perdone que lo interrumpa: ¿a qué obsesión se refiere?

–Malgastó sus esfuerzos en la búsqueda de una prueba irrefutable de la existencia del alma. Más aún, lo que quiso fue encontrar la propia alma, para así confirmar la existencia de Dios. Afirmaba que era la llave de la inmortalidad. Por desgracia, en esa quimérica búsqueda perdió el sentido común y traspasó algunos límites, manchando su reputación y echando a perder su brillante carrera.

–¿Fue por eso por lo que lo expulsaron?

El catedrático asintió.

–Después de realizar unos experimentos muy extravagantes, que llamaron mucho la atención en su época, nadie quiso volver a darle ningún crédito, se le cerraron todas las puertas, a él y también a su ayudante, un joven llamado Marcel Boniek. Ninguno pudo volver a ejercer su profesión, y yo diría que con razón.

Sebastián aguardó por si Nedved añadía algo más, pero este parecía haber dado por concluida su exposición. Para evitar cualquier duda al respecto, el anfitrión cambió de postura y sonrió con cortesía.

–Eso es todo lo que hay que contar acerca de Potocki, y diría que palabra por palabra lo que le dije a su amigo. Me temo que no puedo ayudarlos en nada más.

–Claro. Muchas gracias por recibirme, doctor. Ha sido usted muy amable. Una última pregunta, si me permite: ¿se le ocurre qué pudo hacer mi amigo después de verse con usted? ¿Dónde pudo buscar más información sobre Potocki aquí, en Praga?

–El doctor Potocki aparece mencionado en algunos libros de Historia, pero la mayor parte de su rastro se ha borrado. Ha pasado un siglo entero. No creo que haya información relevante sobre él en ninguna parte.

–Entiendo. Bien, gracias de nuevo.

–Espero de corazón que encuentre pronto a su socio.

–Eso espero yo también.

–¿Lo consiguió? –Jonás no pudo resistirse a hacer la pregunta, viendo que su padre se ponía en pie para abandonar el despacho. El catedrático lo miró sin comprender–. ¿Potocki consiguió encontrar el alma humana?

El doctor Nedved soltó una sonora carcajada como respuesta.

–Falleció en 1900. Está enterrado en el cementerio de Úvaly. ¿Responde

eso a tu pregunta, jovencito?

–Sí, claro. Gracias.

***

La siguiente estación de su recorrido por Praga aquella tarde fue la comisaría, donde tras una larga espera en una sala que olía a rancio y desinfectante, un agente uniformado los hizo pasar a otra estancia de similar tamaño pero ocupada por varias mesas cubiertas de papeles, archivadores y ordenadores en lugar de las sillas de plástico que había en la primera. Los guio esquivando los obstáculos hasta una de las mesas situadas al fondo, desde la que un tipo de paisano los miraba con atención.

–Buenas tardes –dijo Sebastián, otra vez haciendo uso del inglés para comunicarse.

El hombre respondió al saludo con un marcado acento, que a Jonás le sonó a alemán o tal vez a ruso, y con un gesto les ofreció asiento.

–Mi inglés no es muy bueno, lo siento –se disculpó el comisario Dvorak.

–Mejor que nuestro checo, seguro.

El policía no dio muestras de apreciar el comentario; se limitó a abrir una de las carpetas que tenía amontonadas en la mesa y repasar de un vistazo lo que había escrito en su interior.

–Su amiga, la señora Sandra Villar, llamó a su embajada para denunciar la desaparición del señor Puyol. En la embajada nos… –titubeó unos segundos intentando hallar la palabra que se le escapaba y cuando la encontró continuó– facilitaron una fotografía suya. Ella la envió desde España.

–Sí. La señora Villar es la secretaria del señor Puyol, quien a su vez es mi socio, exsocio… Como no tenemos noticias desde que ella avisó a la embajada, nosotros hemos venido para intentar localizarlo. ¿Han hecho algún avance?

–¿Avance? –Dvorak no entendió aquella palabra.

–¿Alguna noticia, tienen alguna noticia sobre el señor Puyol?

–No, no tenemos noticias –el comisario se encogió de hombros y realizó un gesto vago, mirando la gran cantidad de carpetas que ocupaban su escritorio. Cada una de ellas contenía información relativa a un caso diferente–. Posiblemente el señor Puyol haya salido del país.

–Pero sus cosas siguen en el hotel en el que se alojaba.

–El hotel Rott, sí. Hemos estado allí, preguntando. Y hemos dado orden de que nos comuniquen si el señor Puyol aparece.

–¿Y en el otro hotel, el de Úvaly?

–Oh, también. Los compañeros de Úvaly pasaron por allí.

–Entonces estará usted de acuerdo conmigo en que Rafael no se marcharía del país dejando sus cosas detrás.

El policía tardó en captar la frase y luego volvió a encoger levemente los

hombros.

–Puede haber ido de excursión a otra ciudad, hay muchos lugares que ver.

Sebastián intercambió una mirada con su hijo. Estaba claro que aquel tipo no daba ninguna importancia a la desaparición de Rafael… Quizá fuese algo habitual en un lugar tan turístico como la República Checa que los viajeros decidieran cambiar sus planes a bote pronto y se olvidasen de avisar a sus allegados; tal vez uno podía pensar que solo Praga era interesante y más tarde, al enterarse de que había muchos otros rincones dignos de ver en el país, se dejase llevar. Por otra parte, solo la llamada de Sandra les había advertido de su extraña ausencia, pero quién le aseguraba a aquel comisario que Rafael no tenía algún motivo para no querer ponerse en contacto con ella… Podría haber multitud de razones, desde una aventura amorosa hasta lo que uno quisiera imaginar. Podía haber miles de razones para quien no conociera a Rafael, pero no para los que lo conocían bien.

Comprendió que la policía checa no iba a esforzarse en encontrarlo porque desde su punto de vista no había nada que demostrase que su ausencia no era voluntaria.

–Tal vez haya ido a Alemania, muchos turistas aprovechan para hacerlo desde aquí –sugirió el comisario Dvorak–. Quizá vuelva pronto.

–Ya. Bueno, le dejaré mi número de teléfono móvil, ¿de acuerdo? Por favor, llámeme si tuvieran alguna novedad. Estamos en el mismo hotel, el Rott –añadió, tendiéndole una de sus viejas tarjetas de la agencia, y le hizo una seña a Jonás para que se marcharan.

Ya fuera, caminando en busca de una parada de tranvías desde la que pudieran dirigirse de regreso al hotel, Jonás dejó escapar un taco y pateó molesto un envoltorio que encontró a su paso.

–¡Eh! ¿A qué ha venido eso? –lo interrogó su padre.

–Esos tíos no están buscándolo. No tienen ningún interés.

–Hasta cierto punto es comprensible. Piénsalo, ¿qué crees que haría la policía española en cualquier ciudad turística si en pleno mes de agosto alguien los llamara desde Inglaterra con la historia de que uno de los millones de ingleses que veranean en España no se ha puesto en contacto con su secretaria? No creo que se pasasen ni por el hotel, que es algo que estos sí han hecho.

–Pero tú no crees que Rafa se haya ido de excursión, como él ha dicho…

–Por supuesto que no. Aunque entiendo que ese comisario lo ve desde su punto de vista y que para él tal vez nosotros seamos un poco histéricos. Al fin y al cabo, Rafa es un hombre adulto que no está obligado a dar cuentas a nadie: no está casado, no tiene hijos, solo una secretaria que, en opinión de Dvorak, puede estar exagerando sin venir a cuento.

–¿Qué vamos a hacer ahora?

–Dormir. Y mañana nos vamos a Úvaly.

***

El recepcionista del hotel Rott se mostró extraordinariamente solícito y les indicó que para llegar a Úvaly debían coger un tren con destino a Pardubice, que podrían adquirir los billetes en la propia estación y que la distancia era poco más de veinte kilómetros.

–¿Regresarán mañana mismo? –inquirió.

–Lo más seguro, aunque quizá decidamos quedarnos allí una noche.

–Muy bien. Si necesitan alguna cosa más…

–No, gracias. Nos vamos a dormir.

Capítulo noveno

SEBASTIÁN despertó sudoroso; había estado soñando con su mujer, con el estúpido accidente en el que ella perdió la vida. Sueños similares se repetían con excesiva frecuencia. En ocasiones él iba dentro del vehículo, sentado junto a ella, consciente de que el accidente iba a producirse pero incapaz de evitarlo, y otras veces lo veía todo desde fuera…, como si las imágenes fuesen proyectadas en una pantalla frente a él. Habría dado todo por haber ido él aquel día a recoger a Jonás al polideportivo en lugar de ella.

Se sentó en la cama al tiempo que un ruido lo hizo mirar hacia la ventana, donde gruesas gotas de lluvia golpeaban el cristal. Quizá el sonido de la lluvia había desencadenado su pesadilla.

Recordó que antes siempre le habían gustado las tormentas, hasta aquel día…

Sondeó la oscuridad hacia el camastro de Jonás y lo distinguió en una postura imposible, profundamente dormido. Volvió a dejarse caer hacia atrás y se cubrió la cabeza con la almohada, aunque sabía que resultaría imposible dormirse de nuevo.

***

Los veinte kilómetros que separaban Praga de Úvaly les llevaron casi cincuenta minutos, porque entre un punto y otro el tren realizó varias paradas tras las que el maquinista no daba la impresión de querer arrancar de nuevo.

–Hay algo que no entiendo –dijo Jonás, que había guardado silencio durante casi todo el trayecto, aprovechando para contemplar el paisaje–. ¿Por qué Rafa mantuvo la habitación en Praga si se vino a Úvaly?

–Tampoco lo tengo claro yo. Puede que fuera de un sitio a otro y quisiera tener una cama segura si se le hacía tarde.

–¿Hacíais eso a menudo?

–No era lo habitual, porque intentábamos reducir en lo posible los gastos, pero tampoco era extraño que decidiéramos hacerlo. En el extranjero no puedes estar de madrugada buscando desesperadamente un hotel.

–¿Y lo que os pagaban por uno de vuestros reportajes daba suficiente para cubrir tantas noches de hotel, las comidas, los billetes de avión y tren y todo eso?

–Hicimos algunos reportajes muy buenos y, sí, ganamos bastante dinero con ellos. Con otros apenas cubrimos los gastos, y con algunos perdimos un

poco, pero en general la empresa tenía suficiente para seguir adelante. Con el que trajo a Rafa hasta aquí… No sé, por ahora no le veo ni pies ni cabeza. No sé qué le hizo interesarse por ese condenado doctor Potocki.

Úvaly era una ciudad pequeña, casi un pueblo, cuya proximidad a la capital la había transformado en los últimos años, convirtiendo buena parte de ella en un inmenso polígono industrial. La primera impresión, desde las ventanillas del tren, no podía ser más triste y desagradable, pero resultaba algo engañosa, porque una vez se adentraron en él, el lugar parecía distinto. Si en las afueras Úvaly podría confundirse con cualquier población del extrarradio de cualquier ciudad moderna, con sus fábricas y sus almacenes gigantescos, en el centro recuperaba un cierto encanto de aldea anclada en el pasado. Del mismo modo, la gente de cada zona también era distinta: en los polígonos estaban los típicos trabajadores que, enfundados muchos de ellos en monos azules o grises, desplegaban una actividad frenética, mientras que en el centro los habitantes de Úvaly presentaban otro aspecto y otra actitud, más pausada y calmada.

Sebastián imaginó que Rafael habría tomado buena nota de ello en su cuaderno: dos mundos y dos épocas separados por una cortina invisible, tocándose pero sin contagiarse el uno del otro.

***

El hotel de Úvaly era una casa antigua de tres plantas, situada en una céntrica plaza, y estaba regentado por un matrimonio mayor y sus dos hijos. La ciudad no poseía ningún reclamo turístico importante, así que no estaban muy acostumbrados a los extranjeros. Cuando Sebastián y Jonás entraron en el edificio vieron a una mujer de avanzada edad pasando un trapo por la superficie de un cuadro enorme que mostraba aquella misma plaza varias décadas antes.

–Buenos días.

La mujer los miró, guardó el trapo en un bolsillo de la falda gris que llevaba puesta, rodeó el mostrador y solo entonces, cuando estuvo frente a ellos con el mostrador por medio, respondió a su saludo.

–Buenos días.

De nuevo Sebastián explicó la razón de su presencia allí, como había hecho el día anterior en el hotel Rott, en la universidad y en la comisaría. Pronto quedó patente que el inglés de la mujer no era demasiado bueno. Lo escuchó con atención sin dejar de mirarlo fijamente y cuando hubo terminado, sonrió y preguntó:

–¿Quieren habitación?

Sebastián carraspeó para controlar su creciente impaciencia.

–No, señora, no creo que vayamos a necesitar habitación. Solo quiero saber si tienen algo que pertenezca a mi socio, el señor Puyol.

La mujer continuó sonriendo al tiempo que asentía con la cabeza, luego

se puso seria y cambió el movimiento vertical por el horizontal de negación.

–Tiene que hablar con mi marido. Él está a cargo de todo eso.

–Bien, ¿puedo hablar con él ahora?

–Más tarde. No está en este momento.

–¿Cuándo estará?

–Después –contestó, haciendo oscilar una mano con los cinco dedos separados–. A las dos, quizá, o a las tres.

–De acuerdo, volveremos a esa hora.

Al salir de vuelta al aire frío de la plaza, Sebastián refunfuñó contrariado. Lo que más le molestaba era el tiempo de espera; sabía por experiencia que para que una investigación llegase a buen puerto a menudo había que recorrer antes multitud de callejones sin salida, y eso le había parecido incluso parte de la diversión, pero ahora era muy distinto: ahora no solo se movían a ciegas, sino también contrarreloj.

–Tenemos varias horas por delante, ¿qué hacemos? –preguntó Jonás.

–Lo peor es que seguramente no sacaremos nada cuando volvamos. Lo más probable es que Rafael no dejara nada aquí, o si acaso lo hizo, la policía les habrá ordenado que no nos lo enseñen, igual que en el Rott.

–Pues nada, te cuelas en la habitación y asunto resuelto.

–Eso está descartado: no se puede hacer en un lugar tan pequeño. Siempre es más fácil en un hotel de ciudad, donde nadie se fija en con quién se cruza por el pasillo.

–Hablas como un profesional, uno de esos ladrones de guante blanco…

–Precisamente porque no soy uno de esos es por lo que está descartada la idea, Jonás. A veces uno puede saltarse las normas, pero por lo general hay que adaptarse a ellas. Demos una vuelta, anda. Necesito pensar.

***

Jonás respetó el deseo de silencio de su padre, consciente de que el paso del tiempo jugaba en su contra y aumentaba su pesimismo mientras reducía sus opciones de dar con Rafael.

Él mismo estaba hundido en un pozo de incertidumbre. Igual que Sebastián, no terminaba de comprender qué había llevado a Rafael hasta allí, y algo le decía que hasta que no averiguasen esos motivos no avanzarían en sus pesquisas. Para él, el socio de su padre siempre había sido mucho más que eso, pues aparecía en sus recuerdos desde siempre casi como un miembro más de la familia, y ahora experimentaba una angustia creciente por su desaparición.

Llevaban un buen rato caminando sin dirección concreta, y de pronto Jonás cayó en la cuenta de que su padre se había detenido. Se giró y lo observó interrogante.

–Mira eso –le indicó Sebastián. Señaló un callejón que se abría a su derecha. Al fondo había un muro y en él, una puerta de hierro forjado a

través de la cual se veía una extensión de hierba que podría haberse confundido con un jardín descuidado–. El cementerio. ¿No dijo el catedrático que Potocki estaba enterrado aquí? –recordó mientras se dirigía hacia allí, lo cual obligó a su hijo a seguirlo.

La verja estaba abierta, y al otro lado encontraron a quien debía de ser el portero a cargo del recinto, que se limitó a saludarlos con un gesto, por lo que entraron sin más y recorrieron el camposanto buscando el nombre de Ondrej Potocki en las lápidas.

Sebastián estaba seguro de que Rafael había visitado también aquel lugar lóbrego. Podía casi verlo haciendo fotografías a diestro y siniestro y luego repasándolas minuciosamente para decidir cuál quedaría mejor como acompañamiento para su artículo.

Encontraron por fin la tumba del enigmático doctor, en la zona más alejada de la entrada, junto a otras que databan del mismo período. No había nada especial en ella; la cubierta y la lápida estaban enmohecidas y agrietadas por los años (la lápida estaba inclinada hacia un lado por el empuje de las raíces de un árbol cercano) y el nombre y las fechas aparecían algo borrosos, pero no había duda de lo que ponía: «Doctor Ondrej Potocki, 1849-1900».

Sebastián permaneció unos minutos inmóvil, absorto, estudiando la tumba. ¿Qué era lo que había hecho el hombre enterrado allí, aparte de aquellos experimentos sin sentido de los que había hablado el catedrático y que habían significado el fin de su carrera? ¿Qué podía haber de interesante en él? ¿Y de peligroso? Luego negó con la cabeza y ambos, padre e hijo, emprendieron el camino de regreso hacia la salida.

***

La segunda visita al hotel les deparó una sorpresa. El dueño había regresado y tenía preparado en el mostrador un paquete envuelto en papel de embalar.

–Esto es todo lo que dejó el señor Puyol en su habitación.

Sebastián estuvo a punto de cometer el error de preguntar si podía llevárselo, pero se contuvo a tiempo y el vejete hizo un gesto aclarador al empujar el paquete hacia ellos. Sebastián lo recogió entonces, le dio las gracias y salió de allí intentando que no se notasen sus prisas.

Capítulo décimo

Solo cuando estuvieron sentados a bordo del tren que había de llevarlos a Praga, Sebastián se decidió a abrir el paquete. Rasgó el papel marrón y dejó a la vista el contenido: un par de mudas y una bolsa de plástico en la que había una carpeta de tapas negras (el dichoso portafolios de Rafael) y un libro de reducido tamaño, de las típicas colecciones de bolsillo, viejo y desastrado, en cuya portada aparecía una fotografía en sepia de un hombre vestido con uniforme de policía y el título en letras amarillas: *Memorias noveladas del inspector James Banks, Departamento de Policía de la ciudad de Edimburgo.* Buscó la fecha de edición en las primeras páginas y enarcó las cejas al dar con ella: 1938.

–No entiendo nada –murmuró entre dientes–. ¿Qué tiene que ver esto con…?

Jonás leyó el título y se quedó igual de perplejo que su padre.

–Quizá solo lo llevaba como lectura. Para pasar el rato, quiero decir, no porque tuviera relación con su reportaje.

Sebastián dejó escapar un bufido. Por lo poco que sabían, cualquier cosa era posible. Desde luego, no había ninguna relación aparente entre un médico loco de finales del XIX y un inspector de policía de la primera mitad del XX, uno en Praga y el otro en Edimburgo. Hojeó el libro con rapidez y encontró en una de las primeras páginas un nombre escrito con bolígrafo rojo: «Katerina». Jonás también lo vio y preguntó:

–¿Quién es esa?

–Ni idea.

–¿Un ligue de Rafael?

–Nunca me habló de ella, pero tampoco solía…

–¿Contarte sus conquistas?

–Eso. Sin embargo, supongo que se trata de la misma Katerina que lo llamó varias veces antes de venir a la República Checa.

Con gesto apesadumbrado, Sebastián enseguida dejó a un lado el libro para ocuparse del portafolios, pero su contenido tampoco resultó revelador. Era prácticamente lo mismo que ya había visto en los documentos que Sandra le había enviado por correo electrónico, los recortes de prensa de varios crímenes ocurridos años atrás y varias fotos de algunos de ellos, junto a un dibujo en el que era fácil reconocer los trazos algo infantiles de Rafael. Mostraba un cuerpo humano y su columna vertebral, pero daba la impresión de que Rafael no había quedado satisfecho y lo había tachado con dos rayas

que formaban una gran equis.

–Esto no nos sirve de nada –dijo, desalentado–. Si al menos tuviéramos su cuaderno o su cámara, pero siempre los lleva encima… Donde quiera que esté, todavía los debe de tener con él.

Cerró el portafolios y se frotó la cara con las manos, como queriendo borrar los restos de un mal sueño.

–Estamos en terreno resbaladizo.

–¿Qué quieres decir con eso?

–Pues que no tenemos pistas; Rafa no ha dejado ningún rastro que podamos seguir, y así va a resultar imposible dar con él. No sabemos qué es lo que estaba buscando, y sin ese dato no tenemos adónde ir desde aquí.

–Solo llevamos dos días buscándolo –trató de animarlo Jonás–. Ten paciencia.

–Mis esperanzas consistían en encontrar algo entre sus cosas, pero no hay nada en absoluto.

Se hizo el silencio y poco después llegaron a su destino. Durante el camino hasta el hotel Rott, bajo una lluvia intermitente que apenas mojaba el suelo, Jonás examinó con disimulo a su padre y distinguió en él una sensación de desánimo total, por lo que consideró que lo mejor sería aguardar hasta el día siguiente y tratar de continuar entonces con nuevos bríos.

Ya en la habitación, Sebastián llamó a Sandra para ponerla al corriente de sus pasos y de la falta de resultados.

***

Jonás se despertó temprano y, pese a intentarlo durante un buen rato, no logró volver a dormirse, así que terminó por levantarse y asomarse a la ventana, desde donde pudo ver cómo el amanecer se derramaba sobre la capital checa como oro líquido.

Detrás, su padre parecía aún dormido, pero en cuanto sonó su teléfono móvil saltó de la cama sin permitir que se extinguiese el primer timbrazo. En la pequeña pantalla apareció la leyenda «Número oculto».

–¿Dígame?

Le respondió un silencio roto por sonidos estáticos y segundos después llegó a sus oídos una voz recubierta de zumbidos metálicos:

–¿Señor Corc… vado? Aquí el comisario Dvorak.

La línea enmudeció durante unos segundos y al regresar resultaba complicado comprender lo que el policía decía.

–Apenas puedo oírlo, comisario.

Un nuevo silencio y luego la comunicación mejoró de manera ostensible.

–¿Mejor ahora?

–Sí, pero no me he enterado de nada de lo que me ha dicho.

–Ah. Eh… Le decía que lo siento.

–¿Lo siente? ¿El qué?

–Hemos encontrado a su amigo. Lo hemos identificado por la foto, aunque necesitaremos de todos modos que usted también lo identifique.

Sebastián comprendió lo que aquello significaba. No era necesario identificar a alguien que se hallase en perfectas condiciones; querían que él lo hiciera porque Rafael estaba muerto. Sus ojos buscaron los de Jonás, que lo miraba en actitud de espera, apoyado en la ventana.

–¿Dónde? –preguntó, con un hilo de voz.

–¿Está en su hotel? Le mando un coche para recogerlo. Una hora, ¿de acuerdo?

–Sí, gracias.

La comunicación se cortó de manera definitiva y del teléfono brotó ahora únicamente un breve siseo sustituido enseguida por un silencio cargado de dolor.

Capítulo undécimo

Su padre se había negado a aclararle nada, aunque era obvio que las noticias no eran buenas. Le había dicho que en esa ocasión no podía acompañarlo y que debía esperarlo en el hotel, sin moverse de allí. Jonás comprendió, por la expresión en el rostro de Sebastián, que esta vez tenía que obedecer a pies juntillas, y prefirió no pensar en lo que pudiera estar aguardando a su padre, como si así fuera a ser posible retrasar lo inevitable.

Al quedarse solo, bajó a desayunar sin excesivo apetito y luego volvió a la habitación, encendió el televisor y buscó en vano algún programa interesante o al menos uno que lo mantuviera entretenido para no pensar, pero era temprano y no había nada que lo cautivara.

Al poco, su mirada vagó por la habitación y fue a detenerse sobre el libro de Rafael, las memorias del inspector escocés. Lo cogió y comenzó a hojearlo con la esperanza de que el tiempo pasase rápido. En las primeras páginas había un índice con los llamativos títulos de cada capítulo: «Inicios duros», «Mi primer caso de sangre», «El doble crimen de Princess Street», «Sangre por todas partes», «Mi gran fracaso»…, hasta un largo epílogo que aparecía bajo el pomposo epígrafe de «El descanso del guerrero».

A primera vista aquello daba la impresión de ser un largo autoelogio de un hombre satisfecho de sí mismo. Una de esas personas que, como solía decir su madre, «parecen no tener abuela» que les cante sus alabanzas y se las cantan ellos mismos sin ningún atisbo de modestia ni vergüenza. Como fuera, no tenía otra cosa que hacer, por lo que comenzó la lectura del capítulo inicial, donde el inspector James Banks relataba su infancia en las calles de Edimburgo y cómo, al contrario que sus amigos de entonces, pronto decidió convertirse en policía para «hacer de esta hermosa ciudad un lugar en el que poder vivir sin miedo». La narración aparecía repleta de frases de ese tipo, que a Jonás le hacían pensar en películas de serie B.

Se aburrió enseguida y pasó a leer los primeros párrafos de cada capítulo, siguiendo adelante solo si ese pequeño fragmento conseguía atraerlo lo suficiente. Llegó de ese modo al capítulo «Mi gran fracaso», cuyas primeras líneas hicieron que el cuerpo del muchacho se tensara y sus ojos avanzasen vertiginosamente por el texto.

> Uno de los casos más execrables y espeluznantes en los que me vi envuelto durante mi carrera profesional fue el de George Baker y el misterioso doctor Potocki.
>
> Sucedió entre 1902 y 1903.
>
> Durante meses, los cementerios de todo Edimburgo sufrieron desagradables

profanaciones. Estos actos se repetían cada vez con mayor frecuencia y siempre las tumbas asaltadas eran las más recientes. Los cadáveres, enterrados solo unas horas antes, desaparecían. Lo único que quedaba cuando la policía recibía el aviso era la fosa vacía. No contábamos con ninguna pista.

El caso levantó gran revuelo en toda Escocia y fue portada de algunos tabloides incluso en Londres, con lo que la presión sobre nuestras cabezas para que le pusiéramos fin aumentaba incesantemente.

No disponía de efectivos suficientes para apostar vigilancia en todos y cada uno de los cementerios de la ciudad, así que mis esfuerzos se dirigieron a conseguir que se avisase a la policía siempre que se fuera a celebrar un entierro. El resultado fue que las profanaciones se desplazaron a los pueblos más próximos a Edimburgo…

Entonces puse a mis hombres a indagar por los bajos fondos, donde, como ya he dejado dicho en capítulos anteriores, siempre se pueden oír cosas interesantes si uno sabe escuchar. Sin embargo, en esta ocasión no obtuvimos recompensa: ninguno de nuestros «contactos» sabía nada. Alguno incluso se atrevió a sugerirnos que se trataba de magia negra.

Jonás hizo un esfuerzo por imaginar al inspector Banks en aquella época, a principios del siglo XX. Por alguna razón las imágenes que se formaban en su mente eran en blanco y negro, como una vieja película de cine mudo.

Finalmente las profanaciones cesaron. Tal vez por efecto de nuestra vigilancia, pero aunque así fuera, eso no era suficiente. Quienquiera que fuera el culpable no podía quedar impune, por lo que me mantuve alerta.

Algún tiempo después, sin que en un principio pudiéramos relacionar los casos, comenzó una extraña cadena de secuestros y asesinatos. Gente de cualquier edad, en especial mendigos o mujeres jóvenes a las que les sorprendía la noche fuera de sus hogares, desaparecían de repente para reaparecer sin vida pocos días más tarde, por lo general flotando en las oscuras aguas del río Forth.

En cierto modo los crímenes me hicieron recordar al tristemente célebre Jack *el Destripador,* el asesino que había sembrado el pánico en la ciudad de Londres a finales del siglo pasado y al que nadie había logrado atrapar. Hacía años de aquello, pero… ¿y si el Destripador se hubiese mudado a Edimburgo y hubiese reanudado sus crímenes?

Jonás había oído hablar de Jack *el Destripador.* Incluso había visto tiempo atrás una miniserie sobre el personaje. Sabía que no solo nunca lo habían detenido, como había escrito Banks, sino que tampoco nadie había sido capaz de identificarlo. Sobre su identidad existían multitud de teorías, aunque Jonás no las recordaba con exactitud.

Era del todo comprensible el estado de nerviosismo al que la ciudad entera se entregó en aquellas terribles semanas, pero nuestra investigación no podía avanzar sin pistas o sin el factor suerte, que hasta entonces parecía querer darle la espalda a la policía. Pero eso tenía que cambiar más tarde o más temprano, y lo hizo al fin el 3 de octubre de 1903. Esa noche, la joven Jane MacAllister, que regresaba a casa de sus padres tras haber terminado su jornada de camarera en una taberna de la calle Eilean,

fue atacada por dos hombres que intentaron amordazarla y subirla a un pequeño carromato de los que se utilizan comúnmente para transportar carbón. La joven ofreció resistencia y logró zafarse mordiendo a uno de sus captores en la mano; echó a correr y sus gritos de auxilio advirtieron a varios vecinos que ahuyentaron a los malhechores. Nuestra fortuna no se acababa ahí, pues la joven MacAllister reconoció a uno de los dos tipos, un pendenciero que en más de una ocasión se había dejado ver por la taberna donde ella trabajaba.

Conseguimos dar con él rápidamente, y él nos llevó hasta su compañero, a quien acusó de haberlo influenciado para cometer sus crímenes. A este segundo hombre, un ratero miserable llamado George Baker, yo ya tenía el gusto de haberlo conocido en el pasado.

Recuerdo el interrogatorio como si aún tuviera delante de mí a aquel hombre abominable. Baker tenía algunos problemas mentales, un cierto nivel de retraso intelectual que quizá explicase en gran medida su tendencia a la violencia, a la que parecía recurrir como a una especie de caparazón. Supongo que ese retraso también le hacía hablar sin pensárselo demasiado, sin medir las consecuencias de sus palabras. Lo habitual es que un criminal niegue una y otra vez su culpabilidad hasta que se ve sin salida, y solo entonces admite los hechos y su carácter cambia de forma radical, mostrándose amable y solícito, intentando así conseguir aunque sea una mísera rebaja en su condena. Pero ese no fue el caso de Baker; desde el principio él se mostró arrogante, como si estuviera orgulloso de lo que había hecho y como si su detención no fuera más que una parada transitoria en su carrera criminal.

–¿Cómo puede un ladronzuelo piojoso como tú haberse convertido de golpe en un asesino? –le pregunté nada más sentarme frente a él.

Me miró con hostilidad y prepotencia, fingiendo que no se daba cuenta de que estábamos en una celda de interrogatorios de mi comisaría.

–Y profanador, no lo olvide, inspector.

Por un breve momento me quedé de piedra: el muy patán acababa de reconocerse culpable de los asaltos a los cementerios, aunque por su forma de decirlo parecía que no le incomodara que yo pudiera saberlo. Al ver mi expresión de sorpresa, se puso a reír a carcajadas.

–¡¿No lo sabía, eh, inspector?! Usted no tenía ni idea de que eso también era cosa mía.

–No importa –le dije para recuperar mi posición de autoridad–. Con los asesinatos que has cometido te pudrirás el resto de tu vida en la cárcel, no volverás a salir libre mientras vivas.

Se encogió de hombros y, sin dejar de sonreír, respondió:

–Mi vida será más larga de lo que usted puede imaginar, querido inspector.

–Dime una cosa: ¿qué te ha llevado a cambiar tanto? Cuando te detuve por primera vez no pasabas de robos de poca monta y pequeñas estafas. ¿Qué te ha llevado a ensuciarte las manos de esta manera?

Su odiosa sonrisa se hizo aún más grande y sus pequeños ojos de roedor brillaron por un instante.

–He tenido la fortuna de conocer a alguien que tiene un don que usted no puede ni imaginar.

–¿A quién?

–A un doctor, un genio. Soy su mano derecha, y él ha prometido agradecer mis servicios espléndidamente.

–De nada te servirá el dinero que ese hombre te haya ofrecido una vez estés dentro de prisión.

–No estoy hablando de dinero, inspector.

–¿De qué, entonces? ¿Qué puede haber que te interese a ti más que el dinero?

Ampliando aún más si cabe su sonrisa, se inclinó hacia delante, apoyó los codos sobre la mesa y contestó en tono confabulador:

–Ya se lo he dicho antes, algo que usted no es capaz de imaginar.

–El don que supuestamente tiene ese… doctor, ¿no? ¿Me dirás el nombre de ese doctor, George? Te conviene colaborar, ya lo sabes.

Volvió a echarse hacia atrás, pensativo.

–Él está fuera de su alcance –musitó al fin.

–¿Por qué?

No respondió, se limitó a encogerse de hombros y realizar una mueca despectiva.

–¿Qué relación tienes con él? ¿Qué relación puede existir entre un doctor, si es que de verdad lo es, y un don nadie como tú?

–No escucha, inspector. Ya le he dicho que soy su mano derecha.

–Sí, pero ¿en qué sentido, George? ¿Quieres decir que ha sido él quien te ha ordenado cometer esos crímenes?

–Así es.

–¿Los asesinatos, y también las profanaciones?

Asintió de nuevo.

–¿Para qué, Dios mío, para qué puede querer que hicieras algo así?

–Porque él conoce el secreto de… –se interrumpió, dándose cuenta de pronto de que quizá estaba hablando de más.

–¿Qué secreto, George? –insistí, y él soltó una nueva carcajada que me dio ganas de abofetearle–. Debe de ser algo muy importante, ¿verdad? Algo por lo que no temes ir a la cárcel. ¿De qué se trata?

Baker meditó un par de minutos mientras se mordía la uña del dedo índice produciendo un sonido desagradable. Al fin, pareció pensar que en realidad no era relevante si me lo confesaba o no:

–El secreto de la vida eterna. ¿Se da cuenta, inspector? ¡No importa lo que me hagan ustedes, porque el doctor Potocki me sacará de aquí y me hará vivir para siempre!

Jonás dejó de leer durante unos segundos mientras el ritmo de su corazón se aceleraba. Quería leer con rapidez, descubrir si aquel Potocki que mencionaba el inspector en sus memorias podía guardar alguna relación con el que había llevado a Rafael (y a ellos, indirectamente) hasta Praga, pero al mismo tiempo en su cabeza se amontonaban pensamientos difusos e ideas que desaparecían con la misma velocidad con la que habían surgido. Algo no cuadraba: la muerte del Potocki checo era anterior a la del caso de Edimburgo. ¿Se trataría, por tanto, de una simple coincidencia de apellido?

Hizo un esfuerzo por concentrarse y reanudó la lectura.

–¿Potocki? ¿Es ese su nombre?

Se me quedó mirando, tan estúpido que no comprendía de dónde había sacado yo el nombre, cuando había sido él mismo quien lo acababa de pronunciar.

–Extranjero, ¿verdad? No debería resultar difícil localizar a un doctor extranjero en la ciudad, no creo que tardemos en dar con él. Y cuando lo hagamos, me aseguraré de decirle que fuiste tú el que nos ayudó a encontrarlo… A no ser que recapacites y me proporciones ahora alguna información útil para ahorrarme el esfuerzo.

Su labio inferior había comenzado a temblar, viéndose arrinconado. Aguardé unos segundos y luego me puse en pie y me dirigí a la puerta para salir de la celda.

Su voz sonó agónica:

–Espere, inspector.

Entonces comenzó a hablar y ya no paró. Por culpa de su desliz al pronunciar el nombre del doctor, se sintió contra las cuerdas y, ahora sí, nos lo contó todo: cómo un día, varios meses atrás, mientras trasegaba una pinta de cerveza tras otra en una taberna cualquiera, se le aproximó un hombre de aspecto educado y bien vestido, de tal vez cuarenta años. Se presentó como el doctor Ondrej Potocki, y aunque hablaba bastante bien inglés, se le apreciaba un claro acento foráneo, pese a que Baker era incapaz de precisar de dónde ni el supuesto doctor lo aclaró.

Potocki le ofreció una buena cantidad de libras esterlinas por trabajar una temporada a su servicio. Para convencerlo le entregó un pequeño adelanto que Baker se apresuró a poner a buen recaudo en uno de sus bolsillos. El ratero preguntó qué era lo que tendría que hacer y la respuesta del doctor fue directa, como si lo que pedía fuera tan sencillo y habitual como levantarse por las mañanas: asaltar esa misma noche una tumba y exhumar un cuerpo que había sido enterrado aquel mismo día. Le dio, anotado en un papel, el nombre del muerto y la dirección adonde tendría que llevarlo.

–Para hacer algo así necesitaré ayuda –dijo Baker.

–Busca a quien quieras, seguro que tienes conocidos a los que no les importará echarte una mano. Pero tú serás el único que sepa mi nombre y el único que hablará conmigo.

Pese a las diferencias notables entre ambos, Baker supo desde el primer instante que a aquel extraño personaje que tenía delante no valía la pena intentar engañarlo. Y, sobre todo, lo convenció la promesa de una buena recompensa por un trabajo que se antojaba simple y sin excesivos riesgos.

Al principio no tenía la menor idea de para qué podía Potocki querer aquellos cadáveres, pues el doctor no le comunicó sus propósitos, pero con el paso de las semanas cada vez lo notó más y más nervioso, defraudado por no conseguir lo que fuera que pretendía. Una tarde, al fin, el doctor le dijo que no sería necesario profanar más tumbas.

Baker creyó que su fuente de ingresos se había secado y preguntó si podría serle útil de cualquier otro modo.

–Por supuesto, amigo mío –respondió el médico. Y pasó a contarle lo que había estado intentando hallar infructuosamente en aquellos cuerpos: el alma. Nada más y nada menos.

Al oírlo en boca de George Baker dejé escapar entre mis labios una risa, pero estaba claro que el ratero creía todo lo que el doctor le había contado.

–Llevo años buscándola –había dicho Potocki–. Pero quizá haya cometido un error de base, tal vez haya estado buscando en el lugar equivocado. No, no en el lugar

equivocado, sino en el momento equivocado.

No comprendí esa última frase, pero Baker insistió en que era, palabra por palabra, lo que el doctor había comentado.

–¡Eso es! –había continuado el médico–. He buscado siempre demasiado tarde. El alma había estado allí.

Baker permaneció callado mientras su jefe daba vueltas por el sótano donde trabajaba y hablaba consigo mismo. Luego, tras varios minutos, Potocki se dirigió a él:

–¿Lo entiendes?

Baker había contestado que no y el doctor había reído a carcajadas.

–Entonces ¿no quiere usted que le traiga a otro?

–¡Por supuesto que sí, amigo mío! Pero esta vez me lo traerás vivo.

–¿Vivo?

–Vivo.

Comenzaron así los secuestros. Y siempre, uno o dos días más tarde, hallábamos el cuerpo del infortunado flotando en el Forth.

–¿Los matabas tú? –le pregunté a Baker.

–No, yo siempre se los entregué vivos. Y horas después él me pedía que me deshiciera de los cuerpos.

No quise escuchar más; la historia me había revuelto el estómago y solo deseaba perder de vista a aquel malnacido. Me dio la dirección de la casa donde siempre se había reunido con el tal Potocki y me dirigí hacia allí con varios de mis hombres.

Sin embargo, cuando llegamos el lugar estaba vacío. El doctor se había esfumado, aunque había dejado, eso sí, el sótano de la casa tal y como Baker me lo había descrito horas antes, con una alargada mesa en el centro y decenas de utensilios médicos que solo Dios sabe para qué habría usado. El olor en aquel lugar cerrado era nauseabundo.

Lamento tener que admitir que nunca conseguimos detener al infame doctor Potocki. Es, sin duda, el mayor borrón en mi extensa carrera…

De ese modo terminaba el capítulo. Jonás pasó a toda prisa al siguiente, pero ya no volvía a mencionarse a Potocki. Tenía el pulso acelerado y notaba en su interior una impaciencia creciente por reencontrarse con su padre para comunicarle lo que había descubierto.

En el mismo momento en que dejaba el libro del inspector Banks llamaron a la puerta. Pensó que sería el servicio de limpieza, pero al abrir encontró a un joven botones, solo unos años mayor que él. Le tendió un sobre con una sonrisa servicial y se alejó por el pasillo.

Jonás pensó que quizá su padre había llamado al hotel para que le dijeran que iba a tardar más de lo previsto, pero ¿por qué no había pedido que le pasasen con su habitación para así hablar directamente con él? No le gustaba nada la idea de seguir esperando después de lo que acababa de averiguar. Abrió el sobre con desgana y sacó un pequeño trozo de papel en el que alguien había escrito con visible prisa dos líneas con letra clara y en castellano. No era un mensaje de su padre.

Por favor, reúnanse conmigo esta tarde a las 16:30 en U Knihomola. Tengo

información para ustedes. Sobre Rafael.

Capítulo duodécimo

CUANDO, cinco minutos después de que el botones le entregase la nota a Jonás, Sebastián entró en la habitación, tenía la cara pálida de los que han visto un fantasma y los ojos hinchados de los que han estado llorando o han envejecido de repente varios años. Al verlo así, Jonás fue incapaz de contarle lo que había encontrado en el libro ni lo del extraño mensaje que aún sostenía en la mano; se limitó a esperar a que su padre hablase primero.

Sebastián sabía que su hijo era lo suficientemente adulto como para decirle las cosas de manera directa, sin rodeos. Además, tampoco él estaba en condiciones de ponerse a seleccionar unas palabras mejores que otras.

–La policía ha encontrado a Rafael –soltó tras sentarse junto a Jonás en el borde de la cama–. Está muerto.

En comisaría había rechazado la oferta del comisario Dvorak para que un agente lo acercase al hotel y había hecho el camino andando, intentando poner en claro sus pensamientos. Pero no lo había conseguido. Todo lo que sabía era que alguien había hallado el cuerpo de Rafael la noche anterior, con un extraño corte a la altura de la nuca, y que según el forense llevaba muerto varios días, posiblemente desde el mismo de su desaparición.

Jonás bajó la mirada hasta el suelo. Llevaba un año entero sin poder evitar que cualquier mención a la muerte le hiciera pensar en su madre. Muertes ajenas, en los telediarios, en los periódicos, en las películas, le llevaban a la mente la de su madre. Ahora, también la de Rafael le hizo recordar por enésima vez el fatídico día de lluvia y su espera en la puerta del polideportivo… Cerró los ojos en un intento de concentrarse: era Rafael quien había muerto, no alguien anónimo del que se hablaba en televisión ni un personaje de ficción, y Rafael merecía toda su atención, todo su dolor. Realizó un esfuerzo gigantesco por apartar la imagen de su madre que luchaba por formarse en su cerebro y notó, cuando ya era demasiado tarde, que sus ojos se habían llenado de lágrimas. Su padre pasó un brazo por encima de sus hombros.

–No deberías haber venido conmigo –dijo.

–Fue cosa mía. ¿Y ya qué importancia tiene? Yo también lo quería, papá.

–Lo sé.

Siguió un silencio de varios minutos durante el que ninguno de los dos encontró las palabras adecuadas para el momento. Luego, sin haber apartado aún la mirada del suelo enmoquetado de la habitación, Jonás afirmó:

–Lo siento, papá –Sebastián lo miró sin entender a qué se refería y su hijo se explicó–: Era tu mejor amigo. Desde siempre, ¿no? Desde la universidad.

–Sí, nos conocimos el primer día de clase y nos caímos bien enseguida. Resultó que coincidíamos en muchas cosas.

Jonás levantó la cabeza para mirar a su padre. En el plazo de un año había perdido a su mujer y a su mejor amigo, y encima él, su hijo, se había convertido en un quebradero de cabeza. Sebastián pareció entender lo que Jonás estaba pensando y le rascó la cabeza en un gesto de cariño. Sabía que él también había querido a Rafael, que lo había visto casi como un familiar más, un miembro postizo de su pequeño grupo. De pequeño incluso solía llamarle «tío Rafa».

Continuaron consolándose el uno al otro hasta que en un momento dado Sebastián reparó en el trozo de papel que Jonás tenía en la mano izquierda.

–¿Qué es eso?

Jonás le mostró el mensaje.

–Alguien lo dejó para nosotros. Un botones me lo acababa de dar cuando llegaste.

Sebastián necesitó leer la nota dos veces.

–¡¿De qué va esto?! –exclamó.

–Dice que tiene información… sobre Rafael.

–Sí, pero… –Sebastián miró de nuevo a su hijo. Había algo que no le había contado–: Jonás, a Rafa lo han asesinado. La policía no sabe quién ni por qué, pero parecen tener claro que no ha sido un accidente.

Jonás tragó saliva al escucharlo. Ni siquiera se había planteado cómo habría muerto Rafael, la noticia había sido tan devastadora que lo había bloqueado.

–¿Asesinado? ¿Por qué iba nadie a…? ¿Por qué?

–No lo sé, no tengo la menor idea.

–Quizá intentaron robarle y Rafael se resistió –sugirió Jonás.

–No, la policía está convencida de que no fue así. El cadáver solo tiene una herida, en la nuca, y no parece producida durante una pelea.

–¿Entonces? ¿Qué información crees que puede tener esta persona sobre él? –de pronto una idea terrible surgió en su cabeza–: ¿Será el asesino? ¿Y si es eso, papá, y si el asesino quiere engañarnos y hacer que vayamos hasta él?

Sebastián meditó unos instantes y luego negó con un gesto y replicó:

–No, ¿para qué iba a hacerlo? Es más, el asesino no tiene por qué saber que estamos aquí. Ni suponemos ningún tipo de peligro para él, porque no sabemos nada. No creo que sea el caso.

–¿Entonces? –repitió Jonás.

–Ni idea. No soy capaz de pensar con claridad –respondió, y se levantó y fue al aseo, abrió el grifo y hundió la cara bajo el agua fría.

–La cita es esta misma tarde.

–Ya.

–¿Vas a avisar al comisario ese, Dvorak?

Sebastián tardó en contestar. Estaba sumido en un océano de dudas.

–No –dijo al fin–. Tal vez esa persona sabe quiénes somos nosotros, pero nosotros no sabemos quién es él, o ella… –hizo una pausa, creyendo adivinar–: Puede que sea esa tal Katerina. O tal vez no. No lo sé. Pero meter a la policía por medio puede hacer que, sea quien sea, desaparezca y no vuelva a presentarse nunca. Asumiré el riesgo, iré a la cita. Aunque iré yo solo –añadió, mirando a su hijo a través del espejo del cuarto de baño.

–Ni hablar –repuso Jonás, alzando la voz–. Si vas, voy contigo.

Sebastián se giró y enfrentó la mirada desafiante de su hijo.

–Jonás, no vas a venir. No tengo ni idea de si será peligroso o no, pero tú no vienes.

El chico miró a su padre como si los papeles de ambos se hubieran intercambiado y replicó:

–Papá, alucinas si crees que te voy a dejar ir solo. Mamá está muerta, Rafael está muerto y solo me quedas tú; no voy a separarme de ti ni un momento. Si hay que ir a la cita, iremos juntos –Sebastián lo miró, consciente de que en esta ocasión su hijo no iba a dar su brazo a torcer y de que, en cierto modo, tenía razón. Solo se tenían el uno al otro–. Además –insistió Jonás por si acaso–, igual lo que es peligroso es que me quede a solas en el hotel.

Sebastián medio sonrió, aunque sonreír era lo que menos le apetecía en aquel momento.

–Tengo que llamar a Sandra y contarle lo de Rafa.

Jonás asistió a la conversación de su padre con su exsecretaria y notó cómo una dolorosa sensación de vacío se alojaba en su interior. Imaginó a Sandra al otro lado del hilo telefónico y deseó que hubiera alguien junto a ella para consolarla. Su padre repitió varias veces «No llores, Sandra, no llores», pero no pareció conseguir su propósito y se limitó a esperar a que ella se calmara lo suficiente para que pudiera escucharlo.

–Tardaremos todavía unos días en volver –dijo Sebastián–. La policía checa no permitirá la repatriación del cadáver hasta que lo hayan analizado a conciencia, y el comisario ha sido incapaz de decirme cuánto puede llevar eso. Alguien de la embajada me ha dicho que pondrán todo de su parte para acelerar el proceso, pero Jonás y yo nos quedaremos hasta que podamos llevarnos a Rafael de vuelta a casa.

–Muy bien –logró articular Sandra.

–Una cosa más, Sandra. Hemos recibido una nota un tanto extraña; alguien nos ha citado esta tarde para darnos información…

–¿Información sobre qué?

–Sobre Rafa. No sé quién es ni si será peligroso, pero vamos a ir.

–Sebastián, no irás a llevarte a Jonás a esa reunión, ¿no?

–¿Quieres intentar convencerlo tú de que no venga?

–Tienes un hijo muy cabezota.

–Sí, eso ya lo sé. De todos modos, te llamaré esta noche y te contaré –Sebastián guardó un silencio momentáneo y luego añadió–: Y si esta noche no recibes mi llamada, ponte en contacto inmediatamente con el comisario Dvorak.

–¡Sebastián! ¿Me estás diciendo que no le has avisado?

–Eso es. Sandra, escucha… No, calla un segundo y escúchame. Ahora tengo que dejarte. Hablaremos esta noche.

Antes incluso de que Sebastián apretara el pequeño botón de su teléfono móvil para dar por terminada la llamada, pudieron oír ambos la voz de Sandra mostrando su disconformidad con los planes de padre e hijo.

Capítulo decimotercero

FALTABA aún para la hora de aquella misteriosa cita y ninguno de los dos se creía capaz de probar bocado después de la noticia de la muerte de Rafael. Para empeorar las cosas, el tiempo parecía haberse ralentizado; no se había detenido por completo, pero cada segundo se alargaba un minuto y cada minuto una hora. Padre e hijo estaban tumbados en sus respectivas camas, esperando.

Finalmente Jonás recordó lo que había leído en el libro del inspector escocés y se lo mostró a su padre.

–Ya sé por qué Rafael tenía este libro.

Sebastián se volvió a mirarlo con la expresión de quien está perdido en un laberinto y por más que se esfuerce sabe que no logrará hallar la salida. Su mente era en ese momento un caos, un maremágnum de diapositivas borrosas de recuerdos y retazos de conversaciones con su exsocio, proyectos que habían dejado para más tarde, sin pensar en que a veces ese «más tarde» se convierte en «nunca».

Observó el libro viejo y luego a su hijo y preguntó en silencio a qué se refería.

–Este tal James Banks, el inspector –dijo Jonás–, habla del doctor Potocki en sus memorias –aguardó por si su padre soltaba alguna exclamación, pero como no hubo respuesta continuó–: Dice que Potocki fue el culpable de una serie de asesinatos cometidos en la ciudad de Edimburgo.

Sebastián se incorporó con una especie de gruñido y alargó el brazo hacia su hijo.

–Pero ese libro… Déjame ver. ¿En qué capítulo está?

–Casi al final, el de «Mi gran fracaso».

Sebastián leyó las primeras líneas y volvió a mirar a su hijo.

–No creo que haya relación. ¿No has visto que habla de 1902 y 1903? Nuestro Potocki, o el de Rafa, mejor dicho, falleció en 1900.

Jonás también se incorporó y los dos quedaron sentados frente a frente.

–Ya, pero sigue leyendo. Es demasiada casualidad que dos personas con el mismo apellido tengan la misma profesión y se dediquen a buscar el alma humana.

Los ojos de Sebastián se alzaron desde el libro abierto que sostenía entre las manos para clavarse en los de su hijo.

–¿Este también bus…?

–Sí, léelo tú mismo. No digo que fuera la misma persona, pero quizá se

tratara de su hijo. O algo así, yo qué sé.

Su padre se puso a ello, leyendo a toda velocidad aquel episodio de las memorias del inspector Banks. Cuando terminó, de nuevo miró un instante a Jonás y volvió a bajar los ojos hacia la letra impresa.

–Desde luego es…, es… No sé cómo decirlo. Es, como mínimo, muy extraño. Está claro que Rafael sí creía que podría tratarse del mismo Potocki. Si no, no se explica que tuviera este libro. Pero… –lo dejó sobre la cama y se pasó una mano por la cara, intentando deshacer su estupor o incluso la sensación de estar introduciéndose en una pesadilla–. La búsqueda del alma resulta tan…, ¿cómo describirlo? ¿Irracional?

–Sí, pero ¿y si la hubiese encontrado? –aventuró Jonás.

Su padre negó con la cabeza.

–El alma es un término metafísico. Si realmente existe, no es algo tangible, no es algo que se pueda encontrar. Es una entidad abstracta, no es una sustancia física.

–Pero eso es lo que todo el mundo supone, puede que solo porque nadie la ha visto hasta ahora.

–No, Jonás. Me niego a creer eso.

–¿Te niegas? Pensaba que Rafael y tú os oponíais a negar cualquier posibilidad, por extraña que fuera. ¿Niegas la existencia del alma y fuiste a ese monte Ararat a buscar el Arca de Noé?

–No niego la existencia del alma, solo que sea algo material. El alma, por tradición, es la entidad inmaterial e invisible que nos hace humanos.

***

Consultaron en la recepción del hotel qué era «U Knihomola» y averiguaron que se trataba de una especie de cafetería-librería situada en la zona occidental de la ciudad, en el número veintiséis de la calle Velké.

Les recomendaron ir hasta allí en taxi para no tardar demasiado y llegaron unos minutos antes de la hora acordada. Sebastián no las tenía todas consigo y dudaba estar haciendo lo correcto al llevar a Jonás con él, pero al ver el lugar pensó que nadie lo habría elegido como el sitio adecuado para una emboscada. Se trataba de un amplio local de tres plantas, con cafetería, restaurante y una galería de exposiciones, además de un gran jardín en el que, a pesar del frío reinante, varios clientes bebían cerveza y charlaban amigablemente. Había demasiada gente allí como para temer ningún peligro. Tal vez esa era la razón por la que habían sido citados allí, por la gran afluencia de gente.

–¿Qué quieres tomar? –le preguntó Sebastián a su hijo mientras se acercaba a la barra que había al fondo de una sala abovedada.

En las paredes llamaban la atención gigantescas estanterías repletas de libros de aspecto antiquísimo.

–¿Una cerveza? La de por aquí es famosa, ¿verdad?

Su padre lo miró y optó por ignorarlo.

–¿No tienes hambre? A mí empiezan a rugirme las tripas.

Jonás asintió, cayendo en la cuenta de que su estómago llevaba un buen rato protestando, y cuando se le acercó el camarero, Sebastián pidió en inglés dos sándwiches de jamón y queso y dos cafés con leche. Ya servidos, ambos fueron a sentarse a una mesa cercana.

–Ya ha pasado la hora –comentó Jonás al cabo de un rato.

–Siempre hay que tener un poco de paciencia, Jonás. Supongo que la persona que nos ha citado ya estará aquí.

–¿Tú crees?

–Sí, querrá cerciorarse de que hemos venido solos. Si hubiéramos avisado al comisario y lo descubriese, terminaría con total tranquilidad su consumición y luego se marcharía como si tal cosa.

Jonás miró a su padre, que se estaba destapando como una pequeña caja de sorpresas, con cierto asombro. En ese mismo momento vio por el rabillo del ojo que alguien se levantaba de una mesa en el rincón opuesto de la estancia, una mujer, y avanzaba decidida hacia ellos.

Al pasar a su lado les dijo:

–Acompáñenme, por favor. Podremos hablar mejor en el jardín.

Sin esperarlos, cruzó una puerta trasera que daba a una terraza ajardinada y fue hasta una mesa situada junto a unos macizos de flores. Sebastián y Jonás intercambiaron una rápida mirada y la siguieron, llevando con ellos sus tazas de café.

La mujer era joven, de piel blanca y rostro pecoso y el pelo teñido de color caoba. Jonás no estaba seguro de si sus ojos eran negros o azul oscuro, pero sí de que su cara parecía hecha en porcelana.

Los tres se miraron en silencio durante unos breves segundos, hasta que ella tomó la palabra en un español perfectamente modulado, casi sin acento:

–Me llamo Katerina.

–Creo que ya conoce usted nuestros nombres –dijo Sebastián.

–Sí. He estado siguiéndolos desde que llegaron al hotel. Disculpen mi forma de presentarme, la nota anónima, pero… era lo más seguro. Desde la desaparición de Rafael no he regresado a mi casa. Me están buscando a mí también.

–¿La buscan? ¿Quiénes?

–Los que nos atacaron a Rafael y a mí. Yo logré escapar, pero ellos querrán eliminarme.

–Como han hecho con Rafael.

La joven miró a Sebastián con alarma.

–¿Han hecho?

–¿No lo sabe?

La joven negó con la cabeza.

–El cuerpo de Rafael apareció anoche.

Katerina asintió y desvió la mirada. Jonás creyó distinguir que sus ojos negros o azul oscuro se humedecían.

–Sabía que no había otra posibilidad… –murmuró para sí–. Los dos sabíamos que corríamos riesgos, estábamos demasiado cerca…

–Aguarde un momento, señorita –la interrumpió Sebastián, sin poder evitar que su voz sonase demasiado brusca–. Mire, no sé de qué va esto, no tengo ni idea de qué es lo que está ocurriendo, pero hace unas horas he tenido que identificar el cadáver de mi mejor amigo, así que dígamelo usted. Déjese de misterios y cuénteme qué está pasando, y, sobre todo, quién ha matado a Rafael y por qué.

Ella asintió mientras buscaba en el bolsillo de su chaqueta un paquete de pañuelos de papel, sacaba uno y se secaba los ojos.

–Rafael me habló de usted. Quiero decir que sé que puedo confiar en usted.

–Me temo que no puedo decir lo mismo. A mí él no me habló de usted.

–Ya, también me dijo eso –Jonás vio cómo su padre arqueaba las cejas en un gesto de perplejidad–. Le explicaré por qué no le habló de mí: yo le había sugerido que nos asociáramos y él no estaba seguro de cómo se lo tomaría usted, porque seguía considerando su empresa como cosa de ustedes dos, no solo de él. Me comentó que sabía que usted acabaría por volver a la agencia, y que hasta que eso ocurriese él no quería tomar ninguna decisión sobre un posible aumento de socios. Sabía que usted necesitaba su tiempo para aclarar sus cosas, pero estaba convencido de que regresaría, de que acabaría por hartarse de cualquier otro trabajo.

Sebastián tragó saliva. Rafael lo conocía a la perfección, y en muchas ocasiones le había dicho lo que él mismo pensaba pero no se atrevía a poner en palabras. En el fondo de su ser, sabía que era cierto, que tarde o temprano habría aceptado volver a formar parte del equipo de la agencia.

Katerina prosiguió:

–Yo también soy periodista, como ustedes. Comencé en el *Independent,* en Londres, nada más terminar mis estudios, y luego volví aquí, a mi país, y trabajé algún tiempo en *The Prague Post,* pero pronto me hice autónoma. Siempre he preferido trabajar por mi cuenta, tener más libertad…, aunque eso suponga tener menos ingresos y asumir más riesgos. Conocí a Rafael el año pasado, en una serie de conferencias en Londres. Usted… –arrugó el entrecejo intentando hacer memoria–. Creo que tenía pensado ir, pero al final no pudo hacerlo.

Sebastián asintió en silencio. Las conferencias de las que hablaba la joven eran unas a las que tanto él como Rafael habían pensado asistir, pero tres semanas antes tuvo lugar el accidente de su mujer y el mundo entero se detuvo. Luego, tras celebrarse el funeral y después de los primeros días, en los que Rafael no se despegó de su lado, él mismo le insistió en que no había razón para que los dos se perdieran las conferencias.

–Yo había leído alguno de sus trabajos, así que me interesaba conocerle en persona. Desde aquel momento mantuvimos un contacto bastante regular, y unos meses más tarde me decidí a pedirle ayuda en una investigación que realizaba. Estaba segura de que el tema le parecería atractivo, y no me equivoqué.

–¿El doctor Potocki? –preguntó Jonás.

–En efecto. Supongo que ustedes ya sabrán algo al respecto.

–Yo diría que más bien nada –respondió Sebastián–. O al menos demasiado poco para entender qué está ocurriendo. ¿Qué tiene que ver un médico loco del siglo XIX con la muerte de mi amigo?

–Todo, señor Corcovado.

Capítulo decimocuarto

–EXPLÍQUESE.

Katerina rebuscó en su bolso, sacó un cigarrillo arrugado y jugueteó con él en la mano, atrayendo hacia sus dedos las miradas de Jonás y Sebastián. Finalmente lo dejó sobre la mesa. Cuando comenzó a hablar clavó sus ojos en los de Sebastián, porque era consciente de que lo que tenía que decir no resultaba fácil de aceptar.

–El doctor Ondrej Potocki vivió en la segunda mitad del siglo XIX –hizo una pausa y a continuación añadió–: Y también en el siglo XX, y aún vive ahora, que ya hemos entrado en el XXI –semejantes palabras fueron seguidas por un silencio inevitable, breve pero tenso. Sebastián iba a comentar algo, pero solo pudo carraspear–. Sé lo que sin duda debe de estar pensando –se adelantó la joven–. Suena increíble…

–¡Es increíble! –la cortó Sebastián–. Por no decir absurdo.

–Potocki murió en 1900 –apuntó Jonás.

–Según su biografía oficial, en efecto –aceptó ella, mirándolo–. Pero no es cierto. En aquel tiempo no era demasiado difícil fingir una muerte, más aún si el interesado era médico y no tenía demasiados impedimentos para disponer de un cadáver anónimo.

–Un momento, un momento –Sebastián alzó tanto la voz que los ocupantes de las mesas contiguas giraron la cabeza para ver qué sucedía.

–Quizá deberíamos continuar hablando en otro lugar –dijo Katerina, intentando sonreír.

–No sé si quiero seguir hablando con usted.

–Por favor. Deme la oportunidad de contarle todo lo que sé; decida después si creerme o no, ¿de acuerdo? Rafael me creyó.

Sebastián resopló.

–Será mejor ir a otro sitio, sí. Pero esta vez elijo yo el sitio: vamos a nuestro hotel.

Abonaron sus consumiciones y salieron en busca de un taxi que los llevara de vuelta al hotel Rott.

Durante el trayecto, mientras Sebastián y Katerina guardaban un silencio cargado de rigidez, Jonás comenzó a rumiar lo que aquella joven desconocida acababa de decir, uniéndolo a las sospechas que la lectura de las memorias del viejo inspector escocés había provocado en él. Tras darle varias vueltas, se dejó llevar, incapaz de esperar a quedarse de nuevo a solas con su padre:

–Papá, ¿recuerdas cuando antes, en la habitación, decías que el alma no era…?

–Tangible.

–Sí, tangible. Pero ¿cómo estás tan seguro? Nadie la ha visto nunca, nadie ha visto nunca un alma, así que ¿cómo va nadie a saber cómo es o qué aspecto tiene?

Sebastián esbozó una sonrisa triste mirando a su hijo, sentado a su lado en el asiento trasero del taxi. Por un momento pudo ver en él la vehemencia febril de su amigo Rafael.

–Históricamente se ha concebido el alma como un ente inmaterial, intangible, un concepto abstracto.

–¿Y si, históricamente, se hubiese cometido una equivocación al concebirla así? ¿No podría ser que el alma sea algo visible, si se supiera dónde está?

–¿Algo que se pueda coger con las manos? No, Jonás.

–Pues parece que el doctor Potocki lo pensaba así.

–Ya oíste al catedrático, Potocki era un loco que arruinó su carrera.

–¿Y esa frase que me dijiste una vez?

–¿Cuál?

–La de que los locos son los que tienen las ideas más brillantes, las que hacen que el mundo avance.

Katerina, que ocupaba el asiento del copiloto, se giró hacia atrás. Fijó sus ojos en Jonás, y este creyó entender en la expresión de la joven que había estado escuchándolos y que estaba asombrada.

–Su hijo tiene mucha razón, señor Corcovado.

Sebastián la miró frunciendo el entrecejo. Habría deseado que Jonás no hubiese dado voz a sus pensamientos delante de ella.

–Bueno, de acuerdo –dijo–, veamos adónde nos lleva tu teoría.

Jonás, intentando coger al vuelo una idea que todavía no tenía muy clara, replicó:

–Imaginemos que el alma existe, y que reside en algún lugar de nuestro interior, y que todo el misterio consiste por tanto en averiguar cuál es ese lugar para poder extraerla…

–¿Como cualquier otro órgano, un riñón, un pulmón, lo que sea?

–Si fuese así –siguió Jonás–, alguien podría dedicarse a…, a…

–… A robar almas –Katerina fue la que terminó la frase, ante los titubeos de Jonás.

–Sí, eso es lo que iba a decir.

–Pero… –terció Sebastián, buscando la forma de oponerse a la tesis expuesta.

–¿Y quién iba a tenerlo más fácil que un médico cirujano? –insistió Jonás, interrumpiéndolo.

–Un loco, recuérdalo. Potocki perdió la razón.

–Sí, vale, pero era un loco con conocimientos de medicina y con cuerpos humanos a su disposición para experimentar, como ha dicho ella –con un ligero movimiento de la barbilla señaló a Katerina–. Y si el alma es inmortal –prosiguió–, quien sepa cómo apoderarse de ella…

–Tendrá a su disposición la llave de la inmortalidad –volvió a sentenciar la joven.

–Esa fue la expresión que utilizó el tipo de la universidad, ¿no? El catedrático.

–El doctor Nedved, sí. Sin embargo, no solo tendría que saber dónde localizarla, sino también cómo adueñarse de ella –Sebastián percibió la mirada de su hijo y claudicó–: De acuerdo, si aceptáramos todo lo anterior, podríamos aceptar que también existe la posibilidad de apropiarse de un alma ajena. ¿Una especie de implante? Esa es tu teoría, ¿no?

–Sí, y el colofón es que el doctor Potocki checo y el Potocki de Edimburgo eran la misma persona.

Sebastián se echó hacia atrás en el asiento y dirigió la mirada al techo del automóvil; luego cerró los ojos y visualizó el amasijo de papeles y apuntes de su exsocio. Intuyó que la mente de Rafael había ideado una tesis muy similar a la de Jonás, si no idéntica.

Cuando los volvió a abrir vio una sonrisa en el rostro de Katerina, que contemplaba maravillada a Jonás.

–Tenemos el pero que te he dicho antes: el Potocki checo murió en 1900, un par de años antes de la aparición del escocés.

–Su muerte pudo ser una representación.

–¿Por qué iba a hacerlo? Si sus experimentos tuvieron éxito, ¿por qué no darlo a conocer al mundo y disfrutar del reconocimiento público? –No fue necesario que Jonás ni Katerina respondieran. Sebastián lo hizo por sí mismo–: Tener al alcance de la mano la inmortalidad otorga un poder que se vería limitado si todos pudieran conseguirlo. Potocki pudo elegir mantener el secreto.

Los otros dos asintieron y en ese momento el taxi se detuvo. Habían llegado al hotel.

Subieron en silencio a la habitación y, una vez dentro, Sebastián caminó hacia la ventana para mirar al exterior. El cielo parecía de cobalto. Por muy extraña y fantástica que fuese la teoría que acababan de formular, no le quedaba ninguna duda de que Rafael había pensado lo mismo (durante sus años de colaboración, Rafael había sido el que había dejado siempre puertas abiertas a lo inexplicable o fantástico, mientras que él había procurado buscar explicaciones próximas a la lógica y lo científicamente demostrable; por eso se habían compenetrado tan bien, equilibrándose el uno al otro). Estaba acostumbrado a las teorías de su exsocio, pero le había sorprendido Jonás, esa capacidad suya para elaborar semejante hipótesis con los pocos datos con que contaban…

–Bueno, es la única teoría que tenemos por ahora –dijo en voz alta–. Otra cosa es que sea la buena. A mí me parece una locura.

Las miradas de los tres coincidieron sobre la mesa, donde estaban todos los papeles que tenían de Rafael. A la luz de la teoría de Jonás, por descabellada que fuera, cobraban un nuevo sentido.

–¿Qué más puede decirnos usted, señorita?

–Para empezar, que no esperaba encontrar a nadie capaz de descubrir el secreto del doctor Potocki basándose en tan poca información –contestó Katerina, dedicando una sonrisa entusiasmada a Jonás–. A mí misma me costó mucho darle crédito…, y no pocos esfuerzos para poner a un lado lo que la lógica me dictaba. Dejemos una cosa clara: lo que acaba de exponer su hijo, señor Corcovado, que es lo mismo que no hace mucho yo le conté a Rafael, escapa al sentido común. No podemos recurrir a la policía con semejante historia.

–Desde luego que no. No pienso acabar encerrado en un manicomio para el resto de mis días.

–Sin embargo, todo es verdad. Ondrej Potocki descubrió el lugar donde se oculta el alma y halló la forma de apoderarse de ella, logrando así un modo de vivir más allá de lo que puede el normal de los mortales.

Sebastián liberó ruidosamente todo el aire de sus pulmones.

–¿Cómo lo hizo…, cómo lo hace? ¿Cómo se apodera de un alma ajena? –inquirió Jonás.

–La respuesta está ahí –respondió Katerina, señalando la carpeta que contenía las fotografías que tanto habían preocupado y desconcertado a Sebastián–. En todos esos crímenes las víctimas sufrieron la misma herida, un corte en la base de la nuca, un corte muy profundo, tanto que llega a la columna vertebral.

De pronto Sebastián había palidecido y soltó una andanada de palabrotas que dejaron mudos a sus dos compañeros de habitación.

–¿Qué pasa, papá?

–No lo vi antes… Supongo que por el *shock* al recibir la noticia, pero… –calló y fue a la mesa a coger la carpeta con las fotos y los recortes de prensa–. ¡Maldita sea!

–¡¿Qué?!

–La herida que tenía el cuerpo de Rafael… era idéntica a estas. No he caído en ello hasta oír cómo usted la describía, Katerina. El cadáver de Rafael tiene un corte en la base de la nuca, realizado con gran precisión y hasta tal profundidad que la columna vertebral resulta visible –dijo con una rabia repentina e incontrolable que le hizo arrojar la carpeta y todo su contenido contra la pared.

–¿Significa eso…?

En un principio nadie contestó la pregunta inacabada de Jonás. Luego, dejando que en su voz se percibiesen las lágrimas que sus ojos no llegaban a

derramar, Katerina apuntó:

–Parece que Potocki no ha querido dejar escapar la oportunidad de adueñarse de una nueva alma.

Capítulo decimoquinto

SEBASTIÁN se descubrió a sí mismo mirando de nuevo a través de la ventana. Fuera las sombras ya se habían extendido sobre la capital checa. Pensaba en Rafael. Todavía no había aceptado su muerte, aunque la sabía cierta e irreversible: había visto el cadáver y eso eliminaba cualquier otra opción. Pero algo en él se negaba a aceptarla de manera definitiva, porque sabía que cuando lo hiciera sería lo mismo que cerrar para siempre una puerta.

Ahora reinaba el silencio en la habitación, ninguno de los tres tenía ánimos para decir nada más. Katerina había llorado un buen rato sin emitir el más mínimo sonido y después, contemplando el vacío, había dicho que lamentaba enormemente haber metido a Rafael en aquel asunto, llevándolo con ello a la muerte, aunque Sebastián sabía que su exsocio no habría puesto mucha resistencia para involucrarse. No había sido aquella la primera vez que Rafa se arrimaba demasiado al peligro, aunque hasta entonces había sido capaz de esquivarlo.

Unos momentos antes Jonás había sentido cómo su corazón se agitaba y comenzaba a latir desbocado. Desde que había dado voz a su teoría sobre el ladrón de almas había pensado que podía tener razón, por muy extraña e improbable que pudiera parecer, pero ahora ya no solo lo creía, ahora lo sabía. Sabía que era cierto, que había un loco suelto en algún lugar asesinando a gente inocente para apoderarse de su alma y poder así vivir eternamente… Y uno de esos inocentes era Rafael. Lo que más dolía era que a su pérdida se unía la de saber que su muerte era una más en lo que parecía una larga lista de crímenes perpetrados por una mente diabólica.

Entre todos los sentimientos encontrados que se agolpaban en el interior de Sebastián, uno de los que más pugnaban por controlar su voluntad en aquel instante era el de la venganza, así que preguntó:

–¿Alguna idea de dónde se esconde Potocki?

Katerina negó con la cabeza y antes de hablar se secó por enésima vez los ojos con un pañuelo de papel.

–Debimos de acercarnos demasiado, y supongo que por eso decidió eliminarnos.

–¿Cómo fue? Cuéntamelo –le pidió Sebastián, que sin darse cuenta había comenzado a tutearla. Las formalidades habían quedado atrás.

–El sábado por la noche salimos a cenar. Habíamos estado otra vez en Úvaly, porque sospechábamos que Potocki podía encontrarse allí, quizá

hubiera decidido regresar a su ciudad natal, pero aunque nos entrevistamos con los únicos descendientes de un hermanastro suyo, nos volvimos con las manos vacías. Esas personas no recordaban haber oído hablar nunca del doctor Ondrej Potocki, lo cual, en circunstancias normales, es perfectamente lógico: ¿por qué les iba nadie a hablar del hermanastro de su tatarabuelo? Por un lado, sentíamos que nos habíamos atascado en la investigación, pero, por otro, teníamos ambos la impresión de llevar varios días siendo observados –Jonás y Sebastián arquearon las cejas casi al mismo tiempo–. Creíamos que alguien nos vigilaba, aunque en realidad no era más que una sensación, porque no conseguimos descubrir a nadie.

–Por eso Rafael llamó a Sandra alterado, el jueves de la semana pasada –comentó Sebastián.

–El viernes me confesó que lo había hecho, aunque se rio al decírmelo, algo avergonzado. Dijo que al regresar al hotel había estado seguro de que lo seguían, y cuando se volvió a mirar, vio la silueta de un hombre que desaparecía en las sombras. Cuando llamó y se acercó, ya no había nadie. Intentamos convencernos de que eran imaginaciones nuestras, y el sábado, como digo, salimos a cenar. Rafael pensaba volver a España si no encontrábamos nada nuevo. Al abandonar el restaurante dimos un paseo y repasamos toda la información que habíamos ido acumulando.

Jonás levantó el dedo índice para interrumpirla, como si estuviera en clase. Al atraer la atención de Katerina, señaló la carpeta que su padre había lanzado contra la pared.

–¿Cómo llegasteis a dar con todos esos crímenes?

La joven sonrió, lacónica.

–Meses de investigación, Jonás. En realidad, los primeros de esos asesinatos sin resolver formaban parte del material que yo había estado preparando para otro reportaje, que nunca terminé, por cierto. Me llamó la atención que todos los cadáveres presentasen ese extraño corte en la nuca, lo que parecía indicar que los crímenes podían haber sido realizados por una misma persona, un mismo asesino, que curiosamente cometía un crimen cada varios años y no se limitaba a actuar en una sola ciudad, como suelen hacer la mayoría de criminales. Más tarde, viendo que no conseguía más de lo que había conseguido la policía en su momento, que era bien poco, dejé la información aparcada, hasta que mucho después me atrajo la figura del doctor Potocki y descubrí que a lo largo de la historia del siglo XX ha habido un personaje con ese nombre en las mismas ciudades en las que tenía lugar alguno de los crímenes que había investigado para el otro reportaje. No pude comprobar que esa correlación existiese siempre, del mismo modo que tampoco sé si se han cometido más crímenes de las mismas características aparte de los que tengo en esa lista, pero cinco coincidencias me parecieron más que suficientes para pensar que no podía ser una simple casualidad. Sobre todo, teniendo en cuenta que esas cinco coincidencias abarcan un

período de cuarenta y cinco años y tres países diferentes. Cada uno de los crímenes que encontré está separado del siguiente por un número de años similar. Mi sospecha, y Rafael está…, estaba, de acuerdo, es que Potocki necesita robar un alma cada cierto tiempo, y que ese corte en la nuca tiene algo que ver con la forma en la que extrae el alma de sus víctimas.

Sebastián sabía que una investigación tan exhaustiva merecía una felicitación, pero en aquellos momentos solo tenía una cosa en la cabeza:

–Volvamos al sábado, por favor. Estabais dando un paseo, ¿qué ocurrió?

–Sin caer en la cuenta nos internamos por calles poco transitadas. Estábamos tan absortos en lo que decíamos que caminamos más allá de lo que nos habíamos propuesto, y para cuando reparamos en que nos estaban siguiendo no teníamos hacia dónde correr. Eran dos hombres, uno venía detrás y el otro salió delante de nosotros. Podría haberse tratado de un típico robo, pero la intención de aquellos hombres era matarnos. No era un atraco, era una ejecución. Yo me quedé paralizada al ver las armas, pero Rafael saltó sobre el que estaba más cerca, gritándome a la vez para que huyera. El segundo tipo dudó si ir tras de mí, pero ante el peligro de que Rafael le arrebatase la pistola a su compañero fue a ayudarlo, y eso me dio tiempo para alejarme lo suficiente. Poco después oí pasos a la carrera y me escondí tras unos contenedores de basura. Tenía la esperanza de que fuera Rafael, pero se trataba de uno de aquellos hombres. Pasó muy cerca, aunque no me vio. Al poco oí de nuevo sus pisadas por otra calle próxima, volviendo. Continué escondida un buen rato, sin escuchar ya nada más; luego me arriesgué a acercarme al lugar donde nos habían asaltado, esperando encontrar… a Rafael. Pero se lo habían llevado con ellos. Esa noche no me atreví a ir a mi casa, por miedo a que estuviesen allí esperándome o que se presentasen a lo largo de la madrugada. Desde entonces he dormido cada noche en un hotel diferente, sin atreverme siquiera a pedir ayuda a amigos míos para no comprometerlos. Sabía que usted vendría en cuanto se enterase de la desaparición.

–Yo ya he empezado a tutearte, haz tú lo mismo, por favor –solicitó Sebastián–. ¿Dijeron los asaltantes algo sobre Potocki?

–No, pero no tengo ninguna duda de que los enviaba él.

–Sí, debemos aceptar que efectivamente sea así. La prueba definitiva es la herida en la nuca de Rafa.

Sebastián regresó a los papeles de su exsocio y volvió a sumergirse en ellos, buscando algo que antes hubiera pasado por alto.

Capítulo decimosexto

Los dos días siguientes parecieron sumidos en una especie de limbo. Katerina reservó una habitación individual en el mismo hotel Rott, y ella y Sebastián, ante la atenta mirada de Jonás, que no quería perder ripio, repasaron una y otra vez toda la información de la que disponían. Por desgracia, casi toda ella se basaba en conjeturas. Lo cierto era que contaban con muy pocos datos plenamente confirmados y muchas suposiciones que, cuanto más las examinaban, más obvio resultaba que estaban cogidas con finos hilos que podrían quebrarse a la mínima oportunidad. De hecho, de no ser por el asesinato de Rafael, Sebastián sabía que en aquel momento seguiría convencido de que la historia de Potocki era un imposible. Todavía su mente racional trataba de persuadirlo de que lo único que tenían era una serie de casualidades.

–¿Qué posibilidades hay de solicitar la exhumación de la tumba? –preguntó.

La respuesta de Katerina fue la que él ya había imaginado:

–No nos darán permiso. No podemos explicarle a ningún juez nuestros verdaderos motivos para analizar los restos.

–No, no podemos si no queremos que nos tomen por locos.

–¿Y por qué no nos colamos en el cementerio de Úvaly y lo hacemos nosotros? –dijo de pronto Jonás.

Su padre le clavó una mirada fulminante.

–Porque no estamos en un relato de Robert Louis Stevenson ni tampoco en una película americana en la que al final todo acaba bien para los buenos.

Jonás distinguió en el rostro de Katerina una mueca divertida que le hizo pensar que ella quizá sí habría estado dispuesta a llevar a cabo su plan nocturno.

***

La llamada de la embajada, la tarde del segundo día, los sacó de la inmovilidad. Las autoridades checas habían dado todos los permisos necesarios para que el cuerpo de Rafael pudiera ser repatriado.

–Me gustaría asistir al entierro –dijo Katerina con inesperada timidez.

–Claro. Creo que te vendrá bien salir de Praga unos días.

La joven periodista asintió. Desde el ataque que Rafael y ella habían sufrido, se sentía muy sola, como abandonada a su suerte. No sabía qué

hacer ni dónde esconderse, porque en realidad ignoraba de quién debía protegerse. Por las noches, antes de meterse en la cama, registraba todos los rincones, se aseguraba de que la puerta estuviera bien cerrada, apartaba a un lado la cortina del baño, abría y cerraba los armarios en una repetición del proceso que había realizado de niña siempre que la atormentaba alguna pesadilla horrible. Los monstruos de su infancia se agazapaban en cualquier sombra por pequeña que fuera, del mismo modo que ahora lo hacía Potocki. Quería estar presente en el entierro, despedirse de Rafael, pero al mismo tiempo no quería quedarse sola. Necesitaba sentirse acompañada.

***

Sobrevolaban los Pirineos, y Jonás pudo ver en el reflejo del cristal de la ventanilla el rostro circunspecto de su padre, sentado a su lado. Tenía los ojos abiertos, pero sabía que no veía nada a través de ellos. Katerina ocupaba un asiento un par de filas más atrás.

–Creo que ya sé qué quería decir Oscar Wilde.

Sebastián lo contempló sin comprender. Había estado perdido en sus pensamientos y no tenía ni idea de dónde encajaba Oscar Wilde.

–Lo que dijiste el otro día, en mi cumpleaños, cuando me regalaste el telescopio –la mención de su cumpleaños le sonaba extraña y fuera de lugar, como si los pocos días transcurridos hubieran sido siglos. El gran número de acontecimientos que habían tenido lugar en ese breve espacio de tiempo, así como su naturaleza, hacían que la absurda pelea en el patio del instituto le pareciese algo sucedido en la prehistoria. Sebastián asintió al cabo de un momento, recordando–. Creo que Wilde decía que los que miran hacia las estrellas quieren ir más allá de la realidad que los rodea, no se conforman con lo que hay y buscan más.

–Sí, eso es. Pero ¿qué te ha hecho pensar ahora en Oscar Wilde?

–Potocki. A su manera, él tampoco se conformó con la realidad y quiso superar las barreras que frenaban a todos los demás.

–Sí. Aunque en su búsqueda fue más allá de todos los límites y se convirtió en un asesino. Wilde se refería más bien a los que son capaces de descubrir la belleza escondida en los lugares más insospechados, o a los que a pesar de vivir desprovistos de cualquier atisbo de hermosura, sueñan con poder crearla por sí mismos. Tal vez las intenciones del doctor Potocki fueran en un principio dignas de alabanza, pero degeneraron hasta convertirse en lo que ahora son. Si realmente ha descubierto lo que creemos, sería sin ninguna duda el científico más aplaudido del mundo, pero eligió guardar sus logros y aprovecharse de ellos.

–Puede que… –Jonás se interrumpió. No estaba seguro de querer dar voz a la idea que acababa de ocurrírsele. Su padre lo miró interrogante y a él se le rompió la voz al hablar–: Si lo hubiera hecho público, ¿crees que podríamos tener a mamá todavía aquí, que los médicos habrían sabido cómo

salvarla?

Sebastián sintió una presión de sobra conocida en los ojos. Las lágrimas pugnaban por salir, como siempre que pensaba en su esposa. Hizo un esfuerzo por contenerlas y negó con la cabeza.

–No, Jonás. Ella…, lo suyo fue un accidente. Dijeron que murió al instante, cuando la ambulancia llegó ya no se podía hacer nada.

–Su alma ya no estaba allí, ¿es lo que estás diciendo?

Sebastián asintió y clavó su mirada en el respaldo del asiento que tenía delante. Al abandonar el cuerpo, el alma iba a algún lugar, no sabía cuál era ni dónde se encontraba, ni tampoco en qué consistía exactamente, pero una vez se había ido ni siquiera Potocki era capaz de recuperarla. En ese lugar era donde se encontraba el alma de Alicia, fuera del alcance del médico checo.

Sacudió la cabeza y cerró los ojos. No podía dar crédito a sus propios pensamientos. Pese a todo, había una parte de él que aún se negaba a aceptar el hecho de que Ondrej Potocki pudiera continuar con vida en el siglo XXI.

***

Con el féretro que contenía el cuerpo sin vida de Rafael en una de sus bodegas, el avión aterrizó en el aeropuerto de El Prat de Barcelona mediada la tarde.

Sandra había sido la encargada de dar aviso a los pocos familiares que Rafael tenía y a todas sus amistades, y el entierro tuvo lugar al día siguiente en el cementerio de Poblenou.

Durante el funeral, Jonás descubrió que su padre no conseguía retener un par de lágrimas furtivas que resbalaban por sus mejillas trazando el dibujo sinuoso de un relámpago, al contrario que en el de su madre, cuando se había mantenido firme, con una expresión pétrea en el rostro. Sin embargo, sabía que entonces lo había hecho por él, porque aquel mismo día, por la noche, había oído su llanto ahogado tras la puerta del dormitorio.

Sentada junto a ellos, Sandra llevaba llorando desde que había recibido la noticia por teléfono, y un poco más allá Katerina se limpiaba los ojos con un pañuelo de papel cada pocos minutos.

***

Jonás se reincorporó al instituto una vez se hubo cumplido el plazo de expulsión, y, pese a la distancia, Sebastián mantuvo un contacto constante tanto con Sandra como con Katerina. La periodista se decidió a regresar a Praga, pero a los pocos días, en parte por la insistencia de Sebastián, estaba de vuelta en España.

Ambos, con la ayuda de Sandra, continuaron buscando nueva

información sobre Potocki, pero, aparte de lo que ya habían encontrado en su momento Katerina y Rafael, no había prácticamente nada de lo que tirar. El rastro del ladrón de almas simulaba el curso caprichoso de un río que desaparece de repente bajo tierra y vuelve a reaparecer varios kilómetros más adelante.

Cada pocos días los vencía la desesperación, aunque siempre la superaban y se reenganchaban a la investigación con renovado brío.

Capítulo decimoséptimo

HABÍAN transcurrido varios meses desde su viaje a la República Checa y el final de curso estaba a la vuelta de la esquina. Jonás intentaba estudiar para el examen que tenía al día siguiente cuando su padre llamó con los nudillos a la puerta entreabierta.

–¿Cómo lo llevas?

–Bien, creo. Con los exámenes nunca estoy seguro del todo.

–Los acabas la semana próxima, ¿verdad?

–Sí –Jonás levantó por vez primera la vista de los papeles en los que estaba trabajando–. ¿Qué pasa, papá?

–He estado pensando… Con todo esto que ha pasado en los últimos meses… Estoy dándole vueltas a la posibilidad de…, de…

–¿De…?

–De volver. ¿Qué te parecería?

–¿Volver? ¿A Barcelona?

–A Barcelona, a la agencia. Volver. Comenzar otra vez. Es lo que desde siempre quise hacer, lo único que sé hacer bien.

–Papá, ¿me estás preguntando o me estás diciendo lo que vamos a hacer?

–Te estoy preguntando. No quiero volver a decidir por ti.

Jonás dejó el bolígrafo sobre la mesa y se echó hacia atrás con la silla, poniéndola en equilibrio sobre las dos patas traseras. Había supuesto que aquella escena tendría lugar tarde o temprano. El rostro de su padre reflejaba cierta tensión mientras aguardaba la respuesta. Decidió hacerle sufrir un poco, fingiendo que analizaba con detenimiento los puntos a favor y en contra de regresar a su vida anterior. Al final la sonrisa afloró a sus labios:

–Claro que quiero volver, papá. Si por mí fuera, nunca habríamos salido de casa.

Sebastián, contento, le dio unas palmadas en el hombro.

–Bien, perfecto. Nos llevará unos días prepararlo todo; yo me encargo mientras tú te concentras en los últimos exámenes, ¿de acuerdo?

Comenzó a girarse para abandonar la habitación, pero Jonás le retuvo.

–Espera. Tengo una condición.

Sebastián arqueó las cejas.

–¿Condición, qué condición?

–Vamos a regresar a Barcelona para que vuelvas a hacerte cargo de la agencia de investigación, ¿no? –su padre asintió–. Bien, pues yo también

quiero formar parte. Quiero ser socio.

–Jonás, se supone que un socio tiene que aportar capital.

–Quítamelo de la paga.

Sebastián dejó escapar una carcajada. Iba a decir algo, pero cambió de idea en el último momento.

–Está bien. Serás socio. Minorista. Aunque yo soy el jefe, que quede claro, yo soy el que decide qué se hace en la empresa y qué no.

–Trato hecho.

–Trato hecho. Ahora sigue con ese examen.

–¿Cuánto voy a cobrar?

–Lo mismo que hasta ahora.

–¡Sí, hombre! Encima de que… –pero su padre ya había salido, haciendo oídos sordos.

***

Exactamente tres semanas más tarde Sebastián invitó a cenar en su casa, su vieja casa de Barcelona, que había estado vacía los últimos meses, a Sandra y Katerina. La razón no era otra que la celebración de la continuidad de la Agencia Puyol-Corcovado.

Sandra estaba radiante; le encantaba su trabajo y desde lo sucedido con Rafael había estado temiendo que tendría que buscarse otra cosa. Katerina, por su parte, se hallaba expectante.

–Quiero contaros mis planes –dijo Sebastián en cuanto estuvieron los cuatro sentados a la mesa. Los miró uno a uno, y luego prosiguió–: La agencia continuará adelante, pero va a haber unos cuantos cambios. El nombre seguirá tal y como está; en honor a Rafa me gustaría que su apellido permanezca ahí.

–Me parece perfecto –se le escapó a Sandra.

–Espero que lo demás también te lo parezca.

Sandra respondió con un gesto, abriendo las manos como pidiendo que no se demorase más.

–Rafa y yo repartimos la sociedad al cincuenta por ciento; después, en mi ausencia, el bueno de Rafa se hizo cargo del total, pero se aseguró de poner una cláusula estipulando que el reparto volvería a ser el original si yo me decidía a regresar. Ahora, en lugar de hacer eso mismo, ya que es del todo inútil, he pensado en un organigrama diferente.

–Suéltalo ya, papá.

–Sí, por favor.

–Bien. La idea es quedarme yo con el sesenta por ciento. El cuarenta restante sería para vosotras dos, a repartir a partes iguales. Si os parece bien, claro –por respuesta, Sandra dejó caer el tenedor de entre los dedos, quedándose con la boca abierta–. Si alguna de las dos no quiere su parte, quizá la otra…

–¡¿Bromeas?! –exclamó Sandra–. ¡Por supuesto que la quiero! No sé cuánto dinero tengo que poner de mi bolsillo para ese veinte por ciento, pero si eso significa que voy a dejar de ser una simple empleada…

–Sí, serás socia con todas las de la ley. En cuanto a la cantidad de dinero, tendremos que hacer números, no lo he calculado.

–Cuenta conmigo.

Ambos sellaron el acuerdo con un apretón de manos por encima de la mesa; y a continuación las miradas se centraron en Katerina, que permanecía silenciosa.

–¿Qué dices tú?

La joven meditó un poco, mirando su plato todavía lleno.

–¿Qué capacidad de decisión tendré para elegir los temas que se investiguen? –preguntó.

–Tu intuición para encontrar un artículo donde parece no haberlo ha quedado perfectamente demostrada. Procuraré hacerte caso, aunque la decisión final será mía. Es probable que haya ocasiones en las que te diga que no –Katerina asintió, meditando aún–. No tienes que tomar una decisión ahora mismo, la oferta estará abierta el tiempo que necesites para pensártelo.

–Sí, acepto.

–¿Aceptas?

–Sí –confirmó Katerina con una sonrisa que se amplió de inmediato.

–¡Estupendo! Deberíamos hacer un brindis…

–Un momento, esperad –intervino Jonás de repente. Las cabezas de los otros tres se volvieron hacia él–. ¿Qué pasa conmigo? Habíamos quedado en que yo también sería socio.

–Precisamente por eso me he quedado el sesenta por ciento, Jonás. No tienes capital que aportar, pero estoy dispuesto a cederte por el momento un diez por ciento. Más adelante, si quieres alcanzar el veinte, como Sandra y Katerina, tendrás que disponer del dinero para ello. Y, por supuesto, tendrás que sacar buenas notas en tus estudios, o de lo contrario serás expulsado de manera inmediata de la agencia.

–No me queda más remedio que aceptar, ¿no?

–Perfecto. Tendremos que redactar todo esto y firmarlo, pero quede clara una cosa: en este negocio no se mueve mucho dinero, así que no nos haremos ricos. Lo más probable es que los gastos a menudo superen a los ingresos; con suerte en alguna ocasión será al revés, pero desde luego no nos haremos ricos.

Katerina y Sandra asintieron, conscientes por experiencia de que aquellas palabras eran en efecto ciertas.

–Pero puede que nos hagamos famosos para siempre si entrevistamos al monstruo del lago Ness –bromeó Jonás.

–No, eso tampoco pasará.

El timbre de la puerta los cogió por sorpresa: fue un timbrazo largo y estridente, como si el dedo que lo pulsaba no quisiera retirarse. Sebastián miró su reloj al tiempo que sentía las miradas de Jonás, Sandra y Katerina fijas en él.

–¿Esperamos a alguien más?

–No.

–Ya abro yo –dijo Jonás, levantándose y dirigiéndose a la puerta.

Al abrirla descubrió a un anciano de edad indefinida, vestido de forma muy elegante y apoyado en un bastón con su mano derecha. Con la izquierda sujetaba un paquete de considerable tamaño envuelto en papel de embalar. Sus ojos, de un gris claro casi transparente, examinaron al muchacho que tenía delante. Antes de hablar, el desconocido se quitó el sombrero, dejando a la vista una pequeña melena completamente blanca.

–Buenas noches, ¿puedo entrar, joven?

Sebastián apareció por detrás de su hijo y replicó:

–Me temo que se ha equivocado, caballero. ¿Por quién pregunta?

–Por usted mismo, señor Corcovado. Disculpe que me presente así, sin avisar, pero pensé que era la mejor manera de hacerlo.

–¿Nos conocemos?

Sebastián estaba cada vez más extrañado y, a su lado, Jonás tampoco entendía nada.

–No, no directamente, al menos. Aunque usted sabe mucho de mí, y yo creo saber también mucho de usted.

–Lo siento, pero no comprendo.

Entonces el anciano dejó el bastón a un lado, le tendió la mano derecha y se presentó:

–Me llamo Ondrej Potocki.

Del salón llegó el ruido de una copa que caía al suelo y se rompía en pedazos, prueba de que tanto Sandra como Katerina estaban atentas a lo que sucedía en el recibidor.

Jonás y su padre intercambiaron una mirada de incredulidad y alarma.

–¿Me permiten pasar? Quiero hablar con todos ustedes.

Jonás, de manera mecánica, se hizo a un lado para franquearle el paso.

–¿Qué le hace creer que no voy a llamar a la policía? –preguntó Sebastián.

El anciano volvió a sonreír.

–¿Y qué les va a decir, señor Corcovado? ¿Que un hombre de ciento sesenta y tres años se ha presentado en su casa sin previo aviso? ¿Por qué no me permite decir lo que he venido a decir? Luego decida, una vez me haya escuchado –sin esperar respuesta, avanzó por el pequeño pasillo que desembocaba en el salón e inclinó cortésmente la cabeza ante las dos mujeres que aguardaban allí, sobrecogidas–. Buenas noches, señoritas –miró un instante a Sandra y se detuvo algo más en Katerina–. Me parece que a

usted, señorita Olejar, debo felicitarla. La investigación que ha realizado quizá merecería un premio.

–¿De verdad es usted…? –murmuró la joven periodista.

El anciano esbozó una sonrisa lacónica y contestó:

–Sí, soy el doctor Potocki.

–Su castellano es perfecto –dijo Sandra, admirada.

–He tenido tiempo de sobra para dedicarme a aprender idiomas. Viví no muy lejos de aquí en los años sesenta, y he pasado largas temporadas en diferentes países de Sudamérica.

Sebastián y Jonás llegaron tras él, aún con la expresión de alarma grabada en sus rostros.

–¿Puedo sentarme?

El anfitrión le indicó una silla con un gesto resignado y el recién llegado se sentó. Respiró hondo y miró uno a uno a todos.

–Discúlpenme, me doy cuenta de que he interrumpido su cena.

Incómodo, Sebastián cerró el puño derecho y volvió a abrirlo varias veces. El cuerpo del hombre que tenía delante mostraba unos signos de vejez terriblemente acentuados, lo cual, si de verdad era quien decía ser, no dejaba de tener su razón lógica. La palabra «anciano» se quedaba corta. Y si…, si era quien decía que era, era el asesino de Rafael, el mismo hombre que había estado ocultándose de la luz pública durante más de un siglo… ¿Qué hacía allí? Parecía una persona frágil e indefensa, pero Potocki había demostrado no ser ninguna de esas dos cosas.

–Acaba de decir que ha venido para contarnos algo.

–Así es. Me he informado sobre ustedes, sé a lo que se dedican. Les gustan las historias, y yo tengo una para ustedes.

–Pues cuéntela de una vez.

Potocki alzó sus ojos claros hacia él y realizó un leve gesto de asentimiento.

–Es una historia bastante larga, así que no se lo tome a mal si le invito a tomar asiento en su propia casa. He de decirles, en primer lugar, que su investigación ha sido muy exhaustiva, pero por desgracia su objetivo siempre ha sido erróneo.

Katerina frunció el ceño.

–¿A qué se refiere?

–No me malinterprete, señorita Olejar, por favor. Su error es muy comprensible, pero desde el primer momento han buscado al hombre equivocado.

Segunda parte:
Persiguiendo sombras

Capítulo primero

La familia decidió darle sepultura en Úvaly, pues allí había nacido, y así, de paso, evitarían que cualquiera que hubiese oído su historia se acercase a curiosear. De ese modo, aquel gélido día de marzo en el que el sol no parecía querer hacer acto de presencia, el cementerio estaba casi vacío: aparte del reducidísimo grupo de familiares, solo otras dos personas asistieron al entierro del doctor Ondrej Potocki. Eran Marcel Boniek y Pavel Svoboda.

Ambos, que se habían reconocido mutuamente al entrar en el camposanto, prefirieron quedarse unos metros apartados para no entrometerse en la ceremonia. Las palabras del cura apenas llegaban a sus oídos, y se apagaron del todo en el momento en que el ataúd desapareció en el agujero rectangular excavado en la tierra.

–¿Le importa que le pregunte a qué ha venido usted, doctor Svoboda? –preguntó Marcel Boniek.

El otro echó a andar hacia la salida, obligándolo a seguirlo si quería escuchar su respuesta.

–Pese a sus desvaríos, o tal vez por ellos, llevo años sintiendo lástima por Potocki. Su absurda ambición acabó con lo que podía haber sido una gran carrera en la medicina. Mire usted cómo ha terminado, solo, olvidado y repudiado por los que no hace tanto eran sus colegas.

–¿Fue la ambición de Potocki, o fueron las crueles críticas que usted le dirigió las que acabaron con su carrera?

–Hay ocasiones en las que los consejos de un amigo no surten efecto, y en cambio sí lo hacen las críticas de quien se finge enemigo. Hubo un tiempo en el que yo apreciaba mucho a Ondrej, pero optó por no hacerme caso y alejarse de mí, en busca siempre de esa quimera.

–Permítame señalar que sus críticas tampoco surtieron un efecto positivo, doctor. Todo lo que consiguieron fue hundir a Potocki y desprestigiarlo.

Svoboda se detuvo y miró a su interlocutor con altanería.

–No sea insolente. Yo hice lo que tenía que hacer. Usted, al contrario, alimentó sus sueños. Quizá él habría acabado por entrar en razón si no hubiera tenido a nadie que apoyara sus ideas absurdas, pero usted quiso ejercer el papel de abogado del diablo. No me haga pasar a mí por culpable cuando usted tiene más responsabilidad que yo.

A pesar de sus desavenencias, viajaron juntos en el tren de regreso a Praga, aunque ya apenas conversaron durante el trayecto. Después, al apearse en la estación, Pavel Svoboda tendió su mano hacia Boniek, deseando separarse de él cuanto antes.

–¿Qué tiene pensado hacer usted a partir de ahora? –le preguntó en un último alarde de cortesía, más que por verdadera curiosidad.

–Voy a casarme –hizo una pausa en espera de una felicitación, pero no la recibió–. Y llevo algún tiempo pensando marcharme de Praga. Creo que aquí las cosas no resultarían fáciles para mí.

Svoboda realizó un gesto de aprobación. Por alguna razón, nunca le había gustado Boniek lo más mínimo.

–Bien. Que tenga usted suerte.

Capítulo segundo

DESDE muy pronto, Marcel Boniek destacó entre el alumnado de la Facultad de Medicina: era un joven muy despierto, de inteligencia sagaz y amplios conocimientos. Varios de los profesores se fijaron en él, pero Marcel se sentía atraído por el aura casi hipnótica que envolvía al doctor Ondrej Potocki. Para no cerrarse ninguna puerta, hizo gala de sus exquisitos modales para rechazar de forma educada las ofertas de otros profesores y se entrevistó con Potocki para solicitar que lo admitiese como ayudante.

–¿Quiere trabajar conmigo? –le preguntó el doctor, clavándole una mirada penetrante–. Muéstreme la eternidad.

Le contestó que no podía, que lamentablemente no podía, pero que intentaría alcanzarla a su lado.

A partir de ese día, durante el que estuvo cayendo sobre Praga una nevada que no llegaría a cuajar, Boniek se convirtió poco menos que en la sombra de Potocki. Ambos, profesor y estudiante, se hicieron inseparables y dedicaron sus días y sus noches a aquella búsqueda que el resto de la comunidad científica se apresuró a tachar de irracional. El alma del ser humano era su objetivo.

–Lo único inmortal que hay en nosotros –dijo Potocki–. ¿Acaso no vale la pena encontrarlo?

Boniek primero asistió como mero espectador a los experimentos de su mentor, luego colaboró en ellos y, finalmente, llegó incluso a sugerir otros y a comprobar, con gran entusiasmo, que Potocki apreciaba sus ideas y sus comentarios.

Pero la búsqueda que habían emprendido era quizá la más ardua que jamás se hubiera llevado a cabo, y, pese a sus infatigables esfuerzos, parecía abocada al fracaso desde el mismo momento en que la habían iniciado. El alma se escabullía como uno de esos sueños que recordamos brevemente al despertar y después olvidamos para siempre.

Mientras al joven Boniek lo vencía de vez en cuando el desánimo, la obsesión de Potocki no hacía sino aumentar.

–Por muy bien que se esconda, acabaré encontrándola –decía.

Estaba convencido de que el problema radicaba en localizar el punto exacto donde se ocultaba el alma.

Así las cosas, los experimentos fueron cada vez más numerosos y sus colegas comenzaron a dudar del estado mental del doctor Potocki. Él no prestó atención a los recelos de los demás, pues consideraba que cuando culminase su búsqueda con éxito se transformarían en aplausos y felicitaciones.

***

Llegó un momento en el que Marcel Boniek comprendió que la vida no se ceñía al recinto de la universidad. El nombre de la culpable de semejante descubrimiento era

Snežana.

La primera vez que lo escuchó, creyó que era una suerte de premonición. Durante la noche había caído una gran nevada: al amanecer la ciudad despertó cubierta con un grueso manto blanco y el viento todavía llevaba consigo copos de nieve que parecían destinados a no alcanzar nunca el suelo y dificultaban la visión. Marcel salió tarde de su casa y las prisas lo hicieron resbalar, de forma que cayó hacia atrás y quedó tumbado en una postura bastante cómica. Antes de poder incorporarse, llegó a sus oídos una risita que lo puso de peor humor que la caída en sí; giró el cuello para buscar el origen y apareció frente a él una muchacha de poco más de veinte años, con unos tirabuzones rubios asomando bajo un sombrero de lana y unos ojos claros humedecidos por el frío. Su sonrisa disipó de un plumazo el enfado de Marcel. La joven se dio cuenta de que la risa no era lo más apropiado y se acercó al caído.

–Disculpa, no debería haberme reído. ¿Te has hecho daño?

–Poca cosa –mintió él, intentando ignorar el calor ardiente que se extendía por su rabadilla.

–¿Te ayudo?

Le tendió la mano enguantada y Marcel se puso en pie.

–Buena forma de empezar el día: me quedo dormido y me caigo de la manera más ridícula posible –comentó, posando sus ojos en ella con la vaga esperanza de que lo corrigiera y le dijese que la caída no había sido tan ridícula, pero la joven permaneció en silencio, confirmándole así sus temores. Entonces resopló y añadió–: Bien, llegaré tarde, mojado y dolorido.

–Ya que vas a llegar tarde de todos modos, ¿por qué no vuelves a tu casa y te pones ropa seca? Vives en ese portal de ahí, ¿no?

Marcel siguió la dirección de su dedo índice y asintió. El consejo era bueno y completamente lógico.

–Tienes razón –los dos se miraron una vez más a los ojos, en silencio–. Será mejor que suba –dijo al fin Marcel.

–Te pido de nuevo perdón por la risa de antes. ¿Me aceptas como disculpa un pastel de manzana? Si pasas esta tarde, te invitaré a uno –hizo un nuevo gesto y le indicó ahora el escaparate de una confitería que había al otro lado de la calle.

–¿Trabajas ahí? –se extrañó Marcel. Se dijo que no era posible, que se habría fijado en ella.

La joven pareció capaz de leerle el pensamiento, pues replicó:

–Siempre pasas mirando el suelo, ¿cómo ibas a verme detrás del mostrador? Más de una vez me he preguntado qué puede tener de interesante el suelo para que lo estudies con tanta atención –y volvió a escapársele la risita del principio.

Esa tarde Marcel no se decidió a entrar en la confitería, pero sí consiguió reunir el valor al día siguiente.

–¿Sigue en pie la oferta? –preguntó.

–No, la oferta era exclusiva para ayer –fingió estar enfadada ella.

A lo largo de varias semanas, a intervalos irregulares, Marcel buscó excusas para entrar en el local e intercambiar unas pocas frases cada vez, y, de pronto, se percató de que ni siquiera sabía su nombre.

–Snežana.

Él sonrió.

–Parece una broma –comentó, y la joven enarcó las cejas y Marcel se apresuró a explicarse–: Tu nombre significa «mujer de las nieves».

–Sé lo que significa.

–Y la primera vez que te vi…

Snežana soltó una sonora carcajada.

–Sí, es verdad, debí de parecerte una auténtica mujer de las nieves.

Y así, a partir de un resbalón y un pastel de manzana, surgió un romance que habría de influir de manera radical en la vida de Marcel Boniek.

***

El noviazgo, cada vez más intenso y decidido, repercutió en la relación entre Boniek y Potocki. Las horas que el ayudante dedicaba a su investigación se fueron reduciendo de manera paulatina, y el doctor comenzó a comprender que los intereses del joven habían sufrido un cambio. Ya no enfocaba su atención en el alma, sino en el cuerpo; más concretamente en el cuerpo femenino de aquella mujer de las nieves que vendía con una sonrisa incomparable los mejores pasteles del barrio de Malá Strana.

Ondrej Potocki, repudiado por gran parte de sus colegas y ahora abandonado también por quien había sido hasta entonces su único aliado fiel, se concentró con mayor ahínco en sus experimentos, que, sin embargo, seguían sin dar los resultados esperados. Después de su intento de obtener apoyos, y sobre todo tras los hirientes comentarios que le dedicara el doctor Svoboda y que contribuyeron a su expulsión de la universidad, se recluyó en la clandestinidad de su laboratorio subterráneo.

Allí continuó su búsqueda, ajeno al ajetreo con el que en el exterior se vivía la proximidad del fin de siglo. Se decía a sí mismo que si su investigación tenía éxito, todos los que ahora le daban la espalda se avergonzarían por su falta de confianza en él y se pondrían a sus pies. Pero, por encima de su megalomanía, estaba el deseo de ver el alma humana, de saber, sin ningún género de dudas, que en los seres humanos existía una parte, aunque fuera mínima, de inmortalidad. De eternidad.

Marcel siguió visitándolo, pero pronto vio que Potocki ya no le hacía el caso de antes, ya ni siquiera escuchaba sus comentarios o sugerencias. En alguna ocasión llegaron a discutir airadamente: Boniek quería seguir ayudándolo en la búsqueda, pero Potocki se mostraba reacio, diciendo que un descubrimiento como el que pretendía realizar requería todo el tiempo y la dedicación posibles. Un tiempo y una dedicación que Marcel empleaba con la dependienta de una confitería.

–Es usted injusto conmigo, doctor –protestó el joven.

Pero Potocki no se molestó en contestarle y Marcel salió del laboratorio seguro de que aquella sería la última vez que lo visitase.

Por aquellos días, Snežana empezó a dar síntomas de su enfermedad.

***

Al principio, su familia y el propio Marcel achacaron su creciente cansancio a la falta de apetito que siempre esgrimía, y vieron la misma causa para la fiebre. Y, como no podía ser de otra manera, esa falta de apetito era debida a los nervios por los preparativos de la boda, que la joven no podía quitarse de la cabeza. Ella misma quiso creer que tenían razón, y de igual forma se convenció de que la tos era consecuencia del

crudo invierno que ese año no daba señales de querer irse a otras latitudes. Se encontraba débil, pero era porque no comía, apenas dormía y el frío se había instalado en sus huesos.

Entonces sucedió el accidente.

***

A mediados del mes de marzo se produjo una gran explosión en el sótano que Ondrej Potocki utilizaba como laboratorio, y el incendio que siguió carbonizó todo cuanto había en él. Cuando al fin se pudo acceder al interior, se hallaron dos cadáveres desfigurados y despedazados por la deflagración. Se supuso que uno de ellos era el de un hombre ya inerte con anterioridad que quizá el doctor hubiera estado usando como objeto de su último experimento; el otro fue identificado por los restos de ropa como el del propio Potocki, pues era del todo irreconocible por la acción devastadora del fuego.

Al enterarse de la tragedia, Marcel Boniek sintió que una etapa de su vida tocaba a su fin, y tras asistir al entierro en Úvaly, decidió que todavía estaba a tiempo de labrarse una buena carrera como médico, aunque tuviese que ser lejos de Praga.

Ya se acercaba la fecha de la boda, y Snežana le dijo que iría con él a cualquier rincón del planeta para comenzar de nuevo.

–Pero tendrá que ser en algún lugar donde nieve, ¿verdad? –bromeó Marcel.

Snežana se echó a reír. Y luego la risa se convirtió en un ataque de tos.

Y con la tos apareció la sangre.

***

Después de la boda realizaron un fugaz viaje de novios a Karlovy Vary, pues Marcel albergaba la romántica esperanza de que las aguas termales de la ciudad balneario tuviesen un efecto positivo en la salud de Snežana. Sin embargo, cuando se instalaron en Kladno, en el interior de la región de Bohemia Central, su estado fue empeorando progresivamente y, por primera vez desde que era pequeño, Marcel tuvo miedo. Miedo a quedarse solo, a perder a aquella mujer de las nieves que, por alguna inexplicable razón, lo amaba como nadie lo había hecho.

Tuberculosis. El mal de amores, la plaga blanca.

Marcel Boniek se volcó en el cuidado de su esposa, pero la enfermedad parecía determinada a avanzar en el bello y pálido cuerpo de Snežana. Ningún remedio surtió efecto, y, ante esa certeza, en la mente de Marcel surgió una idea que él mismo supo que era demencial; pero para entonces el miedo y el sufrimiento habían convertido sus pensamientos en terreno propicio para la locura. La vida de Snežana se agotaba al mismo ritmo que la cordura de su esposo.

Decidió proseguir con la búsqueda de su mentor allí donde este la había dejado. Para ello hizo un viaje relámpago a Praga y se entrevistó con la familia de Potocki para averiguar si tenían en su poder los cuadernos en los que había ido anotando sus avances, pero no encontró nada. Todo se había perdido en el incendio, le dijeron.

Transformó la planta baja de su casa en Kladno en un laboratorio donde llevar a cabo nuevos experimentos. Pese a los años que Potocki había dedicado en vano a su investigación, él obtendría resultados. No le quedaba más remedio. No había cura para la tuberculosis, pero él salvaría a Snežana. No sería capaz de poner su plan en palabras,

aunque en su cerebro la idea era clara. El alma era la clave.

–El alma es la llave de la inmortalidad –le había oído decir en multitud de ocasiones al doctor Potocki.

Y la inmortalidad era lo que él buscaba. La de Snežana. No podía curarla de su enfermedad, pero pretendía impedir que muriera.

Capítulo tercero

La noche en que Snežana murió la luz de la luna teñía la nieve de un extraño color azul. Su matrimonio solo había durado unos meses. Los más felices y los más tristes en la vida de Marcel Boniek.

Esa noche, tras permanecer una hora entera sentado en el lecho junto al cuerpo ya sin vida pero aún hermoso de su esposa, el joven médico salió del cuarto, bajó las escaleras, atravesó la sala convertida en laboratorio (donde un cadáver desechado yacía tapado con una sábana sobre la mesa) y abandonó para siempre aquella casa y aquella ciudad.

Si algo guio sus pasos durante los días y semanas siguientes fue la locura. No sabía adónde se dirigía ni registraba en su memoria ninguno de los lugares por los que pasaba.

Lo encontró por casualidad un antiguo compañero de su época de estudiante en la universidad y lo reunió con sus padres, que cuidaron de él hasta que se repuso mínimamente.

Sin embargo, Marcel no quiso seguir viviendo en aquel país en el que, mirase donde mirase, veía recuerdos de Snežana.

Emigró primero a Francia, aunque al poco embarcó desde Calais a Londres, y de allí viajó en tren hasta Escocia, donde se estableció durante unos años, en los que reanudó de manera enfermiza su búsqueda.

Cuando pensaba en ello, se daba perfecta cuenta de que ya no quedaban en él apenas restos del joven soñador que había sentido la atracción de la medicina como un medio para ayudar a los demás, ni tampoco del hombre tímido al que Snežana había amado. Todo había desaparecido bajo la obsesión por encontrar el alma humana, pese a que era ya tarde para salvar a la mujer de las nieves. No le importaba nada más.

Solo el alma. Su escondrijo.

Quizá la locura fue el remedio que encontró su mente para sobrellevar el dolor de sus recuerdos, pero siempre que reaparecía, aunque fuese momentáneamente, la cordura venía acompañada de aquel dolor que, por no ser físico, no podía paliarse. Entonces decidió olvidarse a sí mismo. Decidió acabar con Marcel Boniek.

–Soy Ondrej Potocki. El doctor Ondrej Potocki –frente a él estaba un rufián mal afeitado y con una perenne mueca desagradable en los labios. George Baker. Se encontraban en una taberna mugrienta y maloliente en un barrio humilde de Edimburgo–. Quiero que trabajes para mí.

–¿Quiere… contratarme? –se extrañó el otro, como si fuera la primera vez que se enfrentaba a semejante situación–. ¿Para hacer qué?

–¿Realmente te importa eso? –replicó el médico con una sonrisa–. Te he estado observando y sé que puedes hacer lo que necesito que hagas. Y te pagaré muy bien por ello.

A George Baker se le iluminaron los ojos al oír aquella última frase. Lo demás ya no le

importaba, haría cualquier cosa si la paga era buena.

***

Durante los meses siguientes se produjeron repetidos asaltos a los cementerios desperdigados por la geografía de Edimburgo y sus alrededores. Los cadáveres de aquellos que acababan de ser enterrados desaparecían misteriosamente sin que la policía supiera o siquiera sospechase el motivo. George Baker y su compinche le entregaron a su pagador varias decenas de cuerpos sin vida, pero la búsqueda incansable de Boniek no daba resultados.

Hasta que por fin comprendió su error.

–He estado buscando en el lugar equivocado –dijo en voz alta para sí mismo, y su voz retumbó en las paredes de su laboratorio como si fuese otra persona la que hablase–. No –se corrigió–, no en el lugar equivocado, sino en el momento equivocado. ¡Eso es! He buscado siempre demasiado tarde, cuando el alma ya no estaba. La clave está en adelantarse a Dios, o al mismísimo Diablo, si es el caso. Solo dispongo de unos breves instantes para apoderarme del alma antes de que uno de ellos se haga con ella.

Le dio nuevas órdenes a Baker, y a partir de ese momento se desató una oleada de secuestros y asesinatos que extendió el pánico por las calles de la ciudad. Principalmente se trataba de mujeres jóvenes y mendigos, que desaparecían sin dejar rastro y eran luego encontrados flotando en las aguas del río Forth o semiocultos entre la maleza de la ribera.

Para entonces, Boniek ya había perdido por completo el juicio y no le importaba en absoluto el número de víctimas inocentes que causaba su investigación. No se le pasaba por la cabeza detenerse ni retroceder. Ahora estaba convencido de que el alma solo podría ser descubierta y capturada mientras su dueño estuviera con vida. Pero no era tan sencillo. El alma sabía cómo evitarlo…

Hasta la madrugada del 3 de octubre de 1903. Ese día la encontró.

***

Llevaba tantos años detrás de aquel preciso momento, tanto tiempo persiguiendo un sueño que demasiadas veces se había mostrado esquivo, que por un breve segundo no supo cómo reaccionar. Ante él había una sustancia viscosa y brillante, tan pequeña que fácilmente podría haber pasado desapercibida, pero sus ojos ansiosos la habían detectado y su corazón había dejado por un momento de latir. Sus manos, sin embargo, continuaron moviéndose, veloces y expertas, para que aquella sustancia no desapareciese. Sabía que solo disponía de un instante.

Unos segundos después la había extraído y la había introducido en un recipiente de cristal, cerrándolo para que no pudiera salirse por accidente. En su rostro se había dibujado una sonrisa imborrable y sus ojos brillaban de júbilo y satisfacción: acababa de localizar el alma. Era sin duda alguna el primer ser humano que la veía. Y no solo la había encontrado…, ¡la había apresado!

Sintió que sus piernas comenzaban a temblar y se dejó caer sobre un taburete de madera, sin apartar la mirada del contenido del pequeño recipiente transparente.

Comenzó a reírse y enseguida las carcajadas resonaron en la estancia como las de un demente.

Unos minutos después, mientras mantenía aún los ojos clavados en la mágica sustancia que acababa de capturar, oyó unos golpes apremiantes en la puerta.

–¡Doctor! ¡Eh, doctor! ¿Está ahí?

Reconoció la voz. Era la de un chiquillo que solía acompañar a Baker todo el día, excepto cuando este llevaba a cabo sus tropelías. Boniek sospechaba que era hijo suyo, pero no había sentido la curiosidad suficiente como para preguntárselo.

Abrió la puerta y los ojos atemorizados del niño se abrieron como platos al ver su delantal manchado de sangre fresca.

–¿Qué ocurre?

El pequeño necesitó un momento para reponerse, tanto de la carrera que lo había llevado hasta allí como del impacto que provocaba el aspecto del estrafalario médico.

–¡Habla de una vez! ¿Qué es lo que sucede?

–¡La policía! –dijo entonces el niño–. Han venido a casa y se han llevado a George.

Boniek permaneció unos segundos en el umbral, con la mano en el pomo de la puerta, mordiéndose los labios con tanta fuerza que pronto se haría una herida.

–¡Lárgate! –le espetó al chico, y le cerró la puerta en las narices.

Se volvió hacia el interior y contempló ensimismado el cuerpo drogado de su última víctima. Hacía varios minutos que no le controlaba el pulso, así que bien podría haber fallecido ya. Sobre todo ahora que le había arrebatado el alma. Ese pensamiento provocó una nueva interrogante: ¿podía un hombre vivir sin alma?

Ya habría tiempo de pensar en la respuesta.

Se despojó de su delantal y se cambió de ropa a toda prisa. No confiaba en que Baker guardase silencio durante demasiado tiempo. Preparó una pequeña bolsa de viaje con algunas mudas y su material quirúrgico, e introdujo también en ella, con sumo cuidado, el recipiente de cristal en cuyo interior brillaba un alma humana.

Capítulo cuarto

Compró bajo su nombre verdadero un billete de tren a Aberdeen y, desde allí, un pasaje a La Haya, y en algún punto del mar del Norte se decidió a dar un paso más. Había llegado el momento de poner en práctica la segunda parte de la teoría. Ya tenía la prueba irrefutable de que el alma existía y de que podía ser extirpada de modo artificial del cuerpo; ahora le faltaba comprobar si podía ser de nuevo insertada en otro cuerpo, un cuerpo distinto al original. Su cuerpo. ¿Podría soportar la existencia simultánea de dos almas, o ambas se repelerían mutuamente? ¿Se libraría un conflicto terrible en su interior entre un alma y otra o se complementarían de alguna manera?

Cogió una jeringuilla de gran tamaño y absorbió con ella el contenido del tarro. Ante sus ojos, la sustancia pareció palpitar, como si quisiera escapar de su encierro. Perdió la noción del tiempo contemplándola. Su mente científica no dejaba de formular más y más interrogantes: ¿qué era aquella sustancia? ¿De dónde procedía, cuál era su origen?

Cerró los ojos un breve instante, y al abrirlos dejó la mente en blanco. Inclinó la cabeza hacia delante para dejar al descubierto su propia nuca y buscó con la yema de los dedos de la mano izquierda el lugar correcto. Sintió que los nervios se apoderaban de él y respiró hondo varias veces para recuperar la calma.

¿Estaba abriendo la puerta a la eternidad o estaba cavando su tumba?

Ignoró el agudo dolor que la aguja produjo al clavarse en su carne y presionó el émbolo hasta el fondo, sin permitirse dudar.

Nada más retirar la jeringuilla notó una indescriptible sensación de calor propagándose como un fuego descontrolado hacia sus extremidades. El ritmo de su corazón se aceleró, como si fuera un animal enjaulado que pugnase por salir de su pecho. Sus manos comenzaron a temblar de forma espasmódica al mismo tiempo que sus labios se contraían dejando a la vista su dentadura y sus ojos se desenfocaban. El calor duró apenas unos segundos y luego se transformó con brusquedad en un frío polar que le erizó la piel. Sus párpados se desplomaron y, a tientas, se tumbó boca arriba en su camastro sin saber si podría volver a levantarse.

***

Cuando despertó, el balanceo del barco casi había cesado por completo, lo que le hizo pensar que había llegado a su destino y estaba atracado en el puerto. El calor y el frío posterior eran ahora solo un vago recuerdo. No había nada que indicase que en su cuerpo compartían espacio dos almas en lugar de una. Se levantó y observó con atención su reflejo en el espejo, buscando algún indicio, cualquier rastro de lo ocurrido, de los espasmos y las contorsiones… Nada.

Inspeccionó sus ojos por si en ellos acertaba a distinguir una prueba de que había dos almas asomándose al exterior, pero tampoco vio señal alguna. No parecían haberse producido cambios.

***

Fue solo con el paso del tiempo cuando comenzó a comprender que algo sí había cambiado. El exceso de alma le hacía sentirse más vivo y más vigoroso, y, sobre todo, el envejecimiento de su cuerpo parecía haberse ralentizado. Pese a que apenas rebasaba la treintena, la desolación por la muerte de Snežana y las noches sin dormir realizando experimentos habían provocado la aparición de arrugas en torno a sus ojos y su boca y algunas canas en su cabello, que además había perdido el brillo anterior. Pero eso cesó con su llegada a Holanda: no conoció ni una nueva arruga ni una sola cana más. Otra cosa que notó fue la ausencia de cansancio: su cuerpo casi no necesitaba dormir.

Durante los años siguientes vagó por Europa, utilizando a veces su nombre y a veces el de su mentor, intentando decidir qué hacer a continuación. Ni por un momento pasó por su cabeza la idea de hacer público su éxito en la investigación. Por un lado, porque no olvidaba que para llegar hasta allí había sido necesario convertirse en un criminal, y, por otro, porque la comunidad científica le había dado la espalda, tanto a él como al doctor Potocki, y no quería ofrecerle ahora su descubrimiento en una bandeja de plata. Al menos, se decía, esperaría el tiempo suficiente para saber qué consecuencias se derivaban de sus actos: ¿hasta cuándo se retrasaría su envejecimiento?

Ya se percibía el olor a la guerra inminente cuando una mañana, al despertarse en un cuartucho mal amueblado de París, descubrió que la juventud volvía a dar muestras de querer abandonarlo.

***

Su cuerpo se debilitó a pasos agigantados. De un día para otro, sin previo aviso y sin que, en un primer momento, alcanzase a comprender la razón.

Lo invadió el pánico, un miedo atroz que cualquiera habría podido confundir con la proximidad de la guerra pero que en realidad se debía a motivos muy diferentes…

–¿Por qué? ¿No es el alma inmortal? –preguntó de repente Jonás.

Todos los presentes en la sala de estar del apartamento de Sebastián Corcovado regresaron de golpe desde aquel cuartucho parisino y parpadearon un par de veces para mirar un instante a Jonás y luego al anciano que llevaba varias horas contándoles aquella historia.

–El alma pierde su condición de inmortal al ser extraída de un cuerpo e implantada en otro –explicó Ondrej Potocki. Sandra abrió la boca como si fuera a soltar una exclamación de asombro, pero permaneció muda–. El tiempo que el alma pasa fuera del cuerpo al que pertenece originalmente es la clave. En ese momento considera (si es que esa es la palabra adecuada) que su función ha concluido, y pese a ser implantada en otro cuerpo ya no actúa como lo hacía en un principio.

–Por eso… –empezó a decir Sebastián, pero Katerina se le adelantó.

–Por eso todos esos crímenes.

El viejo asintió, sin fijar su mirada en nadie en particular.

–No solo el alma implantada deja de ser inmortal, sino que en su decadencia arrastra consigo a la otra alma, y el principal síntoma de ese

proceso es el envejecimiento repentino y acelerado del cuerpo que las alberga. Y sí, como bien dicen ustedes, la solución no era otra que la obtención de una nueva alma.

–Un nuevo asesinato –apuntó Sebastián.

De nuevo, Potocki respondió con un simple gesto de asentimiento. No parecía haber en ello el menor atisbo de remordimiento, tan solo la confirmación de un hecho.

–Se me ocurrió la posibilidad de extraer el alma implantada –murmuró–, pero ¿en quién confiar para llevar a cabo la operación? Y, en segundo lugar, ¿cómo podía estar seguro de que se extirpaba el alma correcta? ¿Y si por error se extirpaba la otra, la original, qué sucedería entonces? Además, era posible que ambas se hubiesen fusionado, de forma que no pudieran separarse de nuevo. Esa fue la opción que consideré más probable, y ahora sé que es la correcta. Así pues, lo más práctico era recurrir al proceso inicial y repetirlo. Conseguir una nueva víctima.

–Habla usted como si se tratase de adquirir un billete de tren o algo así –le espetó Sebastián.

Potocki clavó su mirada en él.

–No estoy pidiendo que me dé su absolución, señor Corcovado. Solo le estoy contando mi historia. ¿Puedo continuar?

Capítulo quinto

MARCEL Boniek intuyó que la única manera de escapar de aquella vejez repentina era inyectar en su cuerpo una tercera alma. Habían transcurrido diez años desde que se había inyectado la anterior, así que lo haría de nuevo, solo que en esta ocasión no contaba con la ayuda de Baker. Tendría que encargarse él mismo del trabajo sucio. Y eso dificultaba mucho las cosas.

Por fortuna para él, en esos años los mendigos no escaseaban en París y nadie notaría si uno desaparecía, porque la mayoría de la gente fingía no verlos cuando se cruzaba con ellos. Buscó una víctima fácil y la encontró tras unos cuantos días de búsqueda. Era una niña de apenas doce años a la que descubrió intentando robar algo de comida en un mercado. Boniek se persuadió de que indirectamente la libraría de un futuro nada halagüeño en las calles.

Volvió a sentir el calor, el frío justo después, los escalofríos y las convulsiones, y volvió a ver también cómo la vejez detenía su avance.

Ahora sabía lo que tendría que hacer si en el futuro la juventud le daba otra vez la espalda.

Huyó de la guerra emigrando al otro lado del Atlántico, donde no tuvo problemas para obtener nuevas almas cada pocos años (acortó el tiempo entre una víctima y otra para retrasar al máximo la corrupción de su cuerpo), y regresó a Europa cuando se dio cuenta de que, pese a sus esfuerzos por evitarlo, sus actos habían levantado las sospechas de la policía.

Así, recuperó una vez más su nombre verdadero y embarcó rumbo a Francia con la firme intención de pisar de nuevo Praga, cosa que hizo finalmente en el verano de 1938, setenta y un años después de haber nacido, mientras su cuerpo aparentaba no más de cuarenta.

Podía esquivar la llegada de la vejez: solo tenía que conseguir más almas. Pero no podía esquivar otros peligros que estaban a punto de surgir en su camino.

***

En marzo de 1939, después de varios acuerdos internacionales y promesas falsas por parte de Adolf Hitler, el ejército alemán entró en Praga. Pocos meses más tarde dio comienzo la Segunda Guerra Mundial y Marcel Boniek fue arrestado por ser judío, con unos documentos en su poder que le identificaban como Ondrej Potocki. Lo llevaron, junto a otros cientos de personas, al pueblo de Theresienstadt, que había sido transformado en un campo de concentración. El hombre que creía conocer la puerta de acceso a la inmortalidad había quedado atrapado por los nazis, que, a su modo, también buscaban una especie de eternidad con el Tercer Reich.

El anciano interrumpió su relato al descubrir que el rostro de Katerina

estaba arrasado por el llanto. Los demás siguieron la dirección de su mirada y se sobrecogieron.

–¿Qué te ocurre, Katerina? –le preguntó Sebastián.

La joven se pasó el dorso de la mano por los ojos, sin conseguir grandes resultados con ello, y se sorbió la nariz.

–Mi segundo nombre es Lídice –respondió con un tono de voz casi inaudible. Potocki enarcó las cejas y la miró aún con mayor intensidad–. Le suena, ¿verdad? –el viejo asintió–. Me llamo Katerina Lídice. Katerina por mi abuela, Lídice por el pueblo donde nació.

–El Pueblo de los Muertos –dijo Potocki.

Ahora fue Katerina la que asintió, y Jonás no pudo resistirse:

–¿De qué están hablando?

–Hay muchas mujeres que llevan ese nombre en la República Checa, se convirtió en una tradición, un modo de recordar, un homenaje. No sabía que en su caso la relación era tan directa, señorita Olejar.

–Lídice era poco más que una aldea que el ejército alemán destruyó por completo como represalia por el atentado contra Reinhard Heydrich, en junio de 1942. Ejecutaron a todos los hombres mayores de quince años y encerraron a las mujeres y a los niños en el campo de concentración de Ravensbrück. Mi abuela fue una de esas mujeres.

–Precisamente la muerte de Heydrich, el hombre colocado por Hitler para gobernar a los checos –apuntó el anciano tras una pausa–, tiene cierta relación con la historia que les estoy contando, aunque sea de forma transversal.

***

Marcel Boniek fue llevado a Theresienstadt, donde ya había varios miles de judíos. Entre ellos estaba el verdadero Ondrej Potocki, es decir, yo.

La primera vez que me vio, cuarenta años después de haber asistido a mi entierro, se quedó sin habla durante un buen rato, temblando como una hoja seca.

A finales de febrero del año 1900 yo había encontrado el alma humana, como Boniek hizo tiempo más tarde en Edimburgo, y también descubrí la forma de extraerla de su cuerpo original e implantarla en el mío. Enseguida comprendí algunas de las consecuencias de mi hallazgo y pensé en los peligros de hacerlo público, al menos hasta que conociera al detalle todo lo que podría significar algo así. Por eso decidí mantenerlo en secreto, ocultárselo incluso al que había sido mi ayudante, puesto que para entonces nos habíamos distanciado a causa de su relación con Snežana, y en los días siguientes preparé la que sería mi muerte a los ojos de todos.

–El cadáver con sus ropas… –murmuró Jonás.

El cadáver vestido con mis ropas que encontraron después de la explosión en mi laboratorio no era el mío, desde luego. Era el de un hombre que había fallecido recientemente, pero nadie sospechó, porque nadie creía que tuviera motivos para fingir

mi propia muerte.

Igual que haría Boniek después, me fui de Praga durante un tiempo, pero mi periplo fue más corto que el suyo.

En realidad, lo que hicimos, después de buscar el alma juntos durante años, fue hallarla cada uno por separado. Nunca imaginé que él sería capaz de obtener los mismos resultados que había conseguido yo, en parte porque siempre lo consideré un mero ayudante, inteligente y perspicaz, pero muy inferior a mí.

Está claro que me equivocaba.

***

Nos encontramos frente a frente en el campo de Theresienstadt y ambos nos reconocimos al instante. No podía ser de otra manera, pues nuestro físico apenas había cambiado. La sorpresa fue mayúscula para los dos, para él porque me consideraba muerto y enterrado, para mí porque jamás había pensado que volvería a verlo, y mucho menos en semejantes circunstancias.

–¡Boniek! ¿También usted…? ¿Cómo?

Él no podía hablar, tan solo me miraba anonadado, como si yo fuese un fantasma, un espectro fugado de una pesadilla. Había más gente a nuestro alrededor, pues el campo estaba masificado, así que lo cogí del brazo y tiré de él hacia un rincón para hablarle en voz muy baja.

–¿Cuándo lo descubrió? ¿Cómo lo hizo? ¿Lo sabe alguien más?

–¿De verdad es usted, doctor? –fue lo único que acertó a decir.

–¡Soy yo, claro que soy yo!

–¡Su muerte fue una farsa! –asentí, pero él parecía todavía convencido de estar conversando con un fantasma–. ¿Por qué?

–Usted conoce la respuesta a esa pregunta.

–No quería que nadie supiera lo que había descubierto.

–¿Acaso usted lo ha hecho público? No, no lo ha hecho. Usted también decidió guardar el secreto.

–Pero yo ya no le tenía a usted para contárselo, ¡usted sí podría haber compartido su descubrimiento conmigo!

–¿Lo sabe alguien más? –volví a preguntarle, pasando por alto su enfado. Negó con la cabeza y respiré aliviado.

–¿Por qué? –lo cortó Sebastián con cierta brusquedad.

–¿Perdón? ¿Por qué, qué? –dijo Potocki.

–¿Por qué se sintió usted aliviado exactamente? ¿Porque su secreto estaba a salvo?

–Sí, aunque no por los motivos que usted cree. Déjeme seguir, por favor.

La noche ya estaba muy avanzada en Barcelona, pero ninguno de ellos había reparado en ello. La voz de Ondrej Potocki los trasladaba a otro lugar y a otro tiempo donde el cansancio no existía.

A lo largo de las semanas y meses que siguieron, cada vez que teníamos oportunidad nos sentábamos en un rincón y nos contábamos lo que habíamos hecho durante

aquellos cuarenta años en los que no nos habíamos visto. A Boniek pronto se le pasó el enfado hacia mí por haberle ocultado mi descubrimiento; a fin de cuentas yo era su mentor y me admiraba, así que admitió que en los últimos tiempos antes de mi falsa muerte nuestra relación ya no era la que había sido, como consecuencia de su noviazgo. Ese recuerdo le hizo venirse abajo y llorar como un niño.

Me habló durante días sobre ella, y me contó que fue su enfermedad lo que le hizo reanudar los experimentos en busca de lo que creía que yo no había llegado a encontrar. Su relato era muy detallado, se sentía orgulloso de lo que había hecho y estaba convencido de que yo apreciaría su investigación. Cosa que hice, como no podía ser de otra manera, puesto que era casi una repetición punto por punto de lo que yo mismo había hecho. Yo había utilizado especímenes vivos para mis experimentos cuando Boniek estaba más ocupado con su romance que con la ciencia.

Pero, al contrario que él, yo para entonces había comenzado a arrepentirme de mi descubrimiento…, de nuestro descubrimiento. Sí, me permitía alargar la juventud y suspender indefinidamente la corrupción de mi cuerpo, pero… los primeros cuarenta años del siglo XX me habían dado demasiadas razones para recapacitar. La Gran Guerra ya había marcado un antes y un después, pero el ascenso del partido nazi en Alemania y todo lo que eso supuso… Es algo que hubiera preferido no conocer en persona. No podía permitir que los resultados de nuestra investigación cayeran en manos de los nazis. Imagínense a Hitler, a Goering, a Himmler viviendo eternamente…

Hasta mi reencuentro con Boniek no sospeché que nadie siguiera interesado en la búsqueda del alma, pero los nazis… Ellos tenían intereses muy dispares. Si se enteraban…

Sin saberlo, tenían en sus manos a los dos hombres que conocían el secreto.

Le confesé mis temores a Boniek, le dije que por nada del mundo podíamos hacer público el descubrimiento, en aquella coyuntura menos que nunca. Le dije incluso que creía que había llegado el momento de detener nuestro avance hacia la inmortalidad. Ya estaba harto de ser testigo de las aberraciones de la humanidad.

Su única respuesta fue que necesitaba pensarlo.

Y, casi de inmediato, empezó a evitarme.

***

La situación en el campo de concentración fue empeorando a medida que en el resto del mundo continuaba la guerra, y se volvió del todo insoportable a raíz del atentado de un comando de partisanos contra Reinhard Heydrich. Los alemanes tomaron represalias: fue entonces cuando sucedió lo del pueblo de Lídice y varias otras ejecuciones sumarias, y fue también entonces cuando un pequeño grupo de prisioneros de Theresienstadt se las ingenió para tratar de escapar.

Yo me uní a ellos.

–¿Por qué? –lo interrumpió ahora Sandra–. Si ya no quería seguir viviendo, ¿por qué escapar?

–No quería morir –respondió el anciano–. No es lo mismo, señorita. Había comprendido que mi investigación, en manos de según qué personas, podría ser el hallazgo más trágico y terrible de la Historia. Pero no quería

suicidarme, si es eso lo que usted ha entendido. Lo que pretendía era no volver a robarle el alma a otra persona, y permitir así que mi cuerpo envejeciese como le correspondía. Eso no significaba que desease morir, y muchísimo menos siendo prisionero del régimen nazi. Sobrevivir a aquella guerra en particular, escapar de la maquinaria nazi, sería una victoria personal. Un logro que tal vez se pudiera comparar con la eternidad misma, pues lo que los alemanes pretendían en aquellos años era implantar su cultura sobre las del resto de pueblos contra los que luchaban. Y todo superviviente sería una llave para que su propia cultura siguiera viva. Por eso me uní a aquel intento de fuga.

–¿Y Boniek? –preguntó Jonás.

El viejo cerró un instante los ojos y se pasó la lengua por los labios para humedecerlos.

–Boniek continuaba evitándome.

Capítulo sexto

El plan consistía en huir por el subsuelo. Era la única opción. La superficie estaba vigilada a todas horas, de modo que por allí nadie llegaría lejos. En cambio, el alcantarillado… era un entramado laberíntico por el que cualquiera se extraviaría, a no ser que, como nosotros, tuviese la fortuna de contar en sus filas con alguien que se hubiera pasado años trabajando allí abajo. Ese tipo, que se llamaba Alexej, dijo que podíamos llegar más allá de los límites de Theresienstadt, a un desagüe en el río Elba, donde confiábamos en que no habría vigilancia. Nadie podía asegurar que fuese realmente así, pero decidimos que valía la pena intentarlo. La alternativa era permanecer en el campo, a merced de los alemanes, que cada vez parecían odiarnos más.

La segunda condición era hacerlo de noche, y la tercera, tan básica como las otras dos, era ser pocos para así tener más posibilidades de éxito. Pero esta última condición no fue respetada, pese a las protestas de algunos.

En realidad, para evitar delaciones nadie conocía a todos los participantes, solo a una mínima parte. Hasta la misma noche de la fuga yo no sabía más que el nombre de tres compañeros, y me llevé la enorme sorpresa de encontrarme ante un grupo de algo más de veinte personas, incluyendo a mujeres, dos de las cuales llevaban niños pequeños en brazos, uno apenas un bebé. Había un par de adolescentes, y también estaba Marcel Boniek, que me miró un segundo y luego esquivó mis ojos.

Lo peor era el olor. A pesar de la suciedad y de las ratas, algunas de ellas enormes como gatos, lo peor era con mucho el olor, tan penetrante que nos provocaba arcadas a todos. Alguien sugirió que pensásemos en flores de hermosos aromas, o en manjares sabrosos, para que nuestra mente combatiese la peste que nos envolvía, pero al menos a mí no me dio ningún resultado.

Avanzábamos en fila, no había espacio para más, y en algunos tramos no nos quedó otro remedio que hundirnos hasta las rodillas en el torrente de aguas fecales, aunque nadie protestó por ello. Era nuestra propia vida lo que estaba en juego.

Recuerdo que hubo un momento en el que oímos voces justo encima de nuestras cabezas. Hablaban en alemán, por supuesto. Nos quedamos inmóviles, petrificados. Alguien susurró para pedir que nadie hablase, pero en aquel preciso instante uno de los bebés rompió a llorar. La madre le tapó la boca con la mano, aunque eso solo hizo que el niño se pusiera más nervioso y llorase con más ganas. Entonces echamos a correr. Temíamos que ya nos hubieran descubierto, pero no pensábamos esperar allí a que nos atrapasen de nuevo. Corrimos con todas nuestras fuerzas, con las pocas fuerzas que aún teníamos.

Alexej iba delante; siempre que podía me fijaba en la expresión de su rostro y en sus gestos, y lo cierto es que no lo vi dudar: sabía orientarse en el subsuelo mejor que en la superficie. Todos los que consiguieron salvarse le deben la vida a ese hombre: podría haberse marchado él solo, sin cargar con nadie, pero decidió ayudarnos a los demás. Créanme, allí, en la profundidad de aquella cloaca, deseé poseer aunque fuese una pizca

del alma de Alexej. Si en todos los años que he vivido he conocido a alguien que mereciera el apelativo de héroe, fue él. Ignoro qué fue de su vida, jamás volví a encontrármelo, pero espero que viera recompensados de algún modo sus actos.

No sé cuánto tiempo llevábamos en los túneles cuando una de las mujeres, justo delante de mí, cayó de rodillas con su bebé en brazos. Como todos, estaba casi en los huesos y sus fuerzas eran más un deseo que una realidad. Íbamos los últimos, así que el resto del grupo no se percató de lo que sucedía y doblaron un recodo. Me incliné sobre ella y traté de ayudarla a levantarse, pero sus piernas no la sostenían; no podía dar un paso más. Lloraba sin hacer el menor ruido y sus lágrimas caían sobre su hija, que por fortuna estaba dormida. Volví a tirar de ella, pero se negó con un gesto y, en cambio, me tendió a la criatura, suplicándome en un susurro que me la llevase conmigo. Que la salvase.

Oí entonces que se acercaban unas pisadas y vi a Marcel Boniek, que se había dado cuenta de que nos habíamos quedado atrás y volvía para ver qué ocurría. Lo urgí para que me ayudase a tirar de aquella mujer y de su hija, pero cuando le di la espalda me golpeó con algo en la cabeza. No sé qué utilizó, pero debió de ser una barra de hierro o algo así. Oí una exclamación de la mujer y luego nada más.

Me despertaron las patadas y el vocerío de varios soldados alemanes. Allí abajo no tenía forma de saber cuánto tiempo había pasado inconsciente, aunque cuando me sacaron vi que el sol ya estaba alto, así que el resto del grupo llevaba horas de ventaja. Solo la mujer, su hija y yo habíamos sido apresados hasta el momento.

Nos interrogaron para obtener información que les permitiera coger a los demás, pero la verdad es que no habíamos hecho planes más allá del desagüe en el río, de modo que, pese a lo mucho que insistieron, no consiguieron nada. Eso sí, mi estancia en el campo de concentración se convirtió durante mucho tiempo en un infierno mayor de lo que ya lo era antes. Y si sobreviví hasta el final de la guerra, cuando los alemanes entregaron el campo a la Cruz Roja, fue porque por alguna razón Hitler quiso utilizar Theresienstadt como propaganda ante la opinión pública internacional, de modo que las condiciones de vida de los prisioneros eran mucho mejores que en otros campos. Llegaron incluso a rodar un documental sobre lo bien que nos trataban allí dentro.

Así pues, sobreviví a Theresienstadt y a la guerra, pero perdí el rastro de mi antiguo ayudante, Boniek. Lo lógico era pensar que no había podido llegar muy lejos, incluso que le habían dado caza y que estaba muerto, pero me negué a aceptar esa posibilidad sin ninguna prueba que lo confirmase.

–¿Entiendo que lo que pretende decirnos es que usted se dedicó a buscar a Boniek? –le preguntó Sebastián.

–Desde el mismo momento en que me vi libre y con fuerzas para hacerlo –contestó el anciano–. Pero, tal y como les ha ocurrido a ustedes, tenía poco de donde tirar.

–¿Y por qué habríamos de creerlo? –volvió a interrumpirlo Sebastián, levantando involuntariamente la voz–. ¿Por qué he de creer que su historia es cierta?

–Porque tengo pruebas, señor Corcovado. Pero antes de llegar a eso, permítame que termine mi relato. Ya queda poco para el final.

Capítulo séptimo

El hecho de que Marcel me golpeara en los túneles de las alcantarillas dejaba claro que no pretendía abandonar su carrera hacia la eternidad. Yo sí, había comprendido mi error y estaba decidido a esperar la muerte… Si no robaba más almas, suponía que mi cuerpo acabaría por envejecer a un ritmo cada vez más acelerado…

Pero antes debía atrapar a Boniek. Debía impedir que él siguiera adelante con sus crímenes… Y sí, eso significaba que yo tenía que hacer lo mismo mientras no diera con él. Sé que resulta difícil comprenderlo, pero para mí tiene todo el sentido del mundo: no podía permitir que cometiera un crimen tras otro, impunemente. Yo ya había hecho lo mismo durante cuarenta años, había asesinado… en nombre de la ciencia.

Sobre este punto he meditado mucho. La ciencia ha servido y sirve como excusa para actos que no pueden calificarse como humanos. Pero si las víctimas son animales, tendemos a aceptarlo como un daño colateral, ¿no es cierto? Admitimos el daño que causamos si es por el bien de la raza humana y no son nuestros congéneres quienes lo sufren, pero… créanme, no son pocos los que piensan que vale la pena experimentar con personas, aunque el resultado sea causarles la muerte. Yo pensaba así, consideraba que mi búsqueda era tan importante que bien podía perdonárseme el hecho de dejar un rastro de cadáveres a mi paso.

Espero que se hayan dado cuenta de que he utilizado el pasado verbal. Pensaba que hallar el alma compensaba todas las vidas que pudieran perderse por el camino, y creí que llegaría un momento en el que la humanidad estaría preparada para compartir mi descubrimiento. Confié en que esa circunstancia llegaría a lo largo del siglo XX, pero el siglo entero fue decepcionante. La humanidad no merece la eternidad. Lo que he visto me ha hecho convencerme de ello. No seré yo quien abra la puerta de la inmortalidad.

Créanme, he conseguido sobrevivir al efecto aniquilador del tiempo, pero si hubiera logrado dominarlo y regresar al pasado, le habría hecho caso al doctor Svoboda. Ojalá pudiera volver a aquella época y detener mis experimentos antes de que fuera tarde.

Quizá cualquier día de estos algún otro científico tan irresponsable como yo logre desplazarse al pasado, quién sabe.

Me estoy desviando de lo importante, y ustedes están impacientes por conocer el resto. Como he dicho, mis crímenes se debieron en primer lugar a un proyecto científico, y luego a la persecución de un monstruo que yo mismo había creado. No pretendo que ustedes me disculpen, ni ustedes ni nadie. No estoy aquí para buscar el perdón, solo he venido para contarles todos los detalles de una historia que hasta ahora ustedes solo conocían de forma fragmentaria.

Así pues, cuando fui liberado del campo de concentración y me hube recuperado físicamente, me lancé a la caza de Marcel Boniek. Si él seguía con vida, yo me mantendría igual hasta encontrarlo. Él no pararía, por eso había intentado acabar conmigo, para que no tratase de detenerlo. Él ya no era un científico, era un simple criminal.

–¿Y usted no? –bramó Sandra.

El anciano que tenían delante le sostuvo la mirada y respiró hondo antes de asentir.

–Sí, yo también, señorita. Yo también. Ya le he dicho que no busco excusas.

–Un criminal cazando a otro criminal –murmuró Jonás.

Localicé el rastro de Boniek cuando ya estaba a punto de rendirme.

Basé mi búsqueda en la lectura compulsiva de las páginas de sucesos de los periódicos. ¡Leía todos los diarios que podía! Analizaba cualquier noticia relacionada con asesinatos…, pero había demasiados. La inmensa mayoría podía descartarlos enseguida, aunque otros exigían una segunda lectura, una pequeña investigación para cerciorarme de que no eran obra de Boniek, y eso conllevaba mucho tiempo.

Pasaron seis años antes de que encontrara un artículo en un periódico de Ámsterdam en el que se mencionaba la aparición en uno de sus canales de un cadáver con una herida en la zona occipital. Podía tratarse de una casualidad, pero en mi interior sabía que no lo era. Aquel asesinato era obra de Marcel. Encontré suficientes pistas en aquella ciudad para convencerme de ello.

Ahora sabía que estaba vivo, que, igual que yo, había sobrevivido al nazismo. Y sabía también que se mantendría oculto, que cambiaría de identidad una y otra vez. En un mundo en el que todavía se podían oler las cenizas de la guerra, esconderse bajo el nombre de un muerto era bastante sencillo. Pero contaba con la posibilidad de que quizá él no supiera que yo iba tras sus pasos y, por tanto, cometiera algún desliz.

Sin embargo, no fue fácil. Él no necesitaría otra víctima hasta pasados unos años, y mientras tanto podía esconderse. Yo no pensaba rendirme, debía encontrarlo, pues además sabía que era el único que podría dar con él. ¿Qué departamento de policía sospecharía que unos crímenes tan separados en el tiempo guardaban relación? Si no le ponía yo fin, nadie lo haría. Y sí, por supuesto, para poder llevar a cabo la persecución tuve que hacer lo mismo que él. Intenté reducir el número de víctimas, espaciando al máximo la adquisición de cada nueva alma. Fui más inteligente que Boniek: disculpen mi soberbia, pero me preocupé de hacer desaparecer los cuerpos, algo a lo que él no concedió ninguna importancia.

Lo que no se me ocurrió fue que mi antiguo ayudante se ocultase bajo mi propio nombre. Nunca me habría enterado de no ser porque una de sus víctimas, una joven italiana, llamó la atención de la policía y los agentes encargados del caso averiguaron que había dejado anotada en su diario su cita con un tal Ondrej Potocki, que se alojaba en un apartamento de alquiler en Turín. Eran ya los años setenta. Desde luego, él se había esfumado mucho antes de que la policía llegase allí, pero comoquiera que la investigación se filtró a la prensa, pude enterarme de ese dato. Obviamente, nadie buscó una relación con el Potocki original, «fallecido» en 1900.

A partir de esa fecha tuve un hilo más del que tirar. La mente distorsionada de Boniek lo llevaba a usarme, a mí, su viejo mentor, como parapeto. Pensé que de algún modo encontraría una cierta diversión en eso, que me utilizaría como disfraz con relativa frecuencia. Quizá él pensaba que así me rendía homenaje, pero a mí me produjo repulsión descubrirlo.

Abandoné Italia convencido de que él también lo había hecho y busqué su rastro.

«Mi propio rastro».

El siguiente crimen ocurrió en Bélgica, ocho años más tarde, y averigüé que durante varios meses antes de que apareciera el cadáver de aquella nueva víctima, un tal Potocki había vivido en la ciudad.

Por desgracia, Boniek usaba distintos nombres (el mío solo lo tomaba cuando decidía robar una nueva alma), así que, pese a que cada vez me sentía más cerca, seguía sin poder dar el paso definitivo para atraparlo. Siempre llegaba tarde.

Incluso pensé que nunca lo encontraría si no buscaba la forma de hacerlo público, de confesar nuestro secreto, pero con eso no habría conseguido otra cosa que ofrecer en bandeja mi descubrimiento a la avaricia de la raza humana. Resultaba evidente que no era una buena opción. Mi único propósito era eliminar a Boniek y luego borrar cualquier prueba de que el alma realmente existe.

Holanda, Italia, Bélgica, República Checa, Francia… Iba tras él, aunque nunca llegaba a tiempo. Hubo un par de ocasiones en las que creí que lo tenía…, pero se desvanecía en la nada. Parecía cosa de magia. La ciencia y la magia tienen cierta relación, ya saben.

Y entonces apareció usted, señorita Olejar.

Capítulo octavo

–¿Puedo preguntarle qué fue lo que le hizo a usted empezar su investigación? –inquirió el anciano, fijos sus ojos en Katerina.

–Un tío mío fue una de las víctimas –contestó la joven con voz trémula. Los demás se volvieron a mirarla, sorprendidos por aquella revelación–. Ocurrió cuando yo era pequeña, y como el caso nunca se resolvió, años más tarde decidí investigarlo por mi cuenta. Así, fui encontrando otras víctimas con una herida idéntica. Luego dejé aparcado el reportaje, porque no me llevaba a ningún sitio, y tiempo después empecé a estudiar a Potocki y descubrí… o creí descubrir la relación entre ambos temas. No sabía lo que iba a encontrarme: para empezar solo tenía a un científico empeñado en localizar el alma y diversos informes policiales en los que aparecía el mismo apellido, a veces de pasada, otras subrayado como posible sospechoso.

El viejo asintió en silencio, en un gesto de reconocimiento ante aquel reportaje no publicado.

–En cierto modo fue usted, con su tesón y su sagacidad, la que indirectamente me permitió estrechar el cerco. Al contrario que yo, usted llamó la atención más de la cuenta con su investigación. No se ofenda, es lógico: yo sabía que el culpable de esos crímenes estaba vivo, mientras que para usted solo era una teoría demasiado fantástica, ¿me equivoco? No es de extrañar que Boniek estuviese atento a cualquier posible indagación sobre mi persona. Hasta hace unos días, él estaba convencido de que yo había muerto en las alcantarillas del campo de concentración; pensaba que nadie iba tras él, y por eso se alarmó cuando vio que una periodista como usted se interesaba por el verdadero doctor Potocki. Cuando el señor Puyol se unió a usted, el asunto se volvió más preocupante para Boniek, sin duda. Comprendió, igual que yo, que ustedes acabarían por averiguar la verdad y quiso impedirlo. Ustedes consiguieron algo que a mí se me resistió: lo hicieron salir de su escondite. Lograron que se pusiera nervioso y diera un paso al frente. De no haber sido por eso, esta historia todavía no habría terminado.

–Un momento –saltaron a la vez Katerina y Jonás–, ¿eso significa que ahora sí ha acabado?

El viejo sonrió.

–Sí, ahora sí. Los crímenes han llegado a su fin.

–¿Qué quiere decir? –le preguntó Sebastián.

Potocki alzó una mano para pedir un poco más de paciencia.

–Deben tener en cuenta que la certeza de vivir una vida más larga de lo habitual da muchas posibilidades de enriquecerse. Solo hay que estar atento a las opciones que surgen a tu paso. Todo es cíclico: cada cierto tiempo se produce una crisis, y cuando has vivido varias, sabes cómo sacarle ventaja. Tanto Boniek como yo hemos aprovechado nuestra experiencia en ese sentido. Lo que nos diferencia es que él lo ha hecho para protegerse y camuflarse, y yo para buscarlo por todo el mundo. He viajado constantemente, de un país a otro, me he alojado día tras día en hoteles… Pero, por si les interesa saberlo, lo que queda del dinero que he reunido irá destinado a varias ONG en cuanto yo muera.

»Marcel utilizó parte de su dinero para contratar a un pequeño grupo de esbirros profesionales que le servían tanto de guardaespaldas como de asesinos. Dos de ellos fueron los que los atacaron a usted y al señor Puyol. Y ha tenido usted mucha suerte de que no la encontrasen, señorita Olejar. Estuvieron a punto de hacerlo, pero yo intervine.

–¿Usted?

–Sí. No directamente, por supuesto. ¿Qué podría hacer yo a mi edad contra unos asesinos profesionales? Tuve que recurrir a las mismas armas que Boniek. Una noche, cuando usted se alojaba en el hotel Hejtman, mis hombres impidieron que los de mi antiguo ayudante la secuestrasen. Por suerte, no se produjo ningún alboroto y, además, lograron atrapar a uno vivo. Esa fue la clave, el momento que había estado esperando durante décadas. Boniek no había cometido la ingenuidad de revelar su secreto a sus esbirros, pero estos sabían cómo llegar hasta él. Así fue como me reencontré con mi antiguo alumno, el que fuera un joven brillante y soñador convertido más tarde en un criminal demente. Por supuesto, su sorpresa fue mayúscula: jamás se le había pasado por la cabeza volver a verme –hizo una pausa en su relato, mientras su memoria repasaba algunos de los hitos de su dilatada vida–. Yo soy el culpable de todo cuanto ha sucedido, pero al menos he conseguido poner punto y final a esta locura. Ya no habrá más crímenes, ni más ladrones de almas.

–Lo que está diciendo es que usted ha matado a Marcel Boniek –lo interrumpió Sebastián.

–En efecto –confirmó el visitante.

A aquellas palabras las siguió un silencio incómodo y profundo. La historia que acababan de escuchar era increíble, pero al mismo tiempo sabían que era cierta.

–Contésteme a una pregunta –dijo Katerina–. ¿Por qué hemos de creer lo que nos ha contado y aceptar que todo es verdad?

–Como he dicho antes, tengo una prueba –Potocki acompañó la frase dando un par de palmadas sobre el paquete que había llevado consigo–. Podrán abrirlo en cuanto me haya ido.

–¡¿Y qué nos impedirá llamar a la policía ahora mismo?! –casi gritó

Sebastián–. ¿Por qué piensa que vamos a permitir que se vaya después de lo que acaba de confesar?

–Muy sencillo, señor Corcovado: denunciarme sería lo mismo que revelar el secreto. Imagine lo que eso supondría. Imagine a decenas, a cientos o miles de personas emulando a Marcel Boniek. Créame, eso sería lo que sucedería. Lo sabe, ¿verdad? La eternidad resulta demasiado atractiva. Mi plan es mejor: Boniek ya está muerto, y yo moriré en cuestión de meses, quizá semanas, y cuando eso ocurra ustedes serán los únicos guardianes del secreto. Creo que es una prueba suficiente de mi confianza, ¿no les parece? Los he investigado, a todos ustedes, y estoy seguro de que harán lo más razonable. Ocultarán la verdad, porque la verdad es increíble y peligrosa. Yo, por mi parte, me comprometo a restablecer el contacto cuando mi muerte se aproxime –añadió, y se incorporó trabajosamente y le entregó el paquete a Sebastián.

Luego fue hacia la puerta y se marchó sin que ninguno de los presentes pudiera reaccionar. Todos habían clavado la mirada en el misterioso paquete que el padre de Jonás sostenía entre las manos como si se tratase del objeto más frágil que pudiera existir.

–¿A qué esperas? Ábrelo –lo apremió Sandra.

–Sí, venga, papá.

Sebastián dejó el paquete sobre la mesa y comenzó a quitar el envoltorio. Segundos después, cuando apartó la última capa de papel de embalar, surgió ante sus ojos una luz tenue, verdosa, y los cuatro soltaron al mismo tiempo una exclamación.

–¿Es…? –masculló Jonás.

–Sí –respondió su padre.

Un tarro de cristal de cierre hermético en cuyo interior palpitaba una sustancia gelatinosa de tamaño muy reducido. Se movía casi imperceptiblemente, se contraía y volvía a expandirse. Pegado a la tapa había un sobre. Sebastián lo abrió y extrajo una nota, que leyó primero en silencio y a continuación en voz alta:

Esta es el alma de Marcel Boniek, que ha absorbido las de todas sus víctimas. Es la prueba de que mi historia es cierta, de que hay en nosotros, los seres humanos, un soplo de divinidad.

Epílogo

–¿Señor Corcovado?

La voz sonaba distante, como si tuviera que atravesar un mundo entero para llegar al auricular de su teléfono, pero la reconoció de inmediato a pesar de los meses transcurridos desde su anterior encuentro. Imposible olvidar al dueño de aquella voz.

–Doctor…

Se produjo un breve silencio y luego volvió a escucharse la voz acompañada de un molesto eco:

–Le dije que le avisaría cuando llegase la hora.

–¿Dónde está usted?

–En los próximos minutos recibirá su correo electrónico toda la información, junto con un billete de avión para que pueda reunirse conmigo. No se retrase, o puede que ya no esté aquí para recibirlo.

***

Esta vez Sebastián fue solo. En cuanto vio el mensaje en su bandeja de entrada comprendió que el viaje iba a ser largo y cansado, y no quiso perder ni un segundo. Dejó lo que estaba haciendo, preparó una pequeña mochila con varias mudas de ropa y se puso en marcha. Barcelona, Madrid, La Paz, donde lo recibió un guía contratado por Potocki, y después algo más de quinientos kilómetros en un todoterreno por unas carreteras infernales hasta el salar de Uyuni, en el sur de Bolivia, a tres mil seiscientos metros por encima del nivel del mar.

El conductor detuvo el vehículo a una veintena de metros del anciano, sentado en un balancín de espaldas a ellos. A su derecha se alzaba un pequeño hotel construido por completo con sal.

Potocki estrechó la mano de Sebastián con una fuerza inesperada para su edad y para su estado, visiblemente desmejorado.

–Gracias por venir.

–Habría llegado antes si hubiera escogido usted algún lugar más accesible.

–Pero este es el lugar adecuado –sentenció Potocki–. Fíjese, mire hacia allí.

Sebastián siguió la dirección de su gesto hacia la superficie líquida que se

extendía ante ellos. El agua estaba completamente inmóvil y reflejaba, como un espejo carente de la más mínima imperfección, el cielo azul rasgado por unas pocas nubes. A lo lejos, ambos, cielo y agua, parecían unirse y plegarse sobre sí mismos de tal modo que no había nada que ayudase a diferenciar dónde terminaba uno y empezaba el otro.

–Si hay una imagen que me haga pensar en la eternidad, es esta –dijo el viejo.

El conductor que había recogido a Sebastián en el aeropuerto y lo había llevado hasta allí se acercó con una segunda silla. La colocó junto a la de Potocki y se retiró al interior del hotel.

De repente, el rostro del médico se transfiguró al aparecer en sus labios una mueca que parecía una sonrisa irónica.

–Es curioso, ¿sabe usted? No lo supe hasta mucho tiempo más tarde, pero antes de que comenzase mi búsqueda, una poetisa norteamericana ya había dado con la respuesta que yo tanto buscaba. En uno de sus poemas escribió «Muéstrame la eternidad y te señalaré el recuerdo». No me dirá que no es un verso precioso –Sebastián asintió, guardando un respetuoso silencio–. La única inmortalidad a la que cualquiera de nosotros puede aspirar aquí en la tierra es el recuerdo que dejemos en la memoria de los otros.

»Yo he buscado esa vida eterna más que nadie, con más intensidad y durante más tiempo, pero, aunque creo que me he acercado, también he comprendido al fin que es inalcanzable. Por eso he querido traerle aquí: este lugar es lo más semejante a la eternidad que he podido encontrar. Esto es lo más cerca que estaré de ella –murmuró el anciano con aquel extraño acento producto de su deambular por el mundo durante tantos años.

El silencio se extendió por espacio de varios minutos. Sebastián escuchó la respiración de Potocki, irregular, difícil y probablemente dolorosa.

–¿Ha compartido con alguien su secreto? –le preguntó.

–No. Le doy mi palabra. Por lo que a mí respecta, el secreto morirá conmigo. A partir de ahora, usted y su pequeño grupo serán los responsables de que siga siendo un secreto.

–Creo que es lo mejor.

–Pero me temo que no puedo garantizarle que algún día, en un futuro próximo, alguien no vuelva a intentarlo.

–¿Guarda usted apuntes de su investigación? ¿Cualquier cosa que pueda despertar el interés de alguien si lo encuentra?

El anciano negó con la cabeza.

–Todo ha sido destruido, descuide –respondió, y tras una breve pausa añadió–: Excepto el regalo que le hice a usted para asegurarme de que me creyese.

–¿Y esa gente a la que ha empleado? Los que lo ayudaron a encontrar a Boniek…

–Lo ignoran todo. Dentro de poco ya no quedará nada de mí. He vivido

más allá de las fronteras naturales, pero al final desapareceré como el común de los mortales y no dejaré huellas de mi paso por este mundo.

Sebastián no quiso contradecirle, pero Potocki se equivocaba. Al menos ni él, ni Jonás, ni Katerina ni Sandra podrían olvidar su historia, y tal como había dicho aquella poetisa, la eternidad no era otra cosa que el recuerdo. Ondrej Potocki, con sus luces y sus sombras, alcanzaría una pequeña porción de eternidad mientras ellos lo recordasen.

–¿Qué piensa hacer ahora, doctor?

–Durante un rato he pensado en adentrarme en el salar e ir al encuentro de la muerte… –murmuró el viejo, casi ya sin voz–. Pero no me quedan fuerzas ni para eso, me fallarían las piernas a los pocos pasos, así que voy a quedarme aquí sentado admirando el paisaje. Esperaré a que sea la muerte la que venga a por mí. Pero no se preocupe, no tardará en venir –concluyó, mirando de reojo al periodista.

Sebastián dejó pasar varios minutos. El viaje hasta allí lo había dejado agotado y ahora se le estaba despertando el hambre.

–Necesito comer algo –dijo–. ¿Me acompaña usted?

–No, vaya usted. Yo lo esperaré aquí –Sebastián se incorporó y recorrió unos metros hacia la entrada del hotel, aunque se detuvo a medio camino y se volvió hacia Potocki–. No tema, que no pienso irme a ninguna parte. Estaré aquí sentado cuando vuelva.

Sus ojos estaban fijos en el fragmento de cielo que parecía caído a sus pies, como un abismo sin fin. Eterno.

***

Unos días después, el 19 de diciembre de 2012, Ondrej Potocki, nacido el 13 de marzo de 1849 en Úvaly, República Checa, fue enterrado en una tumba sin nombre en Uyuni, Bolivia. Al contrario que en su primer entierro, ese día de diciembre brillaba un sol radiante que dibujaba la sombra de Sebastián Corcovado con trazos firmes y alargados sobre la tierra reseca del altiplano boliviano.

... y te señalaré el recuerdo

Emily Dickinson

Edición en formato digital: agosto de 2018

© Del texto: Daniel Hernández Chambers
© De esta edición: Grupo Editorial Bruño, S.L., 2018

ISBN ebook: 978-84-696-2510-1

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del *copyright*.

Conversión a formato digital: REGA

www.brunolibros.es